



Universitat Autònoma de Barcelona

**ADVERTIMENT.** L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  [http://cat.creativecommons.org/?page\\_id=184](http://cat.creativecommons.org/?page_id=184)

**ADVERTENCIA.** El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

**WARNING.** The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>

## Producciones narrativas: una propuesta metodológica inspirada en la epistemología feminista

Nicolás Schongut Grollmus



Tesis doctoral dirigida por Joan Pujol Tarrés y Margot Pujal i Llombart





Universitat Autònoma de Barcelona

**Producciones narrativas: una propuesta metodológica inspirada en la epistemología feminista**

**Nicolás Schongut Grollmus**

---

Firma autor

**Joan Pujol Tarrés**

---

Firma director

**Margot Pujal i Llombart**

---

Firma directora

Universitat Autònoma de Barcelona  
Facultat de Psicologia  
Departament de Psicologia Social  
Estudis de Doctorat en Psicologia Social, 2015

*Así, creo que mi problema y «nuestro» problema es cómo lograr simultáneamente una versión de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones del conocimiento y los sujetos conocedores, una práctica crítica capaz de reconocer nuestras propias «tecnologías semióticas» para lograr significados y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas de un mundo «real», que pueda ser parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada*

Donna Haraway, 1995, p. 321

*Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*

Karl Marx, 1845, p. 59

*Para Claudia y Santiago*

## Agradecimientos

Este trabajo no hubiese sido posible sin todas aquellas personas que tocaron significativamente mis casi cuatro años en Barcelona primero, y ese año y algo de tesis en Chile después, que me tomó terminar la tesis.

A Claudia, compañera permanente en todas nuestras aventuras y migraciones. A nuestro hijo Santiago, y su curiosidad y alegría inspiradoras.

A Joan y a Margot, a su apoyo constante, pero sobre todo agradezco su generosidad al compartir conmigo su conocimiento, su tiempo y su experiencia.

A mi madre y a mi padre, quienes alentaron permanentemente esta aventura a la distancia y me convencieron de que era posible en los momentos más difíciles.

A mis amigxs, que fueron parte de esta experiencia y de alguna u otra forma fueron parte de esa enorme red de apoyo durante estos años: Sole, Andreas, María José, la comunidad *Semoleres 10*, Jessica, Tamara y el equipo *SBT*, Pato, Tan, y tantos más.

## Índice

<b>1.</b>	<b>Investigar en metodologías cualitativas: la complejidad de construir un campo de investigación heterogéneo.....</b>	<b>9</b>
1.1	Las muchas almas de las metodologías cualitativas: lo técnico, lo político y una multiplicidad de imbricaciones.....	14
<b>2.</b>	<b>¿Una ciencia de quién y para quién? Críticas y propuestas feministas frente a la ciencia patriarcal.....</b>	<b>17</b>
2.1	“Lo que conocemos sobre nosotras mismas es lo que la ciencia patriarcal ha construido para nosotras”: consideraciones desde las epistemologías feministas para un proceso de investigación.....	23
2.1.1	El conocimiento <i>generizado</i> : la crítica feminista a la producción de dicotomías	25
2.1.2	Hacia una propuesta feminista de la ciencia.....	26
2.1.3	Escribir fuera de los márgenes: pensar nuevas posibilidades metodológicas desde el feminismo.....	29
<b>3.</b>	<b>¿Es posible producir otros conocimientos? Reflexiones teórico-metodológicas en torno a las narrativas en la investigación social.....</b>	<b>30</b>
3.1	Ni literatura ni ciencias duras: el giro narrativo y la narración como objeto de estudio sociocultural.....	31
<b>4.</b>	<b>Narrativas y feminismo: lo epistemológico, lo metafórico, lo metodológico y lo técnico.....</b>	<b>35</b>
<b>5.</b>	<b>Los artículos que componen esta tesis.....</b>	<b>41</b>
5.1	Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos.....	41
5.2	Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones.....	81
5.3	Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación....	108
5.4	Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género.....	133
<b>6.</b>	<b>¿Cómo escapar de una metodología de la investigación patriarcal? Claves teóricas, metodológicas y prácticas para una ruta de escape.....</b>	<b>158</b>
6.1	Vértice 1_Agotamiento de las metáforas, binarismos metodológicos y falsos dilemas: propuestas teórico-metodológicas para salir de este problema.....	160
6.2	Vértice 2_Experiencias propias en la investigación narrativa.....	164
6.3	Vértice 3_Experiencias de teorización colaborativa entre personas participantes en mi investigación.....	167
<b>7.</b>	<b>Referencias bibliográficas (no incluidas previamente).....</b>	<b>172</b>





## **Producciones narrativas: una propuesta metodológica inspirada en la epistemología feminista**

### **1. Investigar en metodologías cualitativas: la complejidad de construir un campo de investigación heterogéneo**

Me gustaría comenzar esta tesis doctoral haciendo una precisión: esta es una investigación que se sitúa disciplinariamente en el ámbito de las metodologías cualitativas. Con esto quiero decir, no que esta investigación tiene una estrategia metodológica de estas características. Por el contrario, lo que quiero es dejar en claro que el objeto de estudio de esta tesis doctoral es cierto tipo de metodologías cualitativas de la investigación social en tanto el conjunto de éstas es un objeto de estudio en sí mismo (Denzin y Lincoln, 2011), y que por lo mismo el problema de investigación de esta tesis doctoral es un problema metodológico cualitativo. Mi interés en desarrollar una investigación cuyo objeto de estudio son ciertas formas específicas de metodologías cualitativas, viene de algo que ha sido problemático en mi propia experiencia con ellas, problemas que provienen de distintos lugares. El primero tiene que ver con la formación en metodologías cualitativas, que por su complejidad y heterogeneidad en su definición, muchas veces se torna conceptualmente confusa. El segundo problema está directamente vinculado con el primero pero en un nivel diferente: en la praxis. Como persona investigadora en metodologías cualitativas, la pregunta por el qué hacer y cómo hacerlo es permanente. Sin embargo responderla desde los manuales y desde los recetarios metodológicos es enfrentarse a una tecnificación perpetua, donde *lo cualitativo* pareciera escabullirse entre los procedimientos técnicos. Asimismo, desde mis experiencias con investigación y metodologías cualitativas, he debido enfrentarme a dos posturas sobre lo qué es y cómo debemos practicar las metodologías cualitativas. La primera de ellas intenta científizar las metodologías cualitativas, pero lo hace sin reflexionar sobre la práctica científica ni la especificidad que las metodologías cualitativas tienen. Lo que hace en cierto sentido es operacionalizar una serie de procesos que no necesariamente son operacionalizables. La segunda alternativa desdeña lo cualitativo, lo considera a-científico y por lo tanto, como un ejercicio inútil. Ambas posiciones son igualmente infértiles e igualmente insatisfactorias, reducen y simplifican los procesos de producción de conocimiento, al mismo tiempo que infravaloran la experiencia de los sujetos, en la medida que la hipótesis científicista es que esta no puede producir conocimiento por sí misma, sino que en vez es *la ciencia* quien debe producir conocimiento sobre, y muchas veces a pesar, de ella. Esta tesis nace como un

ejercicio de pensar las metodologías cualitativas en su complejidad, su contexto y su especificidad, por sobre un trabajo preconcebido y reduccionista.

El reconocimiento de la investigación cualitativa y sus metodologías como un campo y terreno de investigación en sí mismo viene, paradójicamente, de discusiones metodológicas situadas en las décadas del '70 y del '80, que ponían en tela de juicio la existencia misma de las metodologías cualitativas (Denzin y Lincoln, 2011). Sin embargo, superada este enjuiciamiento de las metodologías cualitativas en el siglo anterior, aparecen definiciones de éstas como la de Denzin y Lincoln (2005) donde las metodologías cualitativas son entendidas como un set de prácticas materiales e interpretativas que permiten visibilizar el mundo, al mismo tiempo que lo transforman en una serie de representaciones lingüísticas y gráficas como notas de campo, transcripciones, fotografías, videograbaciones, etc. Por otro lado, entendiendo que lo metodológico se constituye como una cierta estrategia de acceso a un problema de investigación, que a su vez es una consecuencia o efecto lógico de un paradigma epistemológico (Harding, 1987), las metodologías cualitativas encarnan de forma estratégica y procedimental un tipo de investigación que se constituye como un acercamiento naturalista e interpretativo al mundo, donde las personas investigadoras observan a sus sujetos y objetos de investigación en sus contextos culturales, produciendo interpretaciones, experiencias, análisis, contenidos, conceptos, etc. (Bassi, 2014; Denzin y Lincoln, 2005).

Desde la entrada de las metodologías cualitativas en las ciencias sociales, podemos reconocer una serie de debates respecto a éstas, en medio de lo que Teddlie y Tashakkori (2003, citado en Denzin y Lincoln, 2011) llaman *guerras de paradigmas*<sup>1</sup>; una serie de momentos que autores y autoras conceptualizan como claves para pensar una investigación con metodologías cualitativas esencialmente distintas a los paradigmas de investigación tradicionales (Donmoyer, 2006). Teddlie y Tashakkori (2003, citado en Denzin y Lincoln, 2011; Denzin, 2008) distinguen al menos tres momentos en estas *guerras*: la guerra del postpositivismo-constructivismo contra el positivismo (entre 1970 y 1990), el conflicto desarrollado mediante una competencia permanente entre el postpositivismo, el constructivismo y el paradigma de las teorías críticas (entre 1990 y 2005), y el actual conflicto (del 2005 al presente) entre las metodologías basadas en la evidencia, las metodologías mixtas y los enfoques críticos e interpretativos. En la distinción paradigmática que se hace de las diferentes perspectivas de investigación en la investigación cualitativa podemos observar,

---

<sup>1</sup> En el texto original, publicado en idioma inglés, se refieren a este concepto como *paradigm wars*.

desde la pregunta metodológica, cómo han proliferado diferentes aproximaciones a la investigación cualitativa. Lather (2006) analiza esta proliferación desde dos lógicas diferentes. La primera de ellas agrupa las diferentes perspectivas de investigación cualitativa a partir de su propósito, agrupándolas en perspectivas generales organizada en torno a diferentes objetivos: la predicción del objeto de estudio, su comprensión o explicación, la emancipación de los sujetos que constituyen o la deconstrucción de los conceptos y sistemas que rodean a un determinado objeto (ver figura 1). Desde la segunda lógica, los diferentes paradigmas en investigación se distinguen a partir de ciertos criterios clásicos como lo son la ontología, la epistemología y la caracterización del concepto de verdad, pero incorporando también metáforas como criterios creativos para comparar los distintos paradigmas enunciados: positivismo, paradigma interpretativo, teoría crítica y deconstruccionismo (ver figura 2 y 3). Esta distinción no es más que una diferenciación limpia y ordenada de diferentes perspectivas, como una suerte de taxonomía que nos permite identificar diversas posiciones epistemológicas al interior de la investigación cualitativa, y sus implicancias metodológicas. Pero lo más interesante de esta taxonomía es en realidad, como lo propone Lather (2006), que son herramientas para pensar las tensiones que pueden existir en este campo, los efectos que pueden producir en los sujetos con que trabajan y en la propia vida de las personas investigadoras que los utilizan, entre otros.

Figura 1: Tabla comparativa para paradigmas de investigación cualitativa según propósito de la perspectiva (Lather, 2006, p. 37).

Table 1. Revised paradigm chart

Predict	Understand	Emancipate	Brk	Deconstruct	Next?
*Positivist	*Interpretive	*Critical		Poststructural	Neo-positivism
Mixed methods	Naturalistic	Neo-Marxist		Postmodern	
	Constructivist	< Feminist >			
	Phenomenological	Critical race theory		Queer theory	
		Praxis-oriented		< Discourse analysis	
	Ethnographic	Freirian participatory			
		< action research			
	Symbolic/ interaction			Postcolonial	Post-theory
				Post-Fordism	Neo-pragmatism
	Interpretive mixed methods			Post-humanist	Citizen inquiry
				Post-critical	Participatory/ dialogic
					Policy analysis
		Gay and lesbian theory			
				Postparadigmatic diaspora (John Caputo)	
		Critical ethnography		Post everything (Fred Erickson)	Post-post

Figura 2: Tabla comparativa para paradigmas de investigación cualitativa según criterios ontológicos, epistemológicos y metafóricos (primera parte) (Lather, 2006, p. 38).

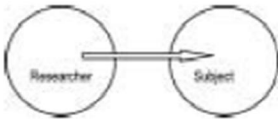
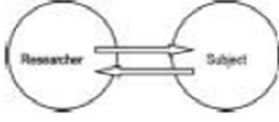
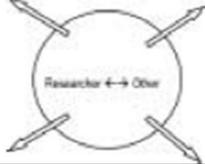
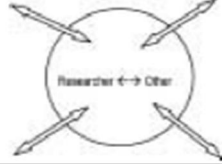
POSITIVIST	<i>Interpretivist</i>	CRITICAL THEORY	Deconstructivist
			
Reality is objective and "found"	Reality is subjective and constructed	Reality is subjective and constructed on the basis of issues of power	Reality is ultimately unknowable; attempts to understand it subvert themselves
Truth is one	Truth is many	Truth is many, and constitutes a system of socio-political power	"Truths" are socially constructed systems of signs which contain the seeds of their own contradiction
Discourse is structured and transparent, reflecting reality	Discourse is dialogic and creates reality	Discourse is embedded in (and controlled by) rhetorical and political purpose	Discourse is by nature inseparable from its subject, and is radically contingent and vulnerable
What is true? What can we know? Knowing the world Communication as transmission	What is heuristic? What can we understand? Understanding the world Communication as transaction	What is just? What can we do? Changing the world Communication as decision-making	Is there a truth? What constitutes truth? Critiquing the world Communication as challenging the nature of communication
<i>If this research paradigm were a color, it would be:</i> <b>blue</b> (cool, "scientific," objective)	<i>If this research paradigm were a color, it would be:</i> <b>green</b> (natural, symbolic of organic growth)	<b>red</b> (dynamic, action-oriented)	<b>black</b> (absence or denial of color)
<i>If this research paradigm were a public event, it would be:</i> <b>a marching band or classical ballet</b> (precise, rule-dominated)	<i>If this research paradigm were a public event, it would be:</i> <b>community picnic</b> (cooperative, interactive, humanistic)	<b>a March of Dimes telethon</b> (active, purposeful, concerned with marginal groups)	<b>a circus, amusement park, or carnival</b> (multiplicity of perspectives and stimuli; no single reference point)

Figura 3: Tabla comparativa para paradigmas de investigación cualitativa según criterios ontológicos, epistemológicos y metafóricos (segunda parte) (Lather, 2006, p. 39).

POSITIVIST	<i>Interpretivist</i>	CRITICAL THEORY	Deconstructivist
<i>If this research paradigm were a game, it would be:</i> <b>Tetris</b> (exacting, quantitatively oriented, uses computer)	<i>If this research paradigm were a game, it would be:</i> <b>Clue</b> (exchanges with other players inform decisions)	<b>Monopoly</b> (a world constituted by economic struggles)	<b>Candyland</b> (unconcerned with reality; played either by children or the extremely sophisticated)
<i>If this research paradigm were a sport, it would be:</i> <b>golf</b> (boring, individual, fastidious, exacting)	<i>If this research paradigm were a sport, it would be:</i> <b>tennis</b> (interactive, interdependent, labor intensive)	<b>midnight basketball</b> (collaborative, intended to change society; oppressed participate in self-empowerment)	<b>professional wrestling</b> (is it real? non-reality disguised as reality; simultaneous acceptance and denial of what is real)
<i>If this research paradigm were a celebrated figure, it would be:</i> <b>Anita Bryant</b> <b>Napoleon</b> (sure of their position; calculating)	<i>If this research paradigm were a celebrated figure, it would be:</i> <b>Florence Nightingale</b> <b>Dag Hammersjold</b> (receptivity to others; ability to entertain multiple viewpoints)	<b>Susan B. Anthony</b> <b>Karl Marx</b> (activists; concerned with oppressed groups)	<b>kd lang</b> <b>Woody Allen</b> (self-contradictory; quirky; they carve out their own space)
<i>The researchers in this paradigm would drink:</i> <b>Scotch on the rocks</b> (conventional, "hard" liquor for "hard science," hegemonic)	<i>The researchers in this paradigm would drink:</i> <b>Californian white wine</b> (natural, convivial, social, interactive)	<b>Vodka</b> (the revolutionary's drink; fiery, subversive)	<b>Zima</b> (defies categorization; neither wine, nor beer, nor hard liquor; trendy)

### *1.1 Las muchas almas de las metodologías cualitativas: lo técnico, lo político y una multiplicidad de imbricaciones.*

En toda aproximación a las metodologías cualitativas, como campo y problema de investigación, es necesario distinguir su rol político, externo, de su rol procedimental, interno, (Denzin y Lincoln, 2005). En el caso particular de las metodologías cualitativas contemporáneas lo político sitúa a las metodologías cualitativas simultáneamente dentro y fuera de la academia. Esto se debe a que ciertas tradiciones teórico-epistemológicas que han adoptado metodologías cualitativas, han posicionado al debate metodológico como un problema político en tanto la investigación es siempre socialmente productiva (Parker, 2005). Respecto a los dos roles de las metodologías cualitativas, mientras lo procedimental define el cómo las metodologías cualitativas se usan para producir conocimiento respecto al mundo, lo político pareciera tener más que ver con los efectos de la investigación cualitativa en distintos contextos (científicos y no científicos). Lo político y lo procedimental no corren por dos caminos separados: intersectan y se implican mutuamente, sin ser irreductibles el uno al otro. Por lo tanto, lo que se interroga implícitamente cuando se pregunta por lo metodológico, no son sólo las técnicas ni los procedimientos, sino la naturaleza y composición de la realidad por un lado la noción de creencia ontológica y epistemológica de Evelyn Fox Keller (1991), y nuestras posiciones políticas e ideológicas por el otro. Hablar de ciencia y sus metodologías, es hablar de epistemología y del carácter socialmente productivo de sus posiciones teórico-epistemológicas. En este sentido Ian Parker (2005) nos advierte que la pregunta metodológica es en sí misma una pregunta política, y que su debate es expansivo a la disciplina que los circunscribe, convirtiéndose en un lugar donde es posible pensar y reflexionar sobre qué está sucediendo en esa disciplina, y elaborar un trabajo teórico que permita producir conocimiento de formas diferentes. Dicho esto, es posible decir que la pregunta metodológica es una pregunta compleja. Sin embargo la complejidad de la pregunta metodológica es una dimensión frecuentemente olvidada de la investigación. La complejidad de la pregunta metodológica radica en su multidimensionalidad. La pregunta metodológica es aquella que en una primera conceptualización, de carácter operacional, se cuestiona por la dimensión del procedimiento y la técnica, por las prácticas concretas que permitan desplegar un proyecto de investigación al momento de entrar al campo, de levantar y analizar datos. En una segunda conceptualización, de carácter epistemológico, se pregunta por la dimensión de las condiciones para la producción del conocimiento, se pregunta también por las características y la calidad de la relación sujeto-objeto en esa práctica productiva, interrogando quién puede ser sujeto de

conocimiento y quién puede ser su objeto (Hesse-Biber, 2012). Una tercera conceptualización, de carácter ético y político, incorpora las dimensiones relacionales del conocimiento, las relaciones de poder y los efectos socialmente productivos que tienen las prácticas investigativas.

¿Cuál es la importancia de abordar este problema en metodologías cualitativas? En primer lugar, porque la iniciación en las metodologías cualitativas puede ser conceptual y experiencialmente confusa. Quien haya trabajado con metodologías cualitativas puede dar cuenta de la dificultad de separar y distinguir claramente tanto sus etapas, así como sus niveles, en la medida que no tienen límites claros y muchas veces están superpuestas. De ahí que pensar el trabajo metodológico cualitativo apriori y aposteriori a su práctica, puede arrojar resultados muy diferentes. En segundo lugar, que la investigación cualitativa, y por extensión sus metodologías, abre un espacio para hacer algo radicalmente diferente para vincular la experiencia humana con las prácticas sociales (Parker, 2005). Este “lugar privilegiado” que las metodologías cualitativas sostienen es la posibilidad de disolver la falsa fractura entre “lo que se dice y lo que se hace”. Vincular la experiencia a la práctica social tiene que ver precisamente con no tomar sus posibles contradicciones como separaciones, sino más bien como tender puentes para comprender una relación que no es explícita ni evidente, sino oscurecida por diferentes factores que no son siempre conscientes, claros ni transparentes a la razón humana. Durante las últimas cuatro décadas han florecido una diversidad de corrientes, perspectivas, grupos de investigación, revistas y publicaciones académicas y científicas que nacen precisamente para reclamar y defender formas de investigación cualitativa que ocupen ese espacio (Parker, 2005). Un ejemplo concreto al respecto es la teorización de los momentos de la investigación cualitativa que hacen Norman Denzin e Yvonna Lincoln (2011) que dan cuenta de los primeros acercamientos metodológicos cualitativos, en las décadas del ‘20 y del ‘30 para estudiar las interacciones y la vida en común en distintos grupos humanos de la antropología, hasta el momento actual habitado por múltiples prácticas interpretativas, diversas y diferentes. En este sentido la diversidad del uso de metodologías cualitativas atraviesa diferentes objetos, campos, técnicas y disciplinas. En palabras de Denzin y Lincoln (2011):

“Qualitative research, as a set of interpretative activities, privileges no single methodological practice over another. As a site of discussion or discourse, qualitative research is difficult to define clearly. It has no theory or paradigm that is distinctly its own (...) multiple theoretical



paradigms claim use of qualitative research methods and strategies, from constructivism to cultural studies, feminism, Marxism and ethnic models of study. Qualitative research is used in many separate disciplines. It does not belong to a single discipline” (p. 6).

Interrogar esta pluralidad inherente al campo de las metodologías cualitativas, nos permite examinar los permanentes giros epistemológicos que han caracterizado a las ciencias sociales en los últimos cuarenta años. En este sentido, el debate metodológico en la investigación cualitativa es un lugar en el cual podemos pensar el estado de una disciplina y elaborar el trabajo teórico que nos permite mirar críticamente a la disciplina que lo sostiene, así como también producir un tipo de conocimiento diferente (Parker, 2005). Interrogar las metodologías cualitativas en el contexto disciplinario donde se practican, permite hacer a lo menos tres cosas: la primera se dirige al análisis de las diferencias políticas que pueden emerger en la investigación, para tener en cuenta los efectos que nuestras prácticas de investigación pueden tener (Burman, 1997). En segundo lugar, siendo la investigación cualitativa una práctica social, podemos suponer que las relaciones que se producen desde las metodologías cualitativas son una reproducción de las relaciones sociales que se dan fuera de ellas (Kagan y Burton, 2000). Finalmente, en tercer lugar, nos permite concientizar la manera en que la investigación cualitativa se ha institucionalizado como paradigma de investigación, al mismo tiempo que su potencial político de transformación es neutralizado; la metodología es convertida en mera técnica (Burman, 1996).

Respecto a la importancia de abordar el problema de la complejidad de la pregunta metodológica en el contexto de las metodologías cualitativas, es que éstas, a diferencia de otras propuestas metodológicas, tienen otras lógicas y están afectadas por los mismos procesos psicosociales con que trabajan. Al respecto, Gough y Madill (2012) señalan lo siguiente sobre el trabajo en psicología y ciencias sociales: “psychologists are subject to the same psychological phenomena as the non-psychologists who participate in psychological research, while physicists as humans are not meaningfully influenced by, say, electromagnetic fields” (p. 329). Este principio marca una diferencia fundamental en dos dimensiones diferentes: primero en la producción de conocimiento en las ciencias naturales y en las ciencias sociales, y segundo en el mismo proceso pero desde las lógicas cuantitativas y cualitativas de investigación. Esto implica reflexionar sobre nuestras tecnologías semióticas y sobre nuestras políticas de significado al interior de las metodologías cualitativas, así como también examinar

las condiciones de nuestros procesos de producción de conocimiento (y que aquello implica necesariamente sentido y significado).

## **2. ¿Una ciencia de quién y para quién? Críticas y propuestas feministas frente a la ciencia patriarcal**

Existe un proyecto científico de características específicas y que opera, hasta el día de hoy, como un modelo hegemónico de hacer ciencia. Digo hegemónico, porque si bien hemos sido capaces de pensar y elaborar alternativas a ese modelo, sus imaginarios permanecen en la infraestructura y superestructura que determinan el paradigma dominante de la práctica científica. Esto sucede en la medida que, como señala Diana Coblier (2005), por medio de estrategias de naturalización se ha legitimado un proyecto científico patriarcal, que supone un modelo científico androcéntrico, que podemos llamar el paradigma de investigación “tradicional”. A su vez, este modelo supone una dinámica única para la producción de conocimiento, basado en la lógica deductiva y la empiria (Hesse-Biber, 2012). Coblier (2005) propone que este proceso de naturalización es fundamental para concebir la dinámica científica única. Este modelo está sustentado por el proceso de legitimación ideológica del patriarcado, que conlleva al menos tres momentos diferentes: el primero de ellos consiste en la producción de un sistema de “creencias adictas” a la ideología del patriarcado. Este sistema de creencias obedece a un hecho construido sobre una base de realidad, que puede ser una batería de características biológicas, corporales o materiales diferentes. Para Coblier (2005) es esa base biológica la que permite construir un sistema ideológico primario, en tanto establece roles y trabajos diferenciados. El segundo paso es la legitimación de esa ideología primaria mediante un sistema de naturalizaciones de esa división de las labores. Lo que primero se establecía como una división en la praxis, se utiliza como una verdad revelada. El tercer y último momento en la construcción de una ideología científica patriarcal para Coblier (2005) es la instalación de un sistema binario que no tiene margen para la oposición, y donde aquello que se opone al sistema es demonizado y peyorizado, en tanto se significa como una subversión de esos valores revelados que ha producido la posición ideológica patriarcal (Coblier, 2005). La ciencia tradicional es una práctica patriarcal en tanto reproduce las mismas naturalizaciones y sesgos del patriarcado, utilizando el género como categoría primaria de la organización social (Ropers-Huilman y Winters, 2011) y que le permite establecer una división sexual y generizada del trabajo. Las consecuencias de aquello no son únicamente la exclusión de las mujeres de los diferentes campos donde se ejerce el poder, dentro de los cuales

incluimos la ciencia, sino también el hecho de que se hace únicamente *cierto tipo* de ciencia. Estos campos en gran medida han sido construidos por un subconjunto específico de la raza humana: hombres, blancos, burgueses, y occidentales. Al construir la ciencia como una actividad exclusivamente masculina, es una disciplina exclusivamente racional como efecto de la producción binaria del género. Esto permite excluir de la ciencia el papel de la psique con todas sus complejidades. “Del mismo modo que la ciencia no es el esfuerzo puramente cognitivo que pensábamos, tampoco es tan impersonal como pensábamos: la ciencia es una actividad profundamente personal así como social” (Fox Keller, 1991, p. 15). De esta forma el proceso de investigación científica, sin importar su raigambre disciplinaria, es siempre un práctica social (Fulladosa-Leal, 2015), cruzada por diferentes categorías socioculturales como el género, la raza y la clase social, entre otras (Ropers-Huilman y Winters, 2011). Considerando lo anterior, las preocupaciones de la reflexión epistemológica feminista de la ciencia y la producción de conocimiento como práctica social, radica en los efectos que la ciencia patriarcal tiene en distintas dimensiones: la productividad social de sus conocimientos, la relación sujeto-objeto en el marco de la práctica científica, la homogeneización y comprensiones reduccionistas de la experiencia y en la naturalización de la objetividad como la subjetividad masculina (Code, 2012; Dan, 2013; Ropers-Huilman y Winters, 2011). En relación a estos objetivos emergen obras como “Reflexiones sobre género y ciencia” (1991), donde Fox Keller toma la propuesta de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn para dejar al descubierto algunos problemas de la concepción científica patriarcal. En tanto la ciencia también es una disciplina que se encuentra a merced de los cambios sociales, no es como pretende ser: una disciplina puramente autónoma y auto determinada a partir del método científico y el conocimiento objetivo. Fox Keller insiste en esta articulación en la medida que la ciencia es atrapada con frecuencia en distintos sistemas binarios: objetivo/subjetivo, razón/emoción, privado/público, etc. Este binarismo encontraría parte importante de sus orígenes en la filosofía de Platón, y los pares correlativos masculino/femenino – orden/desorden. Para Platón es el Eros quien guía al conocimiento a través del deseo. “El Eros empuja el alma en dos direcciones, hacia la razón y hacia la pasión, hacia lo sublime y hacia lo sórdido” (Fox Keller, 1991, p. 31). Las relaciones heterosexuales, que llevan hacia la pasión y lo sórdido, no contribuyen al conocimiento, pues la procreación lleva a un tipo diferente de trascendencia, en parte desdeñada por la filosofía platónica. El conocimiento sólo puede ser producido entre individuos similares, en tanto el deseo del alma (y no de la carne) lleva a la procreación en “el ámbito del ser”. De esta manera Platón anuda la constitución de la ciencia como una práctica homosocial, en la medida que la razón y el alma son prácticas

exclusivamente masculinas, y es el deseo que se genera acá el único capaz de producir conocimiento, de esta manera, el efecto de tal retórica es que las mujeres no sólo son excluidas de la ciencia, sino que también son perjudiciales para su desarrollo (Fox Keller, 1991). Sin embargo, los desarrollos platónicos en relación a la producción de conocimiento solo marcan una parte del problema. Bacon, que heredaría de Platón parte de su concepción dicotómica del mundo, explicaría la relación conocimiento/naturaleza de forma diferente. En primer lugar, Bacon fue “el primero que articuló, con toda energía, la ecuación entre conocimiento científico y poder” (Fox Keller, 1991, p. 41). De esta forma se instalarán en la ciencia los propósitos de control y dominación. La metáfora predominante era la de naturaleza como mujer, así los cuerpos de las mujeres, como también la misma naturaleza, devienen objetos de lucha, los cuales la ciencia intentaría dominar. Bacon provee el lenguaje y las metáforas que permiten establecer por medio de la ciencia una “dominación sexual legal”. Como consecuencia de esta dominación, se perpetúa con mayor intensidad las posturas discriminatorias de la mujer como sujeto de conocimiento (Fox Keller, 1991), discriminación que se ve favorecida precisamente por el binarismo instalado por la filosofía platónica y luego apuntalado por el modelo baconiano de ciencia, en tanto que la producción de binarismos es en sí mismo un sistema organizado de discriminación. En este sentido el binarismo instala por sí mismo la existencia de un término dominante en cada par, y que se van homologando entre sí, conformando sistemas de privilegio y discriminación (Madrid Ramírez, 2001). El término dominante, al mismo tiempo, es un término *sexuado* y *generizado*, donde la anatomía se convierte en el factor determinante, desde un falocentrismo que determina “la producción de la experiencia inteligible desde categorías que privilegian la posición masculina. En este sentido, lo femenino es secundario porque es identificado como una propiedad situada en la misma línea de la ausencia: se es mujer porque se carece de falo” (Madrid Ramírez, 2001, p. 405). De esta forma lo masculino se homologa con lo objetivo, lo racional, lo neutral, anudándose con la propuesta de una ciencia neutral, autónoma e independiente del positivismo (Pérez, 2008).

En este sentido la crítica feminista ha sido fundamental para entender la construcción generizada de la ciencia: si el género ha sido una de las categorías fundamentales para la organización social (Ropers-Huilman, 2011), esta categoría debe ser también significativa para entender cómo se ha construido y desarrollado la ciencia, en tanto ésta es también una práctica social (Gandarias Goikoetxea, 2014). Precisamente son algunas autoras feministas

quienes comienzan a interrogar esta concepción patriarcal y tradicional de la ciencia<sup>2</sup>, entendida como una disciplina neutra, autónoma e imparcial. Su neutralidad implicaría que las teorías no suponen juicios de valor y que tampoco sirven a un valor específico más que a otro. Su autonomía supondría que la ciencia progresa mejor cuando no está influenciada por valores o movimientos sociales, mientras que su imparcialidad supone que la única base para aceptar una teoría es la evidencia (Pérez, 2008). Es una ciencia que, en virtud de no introducir valores sociales en la investigación, dice dejar fuera de ésta cualquier aspecto “personal” o “subjetivo” de quien la realiza, escindiendo a quien se posiciona en el lugar de investigadora. Es un conocimiento que se construye desde ningún lugar (Haraway, 1995). Sin embargo fueron, paradójicamente, teorías que provenían de los mismos científicos - como la teoría de la evolución de Darwin y la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica de Einstein - las que produjeron un cambio epistemológico radical de esta concepción tradicional de la ciencia. Estas teorías emergentes en la primera mitad del siglo XX, junto a las críticas desarrolladas por los estudios feministas de la ciencia, fueron hechos fundamentales para la producción de una ruptura epistemológica en el desarrollo científico (Fox Keller, 1991). Los estudios feministas de la ciencia devinieron en segunda instancia en una *filosofía feminista de la ciencia*, que termina por constituir el campo de las epistemologías feministas (Richardson, 2010). En este sentido, la preocupación por una serie de fenómenos como la participación de las mujeres en la formación y práctica científica y los mecanismos de discriminación y los techos de cristal, las metáforas sexuadas y sexistas sobre la ciencia y la dominación de la naturaleza, así como las cuestiones de política y responsabilidad del trabajo científico, fueron terrenos de preocupación y algunas de las principales contribuciones de este “nuevo” campo de estudio (Richardson, 2010).

Una de las cuestiones que me ha ocupado en esta tesis ha sido precisamente el problema de la responsabilidad del trabajo científico. La neutralidad valorativa de la perspectiva tradicional de la ciencia ha desvinculado el trabajo científico de sus potenciales efectos, fracturando los contextos de descubrimiento y aplicación como un terreno ligado a lo no-

---

<sup>2</sup>Dentro de los trabajos clásicos y más relevantes en esta línea se puede encontrar el trabajo de mujeres como Evelyn Kox Keller, Sandra Harding, Helen Longino y Donna Haraway -por nombrar algunas-, quienes interrogan las conceptualizaciones tradicionales de criterios de investigación patriarcales tales como las nociones de objetividad y empirismo, la fractura sujeto-objeto, los aspectos ontológicos del mundo en el contexto de la investigación científica, entre otros. Ese germen que aparece con las reflexiones feministas sobre la ciencia y las epistemologías feministas en la década de los ochenta, ha tenido un efecto expansivo en el desarrollo de las ciencias (y sobre todo en las ciencias sociales) hoy y sus comprensiones epistemológicas y metodológicas, permitiendo la emergencia de un campo de investigación feminista el cual, como demuestra Ian Parker (2005), es un referente ineludible al hablar de metodología e investigación social, principalmente en el ámbito cualitativo.

científico en tanto supone valores no-cognitivos (Pérez, 2008), poniendo su atención en el carácter técnico y cognitivo de la validación de hipótesis, lo que Karl Popper llamaría el contexto de justificación (Harding, 1987). Por lo mismo, las propuestas feministas respecto a la ciencia vuelven a caracterizarla como una disciplina socialmente construida, de ahí que los contextos de descubrimiento y aplicación son tan relevantes como el de justificación, en tanto sientan las bases para la posibilidad de generar un conocimiento socialmente responsable. Así, la actitud crítica de una investigación social está dada por una cuestión más ligada a la responsabilidad de las investigadoras que a una cuestión metodológica o algo que sea propio de alguna disciplinas en particular. La noción de responsabilidad será fundamental en la investigación para las epistemologías feministas. Ésta es una noción que se desarrolla en primera persona, donde debemos asumir que nuestra posición está sujeta a una influencia histórica y contextual (Biglia y Bonet-Martí, 2009). Toda mirada tiene una posición específica que está dada por ciertas condiciones semióticas y materiales (Haraway, 1995; Balasch y Montenegro, 2003). Por medio de las epistemologías feministas podemos interrogar conceptos que parecían cristalizados como la noción objetividad y la idea de neutralidad científica.

Haraway (1995) señala:

“los construccionistas sociales dejan bien claro que las ideologías oficiales sobre la objetividad y el método científico son malos mentores sobre cómo el conocimiento científico es *practicado* en realidad. Al igual que nos sucede a todos, entre lo que los científicos creen o dicen que hacen y lo que hacen de verdad, hay un abismo” (p. 315).

La ciencia tiene una dimensión social, pero también una importante dimensión retórica, donde entran en juego una serie de mecanismos y factores para argumentar respecto al poder que es posible ejercer desde determinadas posiciones científicas. En este juego de poder se entreveran “datos duros”, tecnologías, dispositivos, entre otras variables, todas mediadas por el lenguaje y la retórica para constituir la como un discurso poderoso. Incluso los procedimientos y lógicas editoriales para la difusión de la producción científica están fuertemente mediados por estos procesos, pero la falta de investigación empírica al respecto nos niega la posibilidad de contar con una aproximación real a la comprensión del sesgo de género en este proceso (Hart y Scott Metcalfe, 2010). Para Haraway (1995) la única salida posible para este entramado es insistir en una mejor descripción del mundo, donde no sólo es relevante mostrar cómo funciona

la ciencia y sus dispositivos de justificación, sino también desarrollar otros mecanismos y estrategias de descripción del mundo. Así, es necesario revisar lo que ella llama “tecnologías semióticas”: las estrategias retóricas y discursivas que utilizamos para dotar de significado al mundo, la realidad, a nuestras experiencias. En este sentido interrogar nuestras tecnologías semióticas tiene que ver con cuestionar nuestras propias metodologías de investigación e intentar visualizar cómo éstas tienen efectos en la construcción de significados a nivel individual y a nivel sociocultural. La construcción de un cuerpo de conocimientos en torno a estas tecnologías semióticas no pretende generar un conocimiento global o generalizado a toda realidad, como tampoco pretende ser una teoría representativa del mundo. Lo que se pretende desde esta posición es desarrollar una propuesta metodológica que sea capaz de interrogar las lógicas que rigen las formas en que producimos significado, como una de las dimensiones que están en relación con la producción de nuestros cuerpos y la configuración de nuestra experiencia, como elementos conceptualmente diferentes pero imbricados y co-afectados en la praxis. Para ello Haraway (1995) señala la necesidad de salir de los cánones tradicionales de la ciencia, observar nuestros procesos de producción de significado desde versiones reclamadas de la objetividad. Así, el feminismo aparece con fuerza en este terreno mediante propuestas como la objetividad fuerte de Sandra Harding o los conocimientos situados de la misma Donna Haraway.

Para Donna Haraway (1995) ni las miradas realistas ni las versiones relativistas de las ciencias ofrecen recursos suficientes para tal empresa. La discusión *realismo versus relativismo* en las ciencias es una discusión tramposa, en tanto se centra en un falso binarismo del todo o nada. La trampa radica precisamente en esta posición dicotómica. Su crítica a las miradas realistas y relativistas es que ambas son totalizantes: en la primera el conocimiento no viene de ningún lado, mientras que en la segunda proviene de todos lados, negando así la parcialidad de la mirada y el lugar desde donde se enuncian las narraciones sobre la realidad (Haraway, 1995). La alternativa que se propone desde las epistemologías feministas es localizar el conocimiento desde donde emerge. “La consecuencia de esta asunción es que el conocimiento se producirá mediante la conexión parcial, localizable y encarnada con otras posiciones” (Balasch y Montenegro, 2003, p. 45). Las propuestas epistemológicas feministas, y en particular la de los conocimientos situados, respecto a la producción de conocimiento exigen tecnologías semióticas y una nueva política del significado en las ciencias sociales. ¿Con qué herramientas cuentan las ciencias sociales, en particular la psicología social, para producir significado? ¿Qué efectos tienen las tecnologías semióticas que utilizamos para

investigar? Las metodologías cualitativas de investigación pueden ser tecnologías semióticas privilegiadas, en la medida que tienen el potencial de cristalizar los sentidos y los significados producidos en la experiencia de los sujetos. Mediante éstas por ejemplo, la experiencia de las mujeres se ha *convertido* en conocimiento en primera instancia (Scott, 1996; Hesse-Biber, 2012), y que luego se han utilizado para convertir en conocimiento sobre lo social la experiencia de otros grupos y colectivos oprimidos (Hesse-Biber, 2012). Si lo que se pretende es producir un conocimiento crítico y emancipador es necesario contar con herramientas que sean capaces de producir otras estrategias de conocimiento y producción de significado, en palabras de Haraway (1995) que sean capaces de dar "una mejor descripción del mundo, que sea parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada" (p. 321).

## 2.1 *“Lo que conocemos sobre nosotras mismas es lo que la ciencia patriarcal ha construido para nosotras”<sup>3</sup>: consideraciones desde las epistemologías feministas para un proceso de investigación.*

Las epistemologías feministas formulan una serie de propuestas críticas respecto a la pregunta por el conocimiento: cómo podemos conocer, en qué condiciones, quiénes pueden conocer y qué efectos tiene ese proceso, desde el género como categoría de análisis crítico (Grasswick y Webb, 2002). Estas propuestas emergen como respuestas y resistencias al modelo tradicional de la ciencia, en relación a la reproducción patriarcal que ésta instala y al sesgo de género que conlleva esta posición heredada. En este sentido revisaremos algunas propuestas epistemológicas feministas, relevantes para llevar a cabo una investigación feminista o una investigación anti-patriarcal. Cabe mencionar que tomar las críticas feministas e incorporarlas al proceso científico de investigación ha permitido introducir algunas cuestiones importantes: la primera es la crítica a la razón ilustrada y universal. Como por ejemplo ha planteado Pujal i Llombart (2003), al ser individuos que estamos sujetos por el psiquismo por un lado, y por las relaciones de poder por el otro, es necesario incorporar estos aspectos en el análisis de las prácticas científicas, en la medida que son determinantes para este proceso. El problema es que estas dimensiones son complejas de dilucidar, y por lo tanto es necesario que

---

<sup>3</sup> Este subtítulo corresponde a una paráfrasis de la frase, original de Luce Irigaray, “lo que conocemos como femenino en el patriarcado no sería lo que las mujeres son o han sido, sino lo que los hombres han construido para ellas”.



una investigación feminista, en este sentido, pueda incorporar diferentes estrategias que permitan visibilizar estas relaciones.

Definir lo que constituye una investigación feminista ya es un ejercicio que tiene una complejidad en sí mismo. Por ejemplo Wadsworth y Hargreaves (2002) adhieren a una definición clásica donde la investigación feminista es una investigación hecha por mujeres y para las mujeres. Señalan que solo las mujeres son capaces de hacer investigación feminista, en tanto para los hombres -como beneficiados por la opresión femenina- no contamos con la posibilidad de dar cuenta de esa opresión, aspecto fundamental de la investigación feminista. En vez proponen que los hombres sí podemos hacer investigación pro-feminista o investigación anti patriarcal como forma de atender a sus propios malestares provocados por elementos del patriarcado, a la vez que se pone atención también sobre la subordinación de las mujeres por los hombres, y de algunos hombres por otros hombres. ¿Cómo puedo inscribirme como hombre entonces en esta agenda? En este sentido no puedo desligarme de mi posición, como un efecto de la intersección entre las diferentes categorías sociales, y los respectivos roles y estatus que encarno en base a éstas, al menos me es posible intentar hacer un ejercicio de reconocimiento de aquello que me hace inclinarme por una crítica feminista, de aquellos factores que me incomodan del patriarcado, de las obligaciones culturales sobre mi cuerpo, sobre mis acciones, sobre mis actitudes, etc. En este sentido mi elección por trabajar con investigación feminista en mi tesis doctoral y en mi carrera académica, obedecen también a la tesis de que el feminismo hoy, y particularmente el feminismo interseccional, no es únicamente una lucha por la igualdad y derechos de un único grupo, sino que más bien es un movimiento que lucha en forma conjunta y diversa por una profundización de la democracia. Sin embargo, desde mi posición masculina, he también de cuidarme de no colonizar las prácticas feministas, pro-feministas o anti-patriarcales, y en algún sentido, esta tesis doctoral también responde a ese objetivo reflexivo: desde mi posición interseccionada cómo pensar una propuesta metodológica que permita desarrollar una política del significado coherente con una perspectiva feminista. Con esta breve nota no pretendo zanjar la discusión respecto a la posibilidad de las posiciones sociales más privilegiadas de posicionarse dentro del feminismo o no, sino que al puntualizar esta consideración mi intención es más bien la de arrojar luces respecto a las complejidades epistemológicas y metodológicas a las que nos enfrentamos al intentar definir y practicar estas nuevas formas de investigación. En este sentido, prefiero hablar de una investigación inspirada o basada en posiciones epistemológicas feministas, como forma inclusiva de abordar aquellas formas de investigación

que adhiran a elementos centrales de la teoría feminista: el desmonte de certezas que la ciencia ha construido como naturaleza en torno a la diferencia sexual, sirviendo a intereses de dominación y sumisión de esa diferencia (Pujal i Llombart, 2007).

### 2.1.1 El conocimiento *generizado*: la crítica feminista a la producción de dicotomías

Las relaciones entre género y ciencia pasaron a ser una preocupación durante la década de los setenta, dedicándose a explorar estas relaciones desde problemas como el estado y la participación de mujeres en profesiones científicas, la crítica y la corrección de ciencia sexista, hasta la evaluación crítica de modelos de racionamiento y práctica científica. Este tipo de trabajos fueron capaces de levantar preguntas filosóficas, que a su vez, abrieron el horizonte de la filosofía de la ciencia, hacia campos fuera de la filosofía misma y fuera de la academia (Richardson, 2010). Dentro de estos trabajos, Evelyn Fox Keller (1991) señala que en el estudio de las relaciones de género en la ciencia, ella misma no aprendería menos de los hombres que de las mujeres, y que el mayor aporte de su trabajo estaba en el desarrollo de la ciencia, criticando el prejuicio respecto a que un trabajo de género y ciencia tenga que hacer necesariamente referencia a las mujeres. Sobre la forma de entender el trabajo de una filosofía feminista de la ciencia, Fox Keller (1991) señalaría que es respecto a “cómo la construcción de los hombres y las mujeres ha afectado la construcción de la ciencia” (p. 12).

Los estudios sobre género y ciencia de esta autora, nacen de la confluencia entre los estudios feministas y los estudios sociales de la ciencia. Una de sus primeras preocupaciones fue un prejuicio con un fuerte enraizamiento social: la objetividad y la razón como cosa masculina, y la subjetividad y la afectividad como cosa femenina. Este prejuicio será el garante de preservar el trabajo cognitivo como “cosa de hombres” y los “trabajos afectivos” como cosa de mujeres. Sin embargo, Fox Keller no localiza este prejuicio como la causa de la división, sino como un síntoma de una estructura mayor que la sostiene. Este prejuicio se manifiesta en la ciencia mediante la reproducción de una de las categorías primarias de la organización social: el género y su organización patriarcal (Ropers-Huilman y Winters, 2011). La categoría de género funciona al menos en dos niveles; en el primero lo hace como una estructura estructurante, donde la definición bourdiana permite entender su funcionamiento como “principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos” (Bourdieu, 1980/2007, p. 86).

El género, como estructura estructurante, es una categoría dentro de la cual estamos insertos al mismo tiempo que la intentamos aprehender. Somos personas incorporadas histórica y materialmente en categorías generizadas, sentimos y percibimos el mundo mediante lógicas patriarcales, por tanto si utilizamos sus dinámicas y métodos para definir y comprender la construcción patriarcal de la ciencia “corremos el peligro, por tanto, de recurrir, para concebir la dominación masculina, a unos modos de pensamiento que ya son el producto de la dominación” (Bourdieu, 2000, p. 17). El segundo uso de la categoría de género emerge precisamente en función a estas relaciones de dominación, vale decir que el género puede funcionar como una categoría de análisis para esas relaciones (Scott, 1996). En este sentido es necesario precisar que el concepto de género en el marco de la producción académica, ha tenido diferentes usos, aunque siempre centrado en algún aspecto de la diferencia sexual, no siempre tiene una función crítica. Un uso descriptivo del género ha permitido acercarse a cuestiones acerca de la marginalización de grupos “vulnerables” (mujeres, niños, niñas, personas pobres, etc.), sin tocar otras esferas vinculadas a grupos hegemónicos y a sus actividades, como si estas no estuvieran atravesadas por la organización patriarcal de la sociedad (Scott, 1996). La inclusión de aspectos del feminismo y el género como una categoría fundamental de análisis crítico ha permitido por un lado incluir aspectos fundamentales de la experiencia humana que han sido tradicionalmente dejados de lado por el sesgo patriarcal, así como por el otro, mejorar no solo la definición sino también la práctica de lo científico (Lozano, 2011). Un uso descriptivo-no-crítico de la relación entre género y ciencia no hará más que puntualizar sobre las relaciones entre hombres y mujeres en este punto, y podría reproducir y justificar mediante lógicas patriarcales cuestiones del tipo ¿quiénes son sujetos y quiénes son objetos del conocimiento científico? Por otro lado, hacer un uso crítico de la categoría de género implica conectar la categoría con las relaciones de poder, con la producción de cuerpos y subjetividades (Amigot Leache y Pujal i Llombart, 2009). Un uso tal de la categoría de género nos permite abordar el problema de la ciencia tradicional como una construcción y práctica patriarcal, y como tal, pensar alternativas emancipadoras a este modelo científico.

### 2.1.2 Hacia una propuesta feminista de la ciencia

Evelyn Fox Keller (1991) señala que la objetividad ha sido tradicionalmente terreno de los hombres. Es una objetividad fría, separada del objeto de investigación, y que por medio del método científico dice asegurar la producción de un comienzo fiable. Sin embargo es una objetividad también productora de inequidades que vienen ya desde su base, y que en sus

métodos genera conocimientos que reproducen las categorías que sustentan esta forma de hacer ciencia. Para elaborar una propuesta feminista de la ciencia es necesario considerar que, en primer lugar, el conocimiento científico se denomina a sí mismo como neutro, por lo tanto quienes lo producen, hacen una ciencia irresponsable, vale decir, una ciencia que no se hace cargo de sus efectos producidos. Un ejemplo son las denuncias, bien fundadas, de discriminación a las mujeres en ámbitos académicos y científicos, que encuentra sus bases en disciplinas como la socio biología, y la producción que este tipo de disciplinas hacen, por ejemplo, de las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres (Pérez, 2008). Este ejemplo da cuenta de las relaciones que hay entre conocimiento y poder. De ahí que es necesario generar un conocimiento responsable, que pueda dar cuenta no sólo de los procedimientos que se han llevado a cabo para producirlo, sino también de sus condiciones sociales e históricas. En este sentido la incorporación de la reflexividad es fundamental para una propuesta feminista de la ciencia.

La práctica reflexiva incorpora al menos cuatro posiciones (Albertín, 2008):

- La práctica reflexiva sobre la dimensión del sujeto que investiga: interrogar las posiciones que puede ocupar quien investiga, poniendo un énfasis en los procesos no racionales de éste: emociones, intenciones, expectativas, proximidades, deseos, prejuicios, etc. Entendiendo que la ciencia incorpora la articulación sujeto-sociedad, interrogarse como sujeto investigador permite reflexionar respecto a las diferentes decisiones que se toman en el transcurso de una investigación.
- La práctica reflexiva en relación al microcontexto donde se investiga: mientras que la ciencia tradicional separa los contextos de investigación y descubrimiento como una estrategia para “asegurar” la neutralidad y la objetividad, desde las epistemologías feministas es necesario incorporar “visiones e intereses particulares de las instituciones y de los investigadores, de momentos, de rutinas y hábitos instaurados y localizados en el contexto de donde emerge la acción” (Albertín, 2008, p. 469).
- La práctica reflexiva sobre la dimensión de los discursos sociales: “Los discursos son conjuntos de enunciados que describen objetos, temas, prácticas, con una regularidad en relación a un sistema social e históricamente determinado” (Albertín, 2008, p. 470), por ende, prácticas sociales y discursivas están íntimamente asociadas. La reflexividad

en esta dimensión, implica interrogar la posición del sujeto investigador en relación a los diferentes discursos y prácticas sociales que se erigen en torno a su objeto de estudio.

- La práctica reflexiva en relación a la dimensión de escritura y retórica en el texto: la práctica reflexiva debe aparecer en el texto, como una forma de romper la estructura científica tradicional, que intenta esconder al sujeto que escribe. El texto debe ser el marco de interpretación respecto a las realidades que se interrogan en la escritura, acción que sólo puede ser lograda trayendo al narrador de la historia.

En segundo lugar, junto con producir un conocimiento responsable por medio del uso de la reflexividad, es necesario reemplazar la noción de objetividad patriarcal, por una que incorpore las críticas que traen los estudios feministas de la ciencia. Desde un lugar disciplinario diferente, Adrienne Rich (1983) señala acertada y precisamente el problema: la objetividad no es otra cosa que el nombre que se le ha dado a la subjetividad masculina en el patriarcado.

En esta línea, las bases que Donna Haraway (1995) ha desarrollado para pensar alternativas no tramposas a la objetividad tradicional consiste en realizar “conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten las posibilidades de conexiones, llamadas solidarias en la política y conversaciones compartidas en la epistemología” (p. 329). Esta forma de hacer conocimiento pretende favorecer la contestación, la emancipación e intenta transformar otros sistemas de conocimiento productores de inequidad. Los conocimientos situados implican buscar perspectivas que no conoceremos de antemano, que no caen en categorías previas y preformadas (Haraway, 1995). Una investigación inspirada en posiciones epistemológicas feministas debe ser una perspectiva que tenga compromiso con el cambio social. El cambio de perspectiva epistemológica es significativo en tanto permite también un cambio metodológico. Si las perspectivas tradicionales de la ciencia nos proveían de una metodología productora de inequidad en tanto los sesgos que tiene a su base, elaborar una propuesta metodológica para la investigación crítica se convierte en un problema de investigación significativo.

### 2.1.3 Escribir fuera de los márgenes: pensar nuevas posibilidades metodológicas desde el feminismo.

Dada la relación y obligatoriedad de coherencia entre los aspectos epistemológicos, metodológicos y técnicos en un proyecto y proceso de investigación (Harding, 1987), una reflexión epistemológica como la que nos ha provisto el feminismo con sus estudios sociales de la ciencia, requiere de una respuesta de la misma magnitud en el terreno metodológico. En este sentido la reflexión respecto a qué son, cómo funciona y qué efectos tienen en la investigación el uso y desarrollo de metodologías feministas, ha producido muchísima bibliografía al respecto y que ha intentado ser en algún sentido ordenada y sistematizada, por ejemplo mediante casos como el *Handbook of Feminist Research Methods* editado por Sharlene Hesse-Biber (2012) o el número especial de la revista *Athenea Digital: Experiencias de investigación feminista: propuestas y reflexiones metodológicas*, editado por Martínez, Biglia, Luxán, Fernández, Azpiázú y Bonet (2014), donde incluso ha sido publicado uno de los artículos que componen esta tesis. La producción y demanda que ha tenido el desarrollo de literatura en torno a investigación y metodologías feministas no es casual ni anecdótico, responde más bien a una suerte de espíritu de la época o del momento de investigación, en la forma como lo define Denzin y Lincoln (2005 y 2011), que exigen una alternativa metodológica a los modelos científicos tradicionales y patriarcales. Sin embargo el desarrollo de las epistemologías feministas ofrece algunas complejidades; la primera de ellas es que no existe un método o técnica feminista por excelencia (Harding, 1987), más bien pareciera que quienes practican metodologías feministas de investigación utilizan las mismas herramientas de investigación que cualquier otro sujeto (Ropers-Huilman, 2011). En este sentido es más relevante atender a la experiencia de investigación feminista y sus implicaciones metodológicas que en el desarrollo de una epistemología feminista. La propuesta de DeVault (1999) puede ser esclarecedora en este propósito, al preguntarse respecto a que hace feminista a la metodologías feministas, tiene que ver con al menos tres aspectos: el primero con la necesidad de un cambio de foco androcéntrico y homogeneizante, a un foco cuya percepción favorezca la localización de los lugares e intersecciones de los diferentes sujetos del conocimiento, en torno a las categorías de género, raza, clase, etc. En segundo lugar, las metodologías feministas -con el objetivo de desarrollar la preocupación anterior- buscan una práctica científica que por un lado reconozca las relaciones de poder, pero que minimice el control y el daño a los sujetos durante el proceso de investigación por el otro. Tercero, pensar una metodología feminista implica que se enfoque al cambio social, y que éste sea benéfico

para las posiciones subalternas u oprimidas. A esto podemos agregar un cuarto punto de reflexión, en donde pensar la imposición de una metodología feminista no puede ser coherente con el feminismo como movimiento y teoría, en tanto éste encuentra su origen en una diversidad y heterogeneidad de posiciones (Boscán, 2011), que apoyado en la noción de interseccionalidad, permiten entender cómo la experiencia y el conocimiento que podemos producir a partir de ésta, es algo indeterminado, complejo de aprehender y multidimensional (Gandarias Goikoetxea, 2014).

Un segundo pero igualmente importante y característico aspecto de las metodologías feministas, es que, si éstas deben incorporar el problema de las relaciones poder (Gandarias Goikoetxea, 2014; Ropers-Huilman, 2011), es entonces la necesidad del cuidado sobre el proceso. La implementación de estrategias reflexivas en cualquier metodología feminista es un punto de inflexión fundamental y diferenciador de otras propuestas, en tanto la reflexividad desde la propuesta feminista puede tener al menos dos efectos: instalar prácticas de investigación más democratizantes, recíprocas y, por lo tanto, dialogantes más que impuestas, y en segundo lugar, como una estrategia de mejoramiento de la calidad de los datos producidos, así como también de su análisis (Lather, 1986), en la medida que la reflexividad como diálogo consigo mismo y con el otro sujeto, y por lo tanto como práctica recíproca, permiten instalar prácticas no impositivas ni reificativas en la investigación (Lather, 1986); una metodología cuyas prácticas no sean explotadoras ni colonizantes de las experiencias de las personas participantes (Lather, 2001).

### **3. ¿Es posible producir *otros* conocimientos? Reflexiones teórico-metodológicas en torno a las narrativas en la investigación social.**

Para las ciencias sociales, el mundo narrativo ha sido un objeto de interés aproximadamente desde la década de los ochenta con el objetivo de satisfacer la demanda respecto al cómo producir conocimiento desde la experiencia. El concepto de narrativa ha sido y es una noción polisémica, por ende de usos variados, y que ha sido definida, apropiada y utilizada por diferentes disciplinas (Kohler Riessman, 2008). Asimismo en sus usos cotidianos el término narrativa es un concepto equívoco, que puede designar desde la forma de contestar una pregunta hasta hacerlo sinónimo del acto de contar una historia (Polkinghorne, 1988). De ahí que para definirla desde una perspectiva que sea útil para las ciencias sociales, partiré

desde aspectos fundamentales a las narrativas, dada su transversalidad entre varias disciplinas que se ocupan de su análisis.

Los distintos usos del término narrativa en su mayoría hacen referencia a una de estas tres ideas; puede designar al proceso de crear una historia, puede hacer referencia al esquema cognitivo detrás de su creación, o al producto final de este proceso y este esquema, también llamados relatos, cuentos o historias. Para Polkinghorne (1988) la narrativa es proceso, esquema y producto al mismo tiempo, descartando la posibilidad de categorizarla en una única definición. Al ser proceso, esquema y producto, la narrativa penetra de diferentes formas nuestra vida cultural y social: hacemos descripciones narrativas respecto a nuestro pasado, creamos historias para dar sentido a las acciones de otros y usamos esquemas narrativos para tomar decisiones creando posibles escenarios de futuras experiencias (Polkinghorne, 1988). En este sentido la narrativa no constituye un género literario, o una forma específica de hablar sobre el mundo, sino que esas formas encarnan diferentes maneras de narrar (Barthes, 1977). Por lo mismo, es posible afirmar que aunque la narrativa está en todos lados, no todo es narrativa (Kohler Riessman, 2008).

### *3.1 Ni literatura ni ciencias duras: el giro narrativo y la narración como objeto de estudio sociocultural.*

La narrativa es un objeto social presente entre los seres humanos, que es posible encontrar desde épocas previas al origen de la escritura. Sus primeros usos aparecen como un relato oral, que una persona cuenta a otra, que se encarna en un sujeto o un colectivo, y en el cual no puede distinguirse si es algo inventado, vivido o escuchado. Asimismo, tampoco puede discernirse quién habla ni quién escucha, quiénes participan de la experiencia narrativa (como productores, como reproductores o como oyentes), están autorizados a verse como parte del relato. Una vez que estas narraciones comienzan a ser escritas y la textualidad en los relatos que este hecho produce, es posible comenzar a distinguir entre el hecho y la ficción (Gorlier, 2008).

Las narraciones comienzan a tomar una potencia y un curso diferente hacia fines de la década de 1960, por medio de grupos de América Latina que aparecían como marginados de las historias oficiales de los territorios y los estados, considerando las transformaciones



políticas que provocaron las dictaduras que azotaron al continente entre los años sesenta y los setenta. En estos grupos, formados por exiliados políticos y mujeres, dentro de otros grupos minoritarios, la narrativa aparece como un acontecimiento de profunda transformación de la subjetividad (Gorlier, 2008). Una narrativa es únicamente posible si “se sustenta en una actividad significativa que anude el lenguaje verbal, la carga afectiva y el gesto corporal, hasta hacerlos indisociables” (Gorlier, 2008, p. 7). Vale decir, esto sólo es posible en una narrativa que no esté polarizada entre el discurso y el cuerpo, entre la ficción y el hecho, ni entre la razón ni los afectos, sino que incorpore a todas estas categorías en un entramado complejo e indisoluble.

Sin embargo el análisis narrativo propiamente tal comenzó con Vladimir Propp en 1928, con la publicación de “Morphology of the Folktale”, desde la literatura y las humanidades, donde analizaba la estructura subyacente a las historias del folclore ruso. La traducción al inglés de este texto, en 1968, atrajo gran atención de investigadores y académicos dentro y fuera de los estudios literarios (Czarniawska, 2004). Los estudios literarios de las narrativas encuentran sus orígenes en cuatro tradiciones: los formalistas rusos, el estructuralismo francés, la hermenéutica alemana y la nueva crítica estadounidense (Czarniawska, 2004). Estos movimientos sirvieron como bases para expandir el interés por las narrativas más allá de la literatura y las humanidades, y específicamente hacia las ciencias sociales, en tanto la vida social puede ser leída como una serie de narrativas. Muchos textos de ciencias sociales asumen que la vida social se compone de acciones y eventos, y que la diferencia entre ambas radica en la intencionalidad. Sin embargo, en muchos casos el concepto de acción es reemplazado por el concepto de conducta, muchas veces sin interrogar ni problematizar este cambio pese a que la utilización de “conducta” proviene del empirismo del siglo XVIII y el concepto de “sense-datum”, una unidad básica de la sensación que se caracteriza por ser indescriptible e inanalizable. Si efectivamente hiciéramos esta lectura del mundo estaríamos frente a una realidad ininteligible e indescriptible. De ahí que la posibilidad de relatar acontecimientos nos sitúa en el plano de las acciones, y no de la conducta, haciendo de la narración una herramienta privilegiada en este proceso (Czarniawska, 2004).

El uso de las narrativas en la investigación social permite abordar problemas y temáticas de investigación desde enfoques diferentes. En primer lugar porque “las narraciones proporcionan una estructura para nuestro sentido del yo y la identidad, porque a la vez que contamos relatos sobre nuestras vidas creamos una identidad narrativa” (Sparkes y Devís,

2007, p. 3), así, las narraciones permiten trabajar con un material de investigación que recoge sensibilidades diferentes en la medida que están construidas por los participantes de la investigación. En segundo lugar debemos considerar que el giro narrativo encuentra en la posmodernidad uno de sus puntos de apoyo fundamentales. Los conceptos y estructuras estables que fueron construidos en la modernidad, han sido sustituidos por otras de carácter más inestable y con complejidades diferentes. La posibilidad de crear identidades diferentes al momento de construir narrativas, permite contar con una herramienta de investigación menos estática que otras formas más tradicionales, y dar cuenta de las complejidades de la subjetividad en la posmodernidad (Sparkes y Devís, 2007). En tercer lugar, las narrativas no son únicamente relatos individuales que den cuenta de procesos de un solo individuo, “no emanan de las mentes individuales de las personas sino que son creaciones sociales. Nacemos dentro de una cultura que tiene preparado un stock de narraciones del que nos apropiamos y utilizamos en nuestra interacción social diaria” (Murray, 1999, p. 53). Las narrativas son creadas tanto en un espacio sociocultural como en lo interpersonal, alguien que narra algo a otro, y en ese sentido no pueden ser abstraídas de ese contexto, quedando la narrativa asociada a esta frontera entre lo subjetivo y lo social (Murray, 1999). Como lo señalan Sparkes y Devís (2007) “el enfoque narrativo, más que ver a las personas como simples recipientes pasivos permite investigar las relaciones entre las acciones personales (agencia) y la estructura social” (p. 4).

La principal crítica que se le hace al giro narrativo es la posibilidad de que las narrativas terminen en juegos discursivos que terminen cristalizando el yo y las experiencias de los sujetos. Sin embargo, lo que el giro implica en concreto es que la experiencia se organiza al narrar, aunque debemos considerar que narrativa y experiencia, si bien anudados, no son conceptos homologables; la narrativa en algún sentido es la organización de la experiencia y la constitución de la identidad (Sparkes y Devís, 2007). Esta idea proviene desde la noción de performatividad, de John Austin, este concepto nace como una forma de interrogar el supuesto de verificabilidad de las aseveraciones que provenía del positivismo. Pese a la diferencia que en un comienzo Austin (1962) hace, entre las declaraciones constatativas, que serían de carácter descriptivo frente a un objeto, y las performativas, donde por medio de la declaración se lleva a cabo un acto, nuestras afirmaciones y declaraciones estarían muchas veces al límite, o incluso fuera del alcance de la gramática tradicional. Muchas veces el lenguaje se encuentra enmarcado en condiciones que parecieran descriptivas y que realmente no están haciendo un reporte de una situación o de las características de un objeto, sino que indican un determinado

tipo de circunstancias en la que la declaración fue hecha o la manera en que estas declaraciones deben ser tomadas por quienes la escuchan. En este sentido las declaraciones no están describiendo un hacer, sino que la declaración es lo que se está haciendo, no habiendo lugar para declararla verdadera o falsa (Austin, 1962). Judith Butler (2007) retoma el concepto de performatividad en los estudios de género. La autora sostendría que no existen identidades prediscursivas, vale decir, no hay un núcleo previo al lenguaje y el discurso que nos determine como un self o un yo, incluso el propio cuerpo y la biología, estarían producidos en el discurso. Butler (2007) da cuenta que no sólo se entiende a las prácticas orales y escritas como discursivas, sino que el cuerpo y la corporalidad también se inscriben como parte de éstas; cuerpo y discurso quedan articulados en el acto performativo de la narración. Con esto en consideración, la performatividad haría su propio giro sobre la investigación con narrativas, en tanto la narrativa es creación y praxis al mismo tiempo. El giro narrativo, entendido también como un giro a la performatividad, reconoce en las narraciones un potencial creativo que no se limita únicamente a producciones literarias, sino que cualquier evento cotidiano puede transformarse en algo más: objetos o acciones que se distinguen de su contexto, desmarcándose de éste para luego comentarlo, poner una pregunta sobre éste, denunciar un problema de su contexto, etc. Las narrativas, entendidas desde estas consideraciones, emergen de las experiencias encarnadas de los sujetos, y no desde la representación o repetición desde experiencias pasadas. Las narrativas son una forma de abordar y preguntarse sobre, haciendo referencia a la obra de Austin, el cómo hacer cosas con las palabras (Peterson y Langellier, 2006).

Peterson y Langellier (2006) describen las consecuencias de las articulaciones entre giro narrativo y performatividad, en cuatro puntos:

- Las narrativas son prácticas corporeizadas de comunicación: requieren del cuerpo para ser construidas: hablar, escribir, escuchar, mirar. En todas estas instancias hay un cuerpo que performa la narrativa. Al mismo tiempo la narrativa es una práctica comunicativa, que implica un acto del cuerpo que la performa y no un contenido que el cuerpo contiene de forma anterior.
- La narrativa está sujeta a condiciones materiales y contextuales: Las narrativas emergen como prácticas de comunicación corporeizadas, sin embargo, la producción de éstas no son iguales para todo el mundo. No todos pueden funcionar como personas

narradoras en el mismo tiempo y lugar; no todas las historias son desarrolladas o escuchadas; no todas las personas son oyentes voluntarias de una narración (Peterson y Langellier, 2006). Estas condiciones hay de carácter más general (género, lenguaje, cultura e historia por ejemplo) y de carácter más específico (normativas, convenciones, expectativas de la audiencia, etc.), y permitirán la creación de diferentes narrativas y el espectro por las que éstas circulen o no.

- Las narrativas están enmarcadas y ordenadas por campos del discurso: Este punto está en directa relación con el punto anterior: la sujeción de las narrativas a sus condiciones materiales y contextuales. En este sentido, las narrativas pueden ser ordenadas y jerarquizadas por reglas externas o sistemas de exclusión, como por ejemplo lo ocurrido con los grupos políticos de exiliados en América Latina durante la década de los setenta, donde grupos minoritarios que fueron sistemáticamente excluidos de la “historia oficial” de los países, encontraron en el exilio espacios diferentes, con normativas distintas y otros sistemas de exclusión donde no se ven marginados, para contar sus narraciones. Las jerarquizaciones sociales en base al género son otro ejemplo de este mismo proceso.
- Las narrativas están estratégicamente distribuidas para reproducir y/o criticar las relaciones de poder y conocimiento existentes: hasta el punto anterior ha sido posible concluir que las narrativas son una práctica de comunicación corporeizada, sujetas a diversas situaciones materiales y contextuales, y a diferentes sistemas normativos y de exclusión. Luego, las narrativas como actos performativos reproducen, recapturan y reinscriben las relaciones de poder, pues la performatividad hace posible alterar y resistir a estas relaciones, en tanto no es sólo reproducir, sino que la performatividad, y la narrativa como una performatividad, es también un hacer.

Dado el lugar que ocupa la performatividad en el giro narrativo, es importante contar con epistemologías que permitan reformular algunos presupuestos de la epistemología positivista, que sustenta a la ciencia tradicional, en tanto el giro narrativo es también un cambio epistemológico.

#### **4. Narrativas y feminismo: lo epistemológico, lo metafórico, lo metodológico y lo técnico**

Como he señalado en el apartado anterior, el uso de narrativas en la investigación social, a partir de las implicaciones producidas por el giro narrativo, ha supuesto una revisión de las posiciones epistemológicas que ocupamos al producir conocimiento. Denzin, Lincoln y Smith (2008) sostienen que, pese al crecimiento que la investigación cualitativa ha tenido desde el siglo XX, todavía se sigue sosteniendo una diferencia jerarquizada entre las ciencias denominadas como “duras” y las ciencias “blandas”. Las primeras se diferencian de las segundas porque están basadas en un ideal empírico de la evidencia, ésta entendida como el hecho verificable bajo las condiciones positivistas de producción del conocimiento. De esta manera, cierta forma de producción de conocimiento ligada a intereses y prácticas patriarcales, continúan teniendo un lugar privilegiado dentro del conocimiento científico, que se traduce como una especie de constante retorno a un “fundamentalismo metodológico” propio del empirismo del conocimiento experimental donde se busca la “verdad” como fin último (Denzin, Lincoln y Smith, 2008). Más allá de las posibles aportaciones que la producción de conocimiento y el desarrollo de tecnologías desde esta perspectiva epistemológica puedan haber desarrollado, uno de sus grandes problemas de esta forma de hacer conocimiento y de hacer ciencia es que puede convertirse en una disciplina científica de dos caras debido a la carencia de responsabilidad que tiene frente a sus producciones. Bajo la idea de realizar una ciencia aséptica, que no está contaminada por el influjo de valores sociales ni culturales, los conocimientos y aplicaciones de ésta aparecen como neutrales y que por ende responsabiliza a quién la utilice según el “valor agregado” que cada sujeto ponga al uso de ese conocimiento o aplicación, sin considerar las premisas y supuestos socioculturales que están a la base de cualquier producción científica. Al mismo tiempo al ser una epistemología que, como hemos dicho, trabaja bajo un supuesto de neutralidad y objetividad, no reconoce el propio valor subjetivo y valórico que la propia investigadora trae al proceso científico.

En este sentido, es importante producir y concretar propuestas de investigación que provengan de epistemologías críticas al positivismo. Una propuesta metodológica crítica comenzará abogando por la producción de un conocimiento socialmente responsable, que sea capaz de considerar las ideologías y componentes valóricos que influyen el proceso de construcción del conocimiento y los posibles impactos que pueden generar. En este sentido me parece relevante articular una propuesta metodológica que pueda combinar el uso de

narrativas en la investigación social con perspectivas epistemológicas feministas, siendo una de las motivaciones y objetivos principales de mi tesis doctoral la elaboración de una propuesta metodológica respecto al uso de narrativas en la investigación social, considerando elementos claves de algunas epistemologías feministas, en particular las nociones de conocimiento parcial, reflexividad y de conocimiento responsable (*accountability*).

Las epistemologías feministas promueven un conocimiento socialmente responsable y que apunte hacia un cambio social que promueva mayor equidad entre los individuos, permitiendo el cuidado de posiciones minoritarias (Pérez, 2008). Al mismo tiempo, los usos de la narrativa en la investigación social parecieran proveer una oportunidad para proponer una metodología de investigación crítica, coherente con algunas propuesta feministas:

- La narrativa considera aspectos subjetivos articulados con sus respectivos contextos, intentando evitar reduccionismos psicológicos y/o sociales. Intenta rescatar los aspectos semióticos y materiales de los sujetos por sobre la de reificación el discurso.
- La investigación narrativa considera que las acciones tienen un sentido que se ha construido por medio del relato. Esto tiene dos consecuencias: (i) el discurso y la acción no estarían dicotomizados, si no que por medio de la idea de performatividad, quedarían anudados mediante la narrativa (Peterson y Langellier, 2006); (ii) dota a la acción de sentido, consciente o inconsciente para el sujeto, comprendiendo que éstas no son azarosas, sino por el contrario intencionadas. Esta intención queda articulada en la trama de la narración (Ricoeur, 1980; Polkinghorne, 1988; Clandinin y Connelly, 2000; Kohler Riessman, 2008).
- La investigación narrativa es en sí misma un proceso interpretativo: la composición de textos del trabajo de campo no solo son interpretaciones de los participantes de la investigación, sino también la interpretación de el/la investigador/a sobre su problema de estudio, sobre quienes participan, sobre sus decisiones en el proceso de investigación, etc. (Clandinin y Connelly, 2000). De ahí que rescatar la noción de reflexividad en la investigación sea crucial para realizar una propuesta metodológica respecto a los usos de la narrativa en la investigación social.

Así, el reconocimiento de la importancia de la performatividad del lenguaje en la producción del conocimiento, el uso de la reflexividad y otros posibles vínculos susceptibles de ir construyendo, parecen hacer pertinente la pregunta por las conexiones que pueden existir entre los métodos narrativos de investigación y las epistemologías feministas.

Las metodologías de investigación feminista no son procedimentalmente diferentes a otras metodologías de investigación social, por medio de esta analogía del bricoleur construye una metodología propia guiada por su problema o pregunta de investigación. Sin embargo, lo que la hace distintiva de otras metodologías es el énfasis no puesto únicamente en los resultados, sino principalmente en el proceso de investigación en sí mismo, que lleva a la construcción del conocimiento, siendo ésta la única vía para construir un conocimiento socialmente responsable (Ropers-Huilman y Winters, 2011). De ahí que esta investigación está atravesada por las preguntas y conexiones posibles entre los usos de la narrativa como metodología y perspectiva en la investigación social y las epistemologías feministas, considerando sus dimensiones éticas y políticas. Sin embargo más allá del mero desarrollo conceptual, lo que pretenden es construir un texto reflexivo que funcione como propuesta metodológica para un proyecto narrativo-crítico de investigación social. De este modo, mi intención es comprender ¿qué conexiones existen entre las epistemologías feministas, entendidas como epistemologías críticas respecto a la ciencia “tradicional”, y lo narrativo, como perspectiva y metodología de investigación social, y qué propuestas metodológicas se pueden desprender de estas conexiones? Con esto en consideración, esta tesis doctoral está movilizada en base a los siguientes objetivos:

Como objetivo general, me he planteado en esta tesis desarrollar una propuesta metodológica, que desde la investigación narrativa y las epistemologías feministas, sea correctiva de los efectos performativos de la ciencia hegemónica. Por lo tanto, como objetivos específicos, me propongo en primer lugar explorar las conexiones posibles entre la investigación narrativa, sus metodologías y técnicas, y la investigación social basada en epistemologías feministas. En segundo lugar, elaborar una propuesta respecto al uso de narrativas como una metodología crítica de investigación social, que en ella considere algunos aspectos centrales de las epistemologías feministas, particularmente el desarrollo de prácticas responsables de investigación, la preocupación por el proceso, la reapropiación de la objetividad y la incorporación de la dimensión de las relaciones de poder al interior de la investigación. Todo esto, mediante la incorporación de prácticas y estrategias reflexivas de

investigación. En tercer lugar proyectar los límites y posibilidades de una propuesta metodológica crítica del uso de narrativas en la investigación social para distintos ámbitos de aplicación, incluyendo sus alcances éticos y políticos.

Para dar cuenta de los objetivos planteados, he organizado esta tesis en cuatro artículos publicados en revistas indexadas de difusión científica. Cada artículo responde a un momento diferente del desarrollo de esta tesis doctoral, y de la misma forma, tributan de distinta manera al cumplimiento de los objetivos propuestos. Estos artículos son:

1. Schöngut Grollmus, Nicolás (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, conocimiento y sociedad*, 5(1), 110-148.
2. Schöngut Grollmus, Nicolás (2013). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones [79 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 15(1), Art. 2.
3. Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujol Tarrés, Joan (2015). Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación [45 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 16(2), Art. 24.
4. Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujal i Llombart, Margot (2014). Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género. *Athenea Digital*, 14(4), 89-112.

El primer momento de la tesis, en el que doy cuenta en el artículo uno, ha sido un momento de exploración teórica en torno a los dos quiebres epistemológicos provocados por las epistemologías feministas y el giro narrativo, y las posibilidades de construir nuevas prácticas de investigación desde allí. El objetivo del artículo publicado es el trabajo y desarrollo de conceptos significativos para no solo describir los quiebres epistemológicos mencionados, sino también entender sus efectos, las posibilidades y límites que encierran, pero más importante aún, delinear potencialidades de trabajo en conjunto. El segundo momento, constituido por el segundo y tercer artículo, está enfocado sobre prácticas concretas de investigación narrativa y prácticas de investigación con narrativas. El artículo *Violencia y masculinidad, una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones*, es una experiencia personal en torno al uso de narrativas en la investigación social, trabajo que me ha permitido acercar y reflexionar sobre lo narrativo como metodología de



investigación social, mientras que el artículo *Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación* aborda las experiencias de distintas investigadoras, y de distintas disciplinas y campos de investigación, con el uso de narrativas, tanto como perspectiva y como metodología, enfocado en el contraste entre los diferentes desarrollos metodológicos y las prácticas concretas de investigación. El tercer y último momento, en el que doy cuenta en el cuarto y último artículo *Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género*, corresponde a una sistematización de los dos momentos anteriores, expresado en una propuesta de lectura y escritura narrativo-reflexiva, propuesta que luego utilizamos para trabajar en el análisis de dos relatos de vida producidos en una investigación sobre género y dolor crónico. Este último artículo recoge las principales consideraciones que, por medio de esta tesis, he podido pensar en torno a una articulación narrativo-feminista como tecnología semiótica para la investigación social.

## **5. Los artículos que componen esta tesis**

### 5.1 Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos.

Schöngut Grollmus, Nicolás (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, conocimiento y sociedad*, 5(1), 110-148. Disponible en <http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/233/236>

# Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos

## Narrative inquiry and feminist research: methodological possibilities and challenges

Nicolas Schongut Grollmus

Autor referente: schongut@gmail.com

Universidad Autónoma de Barcelona – Universidad Gabriela Mistral

### Historia editorial

Recibido: 02/06/2014

Aceptado: 26/05/2015

### RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer un perfil teórico para comprender el uso de narrativas en un contexto de investigación feminista. El trabajo aborda las bases teóricas, epistemológicas y metodológicas para pensar posibles propuestas para procesos de investigación conjuntos entre la perspectiva narrativa y la investigación feminista, en el contexto de metodologías

críticas para la investigación cualitativa. Para esto, el artículo trabaja conceptos como narratividad y reflexividad en la investigación con el objetivo de interrogar las perspectivas de investigación más tradicionales, para favorecer la emergencia de nuevas perspectivas de investigación en un contexto post-positivista.

**Palabras clave:** Narrativas; Investigación feminista; Metodologías cualitativas. Reflexividad.

### ABSTRACT

The aim of this article is to offer a theoretical guideline to understand the use of narrative in a feminist research context. This work tackles the theoretical, epistemological and methodological ground to develop potential proposals for joint research process between narrative perspectives and feminist research, within the context of critical

methodologies for qualitative research. For this, the article tackles concepts such as narrativity and reflexivity in research, with the objective of questioning the more traditional perspectives in research, and so to favour the development of new research perspectives in a post-positivist context.

**Keywords:** Narratives; Feminist research; Qualitative inquiry. Reflexivity.

La perspectiva narrativa en ciencias sociales ofrece un campo conceptual y metodológico potencial para realizar investigación crítica; vale decir llevar a cabo procesos de investigación que tengan una motivación ética y política, comprometida con el cambio social y que promueva la emancipación del sujeto y la sociedad (Carten Stahl, 2008). El objetivo de este artículo es delinear los aspectos epistemológicos y metodológicos que hacen posible trabajar la perspectiva narrativa como una forma de investigación crítica en particular: la investigación feminista. Mi hipótesis de trabajo es que tanto la perspectiva narrativa como la investigación feminista tienen mucho que ofrecerse mutuamente para generar propuestas metodológicas conjuntas, particularmente en el estudio de problemas de investigación que requieran tanto de un abordaje del sujeto como de lo social.

La investigación feminista es un área de difícil exploración, algo que se debe a varios factores, por ejemplo, la cantidad de problemas epistemológicos, metodológicos y técnicos que pretende cubrir, o la resistencia que la teoría de género enfrenta en un mundo científico que tradicionalmente se ha definido desde el patriarcado (Harding, 1996). Una de las dificultades más curiosas es una que proviene desde la misma perspectiva de investigación feminista: corresponde al mito de que existen metodologías y técnicas de investigación que son feministas por excelencia. Esta crisis se ve profundizada porque la reflexión metodológica suele ser escasa en la investigación cualitativa, y frecuentemente la metodología se convierte en un apartado que opera como declaraciones de adscripción más que a una reflexión respecto al proceso (Chamberlain, 2012).

Dado que la idea central de este artículo es abordar las posibles articulaciones entre investigación feminista y la perspectiva narrativa mediante la problematización de la brecha entre sus aspectos epistemológicos y metodológicos, partiré con una revisión respecto a las bases de la investigación feminista, para luego realizar lo propio con las perspectivas narrativas de investigación, abordando algunos aspectos tanto históricos como disciplinarios al respecto. Finalmente, a partir de los conceptos de narratividad y reflexividad, trabajaré algunos posibles puntos de colaboración y diálogo entre las perspectivas narrativas y la investigación feminista.

### **Investigación feminista: la epistemología y la metodología como formas de acción política**

La investigación feminista es distinguible de una investigación no-feminista, en tanto la primera comienza en la premisa que la naturaleza de la realidad en la sociedad occidental es desigual y jerárquica (Skeggs, 1994). La investigación feminista está teñida por una preocupación específica por los aspectos teóricos, políticos y éticos en la investigación social, siendo ésta su característica distintiva (Ramazanoglu y Holland, 2002). La posibilidad que tenemos para pensar en una investigación feminista como una forma de investigación particular, es una que se ha abierto gracias a la reflexión que académicas feministas como Lorraine Code, Evelyn Fox Keller, Sandra Harding y Donna Haraway, entre otras, han hecho en torno a las relaciones entre masculinidad, poder y autoridad en el contexto de la producción de conocimiento (Doucet y Mauthner, 2006). En este sentido, la pregunta de Lorraine Code (1981) -¿es el sexo de la persona cognoscente significativo epistemológicamente?- permite abrir una serie interrogantes sobre el sesgo masculino que trae consigo la investigación científica en sus diferentes procesos de recolección, interpretación y organización de la información y la evidencia que compone el proceso de

producción de conocimiento (Doucet y Mauthner, 2006). En su constitución disciplinaria, la ciencia y la investigación científica tienen las mismas características que cualquier otro objeto cultural (Harding, 2006), de esta forma la ciencia también aparece en un contexto sociocultural de dominación patriarcal. Una investigación feminista se distingue de una investigación no-feminista porque revisa y crítica el proyecto ideológico del patriarcado en sus mismos procesos de producción de conocimiento. Al respecto existen una serie de trabajos que revisan estos procesos. En particular, me gustaría mencionar dos:

En primer lugar está el trabajo Evelyn Fox Keller (1991) que, desde una perspectiva epistemológica, aborda los efectos de la metáfora baconiana de la ciencia en el trabajo científico. La metáfora baconiana sugiere la idea de que la relación ciencia-naturaleza es la de un matrimonio “casto y en derecho” entre la mente masculina y la naturaleza femenina. En la medida que la metáfora matrimonial pone a la investigación científica como casta y pura, la fija dentro de unos límites regulados que la mantienen bajo control. Así, esta metáfora fija en la práctica científica las mismas lógicas de dominación con que opera el patriarcado (Fox Keller, 1991), tiñendo las concepciones epistemológicas baconianas con el mismísimo carácter opresivo patriarcal. En este sentido, se hace necesaria una primera aproximación al problema epistemológico de la ciencia, preguntándose por formas de hacer ciencia que contribuyan a la equidad, poniendo un énfasis central en la gestión de la relación sujeto – objeto en la investigación.

En segundo lugar, está el problema y la crítica a la objetividad -en su concepción tradicional- que emerge desde el feminismo. Desde el modelo científico que opera desde el patriarcado, la objetividad científica tiene al menos tres características -falaces según

Pérez (2008)- que permiten que funcione como un modelo *aséptico*. Estas son los supuestos de neutralidad, la autonomía y la imparcialidad de la ciencia. En palabras de Eulalia Pérez (2008):

La neutralidad de la ciencia significa que las teorías no implican ni presuponen juicios sobre valores no cognitivos y que las hipótesis o teorías científicas no sirven a unos valores no cognitivos concretos más que a otros. Pero la neutralidad valorativa no es la única característica que esta concepción atribuye a la ciencia, pues se considera que, además, es autónoma e imparcial. La autonomía de la ciencia denota que la ciencia progresa mejor cuando no está influida por valores o movimientos sociales o políticos. Y la imparcialidad supone que la única base para aceptar una teoría son sus relaciones con la evidencia y no valores no cognitivos.

De estas tres afirmaciones la condición más dura es la neutralidad porque conlleva que la base para aceptar los valores morales, políticos o sociales está separada profundamente de la evidencia que tenemos sobre las potencialidades humanas y sobre lo que sucede cuando la gente intenta poner en práctica estos valores. La neutralidad es menos una afirmación sobre el carácter de la ciencia que sobre la justificación de los valores políticos y sociales. (p. 91)

Las características otorgadas tradicionalmente a la investigación científica, desde epistemologías positivistas, han permitido restar los factores psicológicos, sociales, culturales y políticos del trabajo científico, como si éste se desarrollara en un éter descontextualizado y deslocalizado. La emergencia de las epistemologías feministas ha permitido pensar reapropiaciones de la noción de objetividad, que sean capaces de incorporar al proceso, no únicamente la evidencia empírica, sino también la crítica social, entendiendo que la práctica científica no solo se da en contexto social, sino que en sí misma es un proceso social (Pérez, 2008) y como tal no está exenta ni eximida de lo sociocultural. Una de las principales propuestas para generar alternativas a la objetividad tradicional, es la teoría de los conocimientos situados de Donna Haraway (1988), donde

propone una versión de la objetividad la cual es parcial, local y contextualizada, idea que surge de una fuerte interrogación a los binarismos sujeto-objeto tan significativos para las epistemologías heredadas. Para Haraway (1988), por un lado, las epistemologías positivistas y su realismo ingenuo parecieran proponer que el conocimiento aparece cuando se elimina la presencia de la persona observadora, vale decir, cuando se observa desde *ningún lado*. Por otro lado, las perspectivas relativistas que provienen desde epistemologías constructivistas parecieran asumir que la realidad no existe como objeto singular, y que como objeto plural puede ser observada *desde todos lados*. Ambas perspectivas se entrampan en la producción de conocimiento, en tanto para Haraway (1988) son totalitarias; vale decir que no reconocen la parcialidad de la mirada en la medida que ésta siempre se produce desde una posición específica. Adrienne Rich (2001) ya argumentaba en su ensayo de 1984 *Apuntes para una política de la posición*, como diferentes posiciones erigidas en base a la raza, al género, a la subjetividad, al contexto sociocultural, etc., son capaces de producir diferentes perspectivas sobre el mundo y los sujetos y objetos que lo habitan, en tanto esa posición deviene de una determinada caracterización histórica, semiótica y material. Con esta consideración, la alternativa realista y la relativista son tramposas; son incapaces de reconocer aquellos contextos parciales y finitos desde la cual la persona científica observa. De allí que una verdadera alternativa a la objetividad debe de emerger de una perspectiva verdaderamente diferente, que reclame la objetividad desde una lógica distinta, capaz de reconocer esa parcialidad en la producción de conocimiento. En este sentido Donna Haraway (1988) aboga por una epistemología de los *conocimientos situados*; una doctrina de la objetividad que privilegia las lógicas contestatarias, la deconstrucción y reconstrucción de la realidad, la imbricación de las relaciones sociales, al mismo tiempo que también se produce una transformación de los sistemas de conocimiento y las formas de ver el mundo.



Teniendo una base epistemológica que nos permita pensar una verdadera y real alternativa al positivismo, es luego necesario pensar sobre las estrategias y prácticas concretas que podemos desplegar para la concreción de una investigación feminista. En este sentido, podemos retomar un problema planteado en la introducción de este trabajo: un problema que aborda la (posible) existencia de un método de investigación auténticamente feminista, una pregunta por una *tecnología de la investigación social feminista* si se quiere pensar así. Sandra Harding (1996) ha desmitificado esta idea, dejando en claro que el problema siempre ha estado en la forma en que metodologías y técnicas han sido pensadas y utilizadas más que la naturaleza propia de éstas. Al mismo tiempo establece distinciones entre términos que muchas veces operan superpuestos, como lo son epistemología, metodología y método. La epistemología responde a la pregunta respecto al cómo se conoce y quién puede hacerlo, mientras que el método (o también técnica) corresponde a las técnicas de recolección de datos y de análisis de éstos. La metodología, en cambio, es más bien una teoría sobre cómo el proceso de investigación debe proceder: implica establecer una posición teórica, ética y política sobre nuestra práctica investigativa, que dé coherencia a la articulación entre nuestros supuestos epistemológicos y nuestros métodos. Una propuesta epistemológica adecuada debe tener coherencia entre sus supuestos epistemológicos, su propuesta metodológica y los métodos y técnicas escogidas para su práctica. Por lo tanto, en términos metodológicos y técnicos, si no existe una propuesta auténticamente feminista ¿que caracteriza a las metodologías y métodos feministas como tal? Primero hemos de reconocer que los métodos y técnicas de investigación son limitados:

Es válido afirmar que todas las técnicas de recopilación de información pueden clasificarse en cualquiera de las siguientes categorías: escuchar a los informantes (o interrogados), observar el comportamiento, y examinar vestigios y registros históricos. En ese sentido, sólo existen tres métodos de investigación social. Como se evidencia en muchos de sus estudios, las investigadoras feministas emplean cualquiera o los tres métodos -en este sentido preciso del término-, tal y como ocurre en cualquier investigación androcéntrica tradicional (Harding, 1996, p. 2).

En este sentido lo que caracteriza –en términos metodológicos y técnicos– a la investigación feminista, no es el privilegio de una metodología o método específico, sino más bien el uso que se hace de ellos. Así, y en coherencia con sus propuestas epistemológicas, la metodología y los métodos feministas no están caracterizados por su naturaleza en base a la clasificación de Sandra Harding (1996), sino más bien en sus prácticas concretas, en el sentido y en los significados que éstos cobren en pos de una investigación emancipadora, que sea capaz de hacer el mundo un lugar más habitable, más justo y más igualitario.

### **Narrativa e investigación social: la necesidad de nuevos abordajes.**

A comienzos de la década de los ochenta toma lugar lo que se ha denominado como el giro narrativo (Czarniawska, 2004), un momento donde las ciencias sociales comienzan a interesarse por objetos que tradicionalmente tenían lugar en la literatura y las humanidades: las narrativas (Denzin y Lincoln, 2000). Desde el giro narrativo, el análisis de distintas narrativas comenzó a permear en disciplinas al interior de las ciencias sociales; Walter Fisher puntualizó la importancia del análisis narrativo en ciencia política, Jerome Bruner y Donald Polkinghorne hicieron lo mismo en psicología, mientras que a comienzos de la década de los noventa también comienzan a instalarse diferentes formas de análisis cualitativos en economía mediante el uso de narrativas (Czarniawska, 2004). Así durante los treinta años sucesivos a este giro, las narrativas han ido cobrando fuerza y

generando espacios al interior de las ciencias sociales, especialmente durante los últimos años, cuando han ido ganando credibilidad, especialmente en lo metodológico y como un enfoque de investigación (Richards, 2011). Sin embargo las definiciones acerca de qué son y qué papel cumplen las narrativas en las ciencias sociales, como efecto de esta masificación en el estudio y el uso de lo narrativo, han llevado a crear un término polisémico: dentro de las ciencias sociales el uso del concepto narrativa y sus derivados rara vez tiene el mismo sentido (Cabruja, Íñiguez, y Vázquez, 2000; Hyvärinen, 2012). La narrativa ha sido concebida como una forma de comunicación significativa (Fisher, 1989), como un esquema psíquico/cognitivo (Polkinghorne, 1988) o incluso como una forma de pensamiento divergente del lógico-científico (Bruner, 1991), por nombrar algunas de las definiciones que emergen de trabajos relevantes acerca de la narrativa entre muchos otros. Las narrativas han sido pensadas como un componente separado de la experiencia humana o –en la vereda opuesta– como una cualidad inseparable al ser humano. Pero sin importar el estatus ontológico de la narrativa, cada comprensión de ésta se ha enfocado en comprender cómo organizamos nuestra realidad y experiencia, convirtiendo a las narrativas en una herramienta epistemológica (Adams, 2008). Sin embargo muchos de los estudios y de las prácticas narrativas en ciencias sociales se han focalizado en la narrativa como producto/efecto de la organización de la experiencia y la producción de significado, privilegiando una sola posición epistémica: la de quien narra (Striano, 2012). Si bien este abordaje de lo narrativo ha sido muy útil en las ciencias sociales durante los últimos treinta años, es necesario revisarlo e interrogarlo en virtud de los contextos culturales, políticos y sociales vigentes; ni los escenarios de la investigación social ni de la investigación cualitativa son los mismos a aquellos que eran actuales a comienzos de la década de los ochenta. La narrativa ya no es sólo un dispositivo individual para la construcción de significado, si bien históricamente nos hemos enfocado en la narrativa

como producto individual, es necesario también enfocarse en sus procesos, observando los artefactos culturales utilizados para producir narrativas, los actores y las actrices sociales involucradas, los cambios en las formas de interacción, en los procesos de negociación, etc. (Striano, 2012). Este proceso implica que debemos sospechar de la narrativa como únicamente un producto individual, es necesario también comenzar a cuestionar sus posibilidades como un producto sociocultural (González Monteagudo, 2011). De esta forma el estudio y la práctica de lo narrativo en la investigación social enfrenta el desafío de interrogar las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas que permiten sostener una perspectiva de investigación narrativa en las ciencias sociales.

Como he mencionado, el objetivo de este artículo es sentar algunas bases epistemológicas y metodológicas para el uso de narrativas en la investigación social, pero desde un lugar específico: las perspectivas de investigación feministas. Ésta no es una relación antojadiza, tanto la incorporación de lo narrativo como del feminismo en las ciencias sociales han obligado a las académicas e investigadoras<sup>1</sup> a revisar y discutir respecto a las formas en que conocemos, siendo tradiciones que han producido giros en el pensamiento de la vida psíquica y social. Por medio del abordaje de aquellas conexiones entre lo epistemológico y lo metodológico, la hipótesis de trabajo en este artículo es que se pueden desarrollar prácticas para una investigación social crítica; vale decir políticamente comprometida, socialmente transformadora y productora de conocimientos responsables (Carsten Stahl, 2008), mediante una relación mutuamente implicada entre la perspectiva narrativa en ciencias sociales y la investigación feminista. Las implicaciones ético-políticas de la investigación narrativa son particularmente

---

<sup>1</sup> Con el objetivo de mantener un lenguaje no sexista, se ha utilizado en el genérico el uso del singular y plural femenino en tanto es una elipsis que sustituye los [hombres] investigadores por las [personas] investigadoras. Esto se ha extendido a todos los sustantivos genéricos utilizados.

importantes de pensar dado el potencial de subversión y transformación que una narrativa tiene, haciendo de esta perspectiva de investigación un lugar significativo para ser pensado desde la investigación feminista (Elliott, 2005).

### **Un muy breve recorrido respecto al giro narrativo y sus efectos<sup>2</sup>**

En el comienzo de su estudio las narrativas se encuentran fuera de las ciencias sociales; algunos de los primeros análisis narrativos pertenecen al estudio hermenéutico de los *libros sagrados* de las religiones, como lo han sido el estudio de la Biblia, el Talmud y el Corán (Czarniawska, 2004; Polkinghorne, 1988). Posteriormente es la academia quien se ha apropiado del análisis narrativo, especialmente dentro de las humanidades y los estudios literarios. Uno de los puntos importantes en ese recorrido fue el libro editado en 1928 *Morfología del Cuento Ruso* de Vladimir Propp, especialmente su segunda edición en 1968, que traducida al inglés y al francés tuvo gran impacto en las ciencias sociales. Durante este momento el trabajo con narrativas es más sobre éstas que desde ellas, y primordialmente se trata de análisis estructurales de la narrativa donde resalta, por ejemplo, el trabajo de Roland Barthes en su artículo *Introducción al análisis estructural de relatos* de 1966 (Hyvärinen, 2012). Posteriormente, durante la década de los setenta, la sociolingüística de William Labov comenzó a preocuparse de las narrativas cotidianas, definiéndolas como un aspecto clave para comprender narrativas más complejas (Czarniawska, 2004). El comienzo de la década de los ochenta da lugar al giro narrativo (Hyvärinen, 2012), las ciencias sociales comienzan a mirar las narrativas ya de forma directa como posible objeto de estudio que trasciende la función de ser un mero registro

---

<sup>2</sup> En virtud del espacio disponible para este trabajo, este apartado pretende resaltar a grandes rasgos los orígenes, principales puntos de inflexión y efectos del giro narrativo para el desarrollo de una perspectiva narrativa dentro de las ciencias sociales. Para profundizar en este punto se aconseja revisar Polkinghorne (1988), Czarniawska (2004) y Hyvärinen (2012), cuya bibliografía completa se encuentra en el listado de referencias.

de datos (Gorlier, 2008). Los trabajos de Fisher, Polkinghorne y Bruner entre otros, son el punto de inflexión para la constitución de una perspectiva narrativa en las ciencias sociales, vale decir, el establecimiento de la narrativa como un campo de estudio en sí mismo. Pese a la existencia de diferentes líneas dentro de la perspectiva narrativa (Bamberg, 2012), entre ellas hay algo importante en común, se han centrado tradicionalmente en la definición de la narrativa como un dispositivo fundamentalmente individual que rescata sus pequeñas y grandes historias (Esteban-Guitart, 2012): por ejemplo para Polkinghorne (1988) la narrativa es un esquema cognitivo, Bruner (1991) la define como una forma de pensamiento, y Kohler Riessman (2001) la entiende como un método de investigación que no fragmenta los relatos del sujeto. Esta focalización de lo narrativo como construcciones individuales, aunque reconoce la influencia de lo sociocultural, sigue poniendo el origen en el individuo, y particularmente en lo psicológico. Esto ha llevado a que en sus aplicaciones como técnicas y métodos de investigación muchas veces la aplicación de lo narrativo termine por ser una entrevista en profundidad más que un método diferente que opere desde otra perspectiva (Esteban-Guitart, 2012). El cruce transdisciplinario que constituyó el giro narrativo se ha ido diluyendo con la institucionalización propia que conlleva el desarrollo de la perspectiva. La narrativa termina por sedimentarse en tecnicismos metodológicos, perdiendo así su potencial de transformación y acción (Rodríguez, 2002).

### **Metodologías narrativas y psicología social crítica: prácticas de reciprocidad, colaboración y co-escritura.**

En esta sección intentaré delinear cómo es que algunas prácticas de investigación narrativa se han convertido en herramientas para desarrollar una investigación crítica y feminista dentro de la psicología social. Las perspectivas críticas en las ciencias sociales

se han constituido como alternativas a abordajes más convencionales en la psicología social (Cabruja et al., 2000). La psicología crítica –y de forma similar a la investigación feminista- emerge como una disciplina que es especialmente sensible a la producción histórica de conceptos, y que para favorecer ese abordaje no prescribe bases epistemológicas específicas (Parker, 1999). Por el contrario la psicología crítica y las perspectivas críticas en general tienden a ser transdisciplinarias, siendo precisamente ese cruce disciplinario el que permite posicionarse críticamente (Parker, 1999). El giro narrativo fue un movimiento transdisciplinario, que permitió tomar estos objetos que provenían de las humanidades e irlos diferenciando de otros conceptos emergentes. Una narrativa, a diferencia de la idea de narración, no se constituye como una forma de comunicación ni como el efecto del acto de contar un relato. Una narrativa es un esquema que permite al sujeto y a las comunidades organizar la experiencia para dotar significado a los objetos y sujetos que cohabitan con ellas, donde el esquema y la experiencia se implican mutuamente, dándose forma el uno al otro (Polkinghorne, 1988). Asimismo es una herramienta que permite mostrar la experiencia –individual y colectiva– desde una perspectiva situada (Sparkes y Devís, 2007). Al acercarnos a la investigación cualitativa desde una perspectiva crítica, la narrativa se puede pensar como un acto performativo, en tanto produce la experiencia y los significados de ésta en el acto de nombrarla. Para Adams (2011) la narrativa es una forma de materializar el discurso, en tanto lo localiza en un sujeto que encarna una determinada posición psíquica, social y cultural. Sin embargo ¿son narrativa y discurso conceptos homologables? Desde la psicología discursiva, el discurso puede entenderse como un set de prácticas lingüísticas que promueven determinadas formas de relación social (Íñiguez y Antaki, 1994), al mismo tiempo que critica la idea del yo como un conjunto de características privadas del individuo (Garay, Íñiguez, y Martínez, 2005). La perspectiva narrativa, dentro de la psicología social,

propone una alternativa a esta idea de yo. Tras una narrativa necesariamente hay un yo, pero que no es predefinido, estático ni continuo: es un yo narrador/narrado que se produce a sí mismo a la vez que teje su discurso. Aunque relacionadas mediante el uso del lenguaje, el aspecto que diferencia la perspectiva narrativa de la idea de discurso “es el énfasis que la Psicología narrativa le confiere a la experiencia humana tal y cómo es vivida e interpretada por cada persona” (Garay et al., 2005, p. 120). Si bien las nociones de yo e identidad han sido ampliamente criticadas, lo que me interesa resaltar hasta este punto es que en la narrativa siempre hay *alguien*. La narrativa permite localizar desde dónde emergen las historias, en tanto hay un sujeto que se relaciona íntimamente con ella, diferenciando la narrativa de otros objetos y textos en psicología y ciencias sociales (Peterson y Langellier, 2006). Así no todo texto o discurso es necesariamente una narrativa. La pregunta y camino obvios para continuar serían entonces preguntarse qué o quién está en la base de una producción narrativa, cómo conceptualizamos a la narrativa en sí misma, y qué prácticas de investigación se desprenden de éstas. Sin embargo optaré por el camino inverso, estas preguntas me las he planteado yo y otras investigadoras con anterioridad (por ejemplo en Autor, 2014), donde con el objetivo de buscar una metodología que fuese coherente con la posición epistemológica que habíamos asumido en ese proyecto –la teoría de los conocimientos situados de Donna Haraway (1988) –, llegamos a la propuesta de Producciones Narrativas (PN) de Balasch y Montenegro (2003), basada en la co-escritura de narrativas entre investigadora y participante. Las prácticas de co-escritura encuentran en su origen similitudes con la propuesta de entrevista narrativa de Martin Bauer (1996). Ésta es una forma de entrevista en profundidad e inestructurada que evita el esquema pregunta-respuesta, donde la entrevistadora termina por imponer ciertas estructuras que se desarrollan en tres niveles: la selección de temas específicos de conversación, el ordenamiento de las preguntas y la



selección de la fraseología utilizada (Bauer, 1996). La idea es obtener una perspectiva de la participante de una forma menos impuesta, favoreciendo una escenificación que ayude a la emergencia de relatos en vez de la respuesta a preguntas concretas. La propuesta de las PN parte desde este punto, pero varía respecto a la producción de un texto de investigación: mientras Bauer (1996) sigue utilizando una transcripción ad verbatim, Balasch y Montenegro (2003) apuestan por la producción de un texto narrativo. La investigadora utiliza sus propios recursos lingüísticos para transformar los pequeños relatos y micro conversaciones de la entrevista en un solo texto narrativo. Este texto es entregado a la participante para que pueda editarlo tantas veces sea necesario, y que la narrativa recoja su visión frente al fenómeno de estudio. Las PN como prácticas de escritura compartida corporeizan las redes de relaciones e interacciones que emergen en un contexto dado, donde el lenguaje y la narración son acciones performativas (Balasch y Montenegro, 2003). Como un efecto de las idas y venidas del texto en el trabajo de edición de la narrativa, el producto final no es solo la reconstrucción de la experiencia ni una representación de ésta, sino que es un texto que expresa una visión del fenómeno desde una perspectiva situada. Otro efecto de la técnica de las PN es que el trabajo de edición de la narrativa que se da en las sesiones posteriores a la entrevista produce textos con una alta coherencia interna. Los textos de campo que se producen con las PN no solo constituyen una reorganización de la experiencia de las participantes, sino que da un paso en torno a la teorización de la experiencia de la participante, que se articula en la relación entre ésta y la investigadora (Balasch y Montenegro, 2003). Lather (1986a) describe este proceso como *teorización colaborativa*, y es posible por medio del uso de la reciprocidad en el proceso de investigación. La reciprocidad opera como un proceso de negociación mutua respecto al poder y los significados no solo de las palabras y el lenguaje, sino también del proceso y las acciones producidas en ese contexto.

Las PN como propuesta metodológica no incluyen directamente el trabajo de Patty Lather en su conceptualización, pero sin duda que ambas tienen mucho en común. Lather (1986a) afirma que una perspectiva de investigación en un contexto post-positivista debe ser emancipadora si pretende ser una crítica al status quo y apunta hacia la producción de igualdad entre los seres humanos. Esto es lo que ella define como *investigación como praxis*. Este abordaje –proveniente de estrategias de investigación feminista– afirma producir un conocimiento emancipador por sobre un conocimiento neutral (en términos de valores sociales), con el objetivo de generar mayor conciencia respecto de las contradicciones escondidas o distorsionadas en las comprensiones de lo cotidiano, dirigiendo la atención de la investigadora y las participantes a las posibilidades de transformación social inherentes al proceso de investigación (Lather, 1986a). En este sentido tanto la propuesta de las PN como la noción de investigación como praxis, cuestionan el paradigma de la hiper-objetividad tradicional del conocimiento, por medio de prácticas colaborativa y de reciprocidad en la investigación. Este tipo de abordajes evitan entrevistas rápidas y descontextualizadas donde la participante se convierte únicamente en una fuente de información (Chamberlain, 2012).

Lather (1986a), en su enfoque de investigación como praxis, considera que la reciprocidad debe llevarse a cabo durante todo el proceso de investigación, y no únicamente en sus fases tempranas. Las metodologías que se consideran colaborativas pero que al mismo tiempo restringen la colaboración y reciprocidad al trabajo de campo, pueden tener dos problemas. En primer lugar, la investigadora puede terminar imponiendo sus propios significados sobre la experiencia de las participantes (Lather, 1986a). En la medida que las narrativas emergen como una forma de organizar la experiencia y producir

un significado en torno a ésta (Polkinghorne, 1988), este es un tema especialmente sensible en la propuesta de las PN, en tanto la colaboración y co-escritura solo están presentes en el trabajo de campo. Una vez que se acuerda la finalización de la narrativa entre investigadora y participante, ésta última ya no tiene ningún papel desde el que colaborar, en la medida que el texto final es escrito por la investigadora, que puede terminar por imponer sus propios significados por sobre los de la participante de forma consciente o inconsciente. En segundo lugar, las PN apuestan por un enfoque de análisis no interpretativo de los textos de campo (las narrativas), en tanto “la interpretación se produce no por la igualdad entre la investigadora y el objeto investigado, sino, al contrario entre ambos horizontes, cosa que genera la necesidad de un acto interpretativo” (Balasch y Montenegro, 2003, p. 47). En las PN investigadora y participante están articuladas mediante las conexiones situadas que se expresan mediante la narrativa, de ahí que la interpretación no sirve a ningún propósito. Lather (1986a) es capaz de establecer una diferencia con este tipo de metodologías: por medio del uso de un enfoque que dependa únicamente de la perspectiva de las participantes, o en el otro lado, un enfoque solamente interpretativo, la investigadora puede encontrarse con diferentes problemas. Para Lather (1986a) es tan inadecuado un paradigma exclusivamente interpretativo como uno que dependa plenamente de las palabras de los participantes<sup>3</sup>.

Una narrativa dependerá de dos cosas: primero, en un enfoque fuerte sobre la dimensión simbólica presente en la co-construcción de significado, y segundo, en que la

---

<sup>3</sup> Un enfoque únicamente interpretativo se basa en la suposición de una acción completamente racional, mientras que un enfoque que dependa únicamente de la palabra del participante, en la medida que estas también pueden estar afectadas por fenómenos como la idealización, falsa conciencia, etc. Para Lather (1986) lo central es un enfoque que permita entender que la realidad va más allá de la negociación respecto a la definición de la realidad, sino que constriñe a investigadora y participante como entes que dan forma y también son formados por el mundo.

interpretación es fundamental para establecer esa relación de significación (Cabruja et al., 2000). Al descartar los paradigmas interpretativos de pensamiento, las PN terminan por ignorar parte de la complejidad que determina la teoría narrativa, reduciendo la importancia de las prácticas colaborativas en la producción de narrativas al reconocimiento de las conexiones que permiten su emergencia. Si bien la incorporación de una perspectiva situada a la narrativa es una contribución importantísima para establecer abordajes metodológicos críticos en la investigación narrativa, es necesario reconocer los diferentes niveles de complejidad de lo narrativo, como el papel que una narrativa cumple en la organización de la experiencia y la producción de significado que operan hacia una comprensión de nuestras realidades compartidas, características que hacen al sujeto un actor clave en la narrativa.

La narrativa se vincula a un sujeto en la medida que es un efecto del acto de narrar, una acción que lleva a cabo un sujeto narrativo (Day Sclatter, 2003). En este contexto la subjetividad no es ni externa ni interna al individuo, ni siquiera es un producto de las interacciones entre ambos horizontes. Para Day Sclatter (2003) hay un sujeto narrativo que se produce como proceso en lo psíquico y lo sociocultural, constituyéndose así como un espacio transicional. La narrativa, enmarcada en los límites de lo psíquico y lo sociocultural, está íntimamente anudada a este sujeto como un dispositivo dinámico que le permite a éste negociar constantemente su posición identitaria en el mundo (Day Sclatter, 2003). Una narrativa entonces, como texto de investigación, no es un objeto representativo sino que se constituye como un lugar de encuentro, permitiéndonos subvertir la relación sujeto-objeto de las perspectivas de investigación tradicionales. Podemos pensar la narrativa como un texto de investigación abierto y dinámico que se produce en un encuentro entre sujeto a sujeto que se constituye en un contexto y una

posición específica. El próximo apartado lo dedicaremos a las implicaciones de trabajar metodologías narrativas bajo una comprensión de éstas como un encuentro de sujeto a sujeto.

### **Narratividad y reflexividad.**

Si queremos interrogar las posibilidades, límites e implicaciones de la narrativa como un encuentro sujeto a sujeto, es necesario primero examinar algunas de las premisas epistemológicas que están a su base. Los enfoques tradicionales de la investigación científica, como así también sus métodos y metodologías, están basados en la metáfora baconiana de la ciencia, donde ésta emerge de un maridaje entre la Mente y la Naturaleza. Ésta última constituye una *novia* que debe ser dominada, transformada y reprimida por la Mente (del científico) (Fox Keller, 1991). Esta metáfora generizada de la ciencia provee las bases para la relación sujeto-objeto de las perspectivas positivistas.

El género opera como una categoría primaria en la organización social (Ropers-Huilman y Winters, 2011) y la ciencia, como una disciplina inmersa en lo social, no es una excepción a este esquema (Harding, 2006). En éste los pares objetividad-masculinidad y subjetividad-feminidad han definido estos términos bajo supuestos naturalizados, que han sido cristalizados en la mitología popular como impersonal, racional y público para el primero, e irracional, emocional y privado para el segundo (Fox Keller, 1991). Pese a que las teóricas, investigadoras y activistas feministas han discutido y abierto este sesgo de género de los enfoques científicos tradicionales, esta dicotomía aún constituye un tópico importante en la ciencia contemporánea, en tanto es una discusión sobre las ideologías tras la ciencia y cómo se implican en los conocimientos que produce (Pérez, 2008). Al reconocer este sesgo muchas autoras feministas, desde campos muy diversos del conocimiento, han logrado desarrollar nuevas alternativas epistemológicas y

metodológicas. Estas alternativas tienen una influencia directa en la dirección y resultados de un proceso de investigación dado, pero los métodos son los mismos que en otras perspectivas de investigación, pero pensados en teorías del conocimiento que desafían las ideas de conocimiento neutral (Ropers-Huilman y Winters, 2011). En este escrito he insistido previamente en la necesidad de pensar las perspectivas narrativas de investigación desde una posición feminista para potenciar sus aspectos críticos y emancipadores. Esta idea se sostiene en tanto las investigadoras feministas han desarrollado distintas herramientas teóricas para hacer inteligibles las experiencias, vidas e historias de las mujeres, en la medida que el plural *mujeres* ha sido un grupo marginado en el contexto histórico de la dominación patriarcal. Sin embargo estas herramientas no solo han servido para escuchar y entender la multiplicidad de voces que están detrás de lo que se ha *etiquetado* como mujeres. La emergencia de los estudios sobre feminismo y raza, LGBT, nacionalidades y otras intersecciones sobre la identidad, nos han ayudado a entender cómo el género se vive y se experiencia en distintos contextos (Ropers-Huilman y Winters, 2011), estableciendo la relevancia de pensar la producción de conocimiento desde una política de la posición. ¿Por qué no utilizar estas mismas herramientas para hacer inteligibles otras posiciones críticas en las ciencias sociales? Con el objetivo de rearticular esas voces críticas y situarlas en contextos sociales, históricos y culturales desde donde se han producido, las teóricas feministas han abogado en favor de revisar cómo producimos la ciencia y sus conocimientos, y cómo podemos cambiar esas promesas de conocimientos trascendentes y universales que la objetividad nos ha ordenado, hablada siempre desde *una* voz masculina (Haraway, 1988). Es necesario desarrollar prácticas que nos permitan reconocer e interrogar nuestras tecnologías semióticas para producir significado (Haraway, 1988). Desde el positivismo, la búsqueda de una verdad última ha reducido la pregunta epistemológica a una pregunta

metodológica, ha trocado la pregunta del cómo llegamos a conocer, por una pregunta sobre las tecnologías de conocimiento (Rodríguez, 2002). Este reduccionismo epistemológico nos sitúa frente a una falsa creencia en la cual solo mejorando nuestros métodos y metodologías podremos conocer mejor. Mas esta pregunta tiene algo de verdad, pero no en el sentido en que se le piensa desde la ciencia positivista. Necesitamos revisar y mejorar nuestra metodología de investigación, como una consecuencia de pensar diferente respecto al cómo conocemos. Lo que se encuentra tras el sesgo de género de la ciencia tradicional no es un asunto metodológico, sino epistemológico. Haraway (1988) aboga por la creación de nuevas metáforas respecto a la producción de conocimiento, y es en este punto donde fallan muchos abordajes metodológicos, pues siguen operando desde las metáforas baconianas. Chamberlain (2012) habla respecto al cómo la simplificación de la idea de metodología pone en peligro nuestra investigación, en tanto se termina por utilizar *metodologías de estantería*, obviando la importancia de enganchar con las premisas epistemológicas de las metodologías y métodos de nuestra investigación. Gran parte de las *metodologías de estantería* están centradas en tecnificar métodos de investigación que se cristalizan como cadenas fordistas de la producción de conocimiento, o si no están contruidos sobre categorías teóricas pre-existentes, lo que considero que en el caso de las PN puede llegar a ser un problema, en la medida que esta propuesta se enfoca fuertemente en desarrollar una técnica que produzca conexiones situadas, perdiendo así perspectiva sobre el sujeto y la subjetividad, un aspecto clave de las perspectivas narrativas de investigación. Es precisamente el enganche con estas propuestas, la forma en que debemos interrogar nuestras tecnologías semióticas, en cuando que –propuestas como las PN– son técnicas de investigación innovadoras, pero que tienen espacio para seguir creciendo como herramientas críticas.

¿Qué premisas epistemológicas operan tras la idea de la narrativa como un encuentro sujeto a sujeto? ¿Qué tecnologías semióticas se constituyen en la investigación narrativa? Rodríguez (2002) aboga en favor de comprender la narrativa como algo más que una metodología o técnica de investigación. Las narrativas operan como una forma vital, un punto de vista para estar y participar del mundo. Así mirar lo narrativo como solo un método de investigación cualitativa de-politiza nuestra comprensión de las narrativas (Rodríguez, 2002).

Una narrativa no solo es una forma de entender y organizar nuestro mundo y nuestras experiencias, también nos permite tomar acciones sobre éstos. Producir un relato narrativo que sea capaz de performar una acción, implica hacer un relato con narratividad. Reconocer la narratividad como parte de nuestras metodologías nos empuja a hacer nuestra investigación como una praxis, y al hacerlo no solo hacemos nuestro mundo inteligible, sino que también nos comprometemos a éste en tanto los efectos que producimos, generando una relación de responsabilidad (Rodríguez, 2002). De ahí que la narratividad es fundamental en cualquier narrativa que pretende no solo comprender, sino también transformar nuestro conocimiento sobre el mundo. Este paso nos permite hacer de vuelta de lo metodológico a lo epistemológico dentro de las perspectivas narrativas. La narratividad es la cualidad que hace a una narrativa no algo únicamente presente, sino esencial en este proceso (Morson, 2003). En los siguientes párrafos intentaré describir qué es la narratividad, así como su importancia y sus implicaciones, para luego volver a ciertos aspectos epistemológicos y metodológicos de la narrativa como una perspectiva crítica en la psicología social.

Para Gary Saul Morson (2003) hay perspectivas que requieren de la narrativa para la



comprensión del mundo, y otras que no. Las últimas pretenden superar la narrativa como forma de inteligibilidad. Como un efecto de la fractura cartesiana y sus efectos sobre la objetividad y la subjetividad, gran parte del pensamiento Occidental ha estado dominado por perspectivas *anti-narrativistas*. Para estos enfoques tradicionales en la ciencia el conocimiento aparece cuando no se tiene una historia (Morson, 2003) y es en este punto donde algunos de los aspectos más revolucionarios de la narrativa aparecen, en la medida que podemos encontrar narrativas (y por extensión una historia) en algunas de las teorías científicas más revolucionarias. Morson (2003) da como ejemplo la Teoría de la Evolución de Darwin. En un mundo donde la ciencia newtoniana solo veía leyes y orden, Darwin percibió un mundo desordenado. La Teoría de la Evolución emerge como una narrativa de Darwin, una historia que se basa en los giros materiales de diferentes especies y organismos. Los diseños imperfectos de las especies evolucionadas son un testamento material que da cuenta de esas historias. La narrativa de Darwin respecto a la evolución, pese a que es una historia lineal y de causa-efecto directa, sigue incorporando una perspectiva narrativa en su relato.

Así una narrativa como historia compleja posee un alto grado de narratividad. Parafraseando a Patty Lather (1986a) respecto a la construcción de historias cuando pensamos la investigación como una praxis, una narrativa con narratividad fuerte es una historia que nos permite teorizar sobre nuestro mundo y sobre nuestra experiencia. Morson (2003) puntualiza algunas características esenciales sobre este tipo de narrativas. En primer lugar, la narratividad implica tener una perspectiva de proceso sobre nuestras historias. No se trata solo de enumerar eventos o hechos, sino de crear tramas y organizaciones que den cuenta de la complejidad de los fenómenos de nuestro entorno. Una cuenta de eventos no es narratividad. Polkinghorne (1988) también señala la

creación de tramas como un aspecto fundamental de la narrativa, en tanto una trama transforma un evento en una acción. Una acción tiene propósito y puede justificar un evento posterior. Sin embargo la trama no es necesariamente lineal y puede configurarse de diversas formas. Una vez que una historia tiene trama, podemos verla como proceso solamente por medio de una narrativa (Morson, 2003). Segundo, la narratividad siempre contempla un presente. Éste no es solo una consecuencia de eventos pasados. El presente tiene un peso en sí mismo como una locación crítica, ya que se constituye como la posición en la que nos encontramos como sujetos para leer e interpretar nuestro pasado y nuestra historia. No todos los momentos de una historia deben ser sobre el presente, pero éste debe aparecer en alguna forma, ya que es desde ese lugar que la narratividad se deriva (Morson, 2003). Tercero, la narratividad también tiene que ver con la contingencia. La contingencia permite la aparición de diferentes elementos en una historia. Se diferencia del azar porque en la contingencia las acciones dejan de venir *desde ningún lugar*, sino que se explican como un efecto o consecuencia de un evento anterior. Pero al mismo tiempo la contingencia tampoco es una forma de determinismo. Lo que viene del pasado justifica y explica lo que sucede en tiempo presente, pero no asegura ni garantiza un curso de eventos futuros (Morson, 2003).

Para Rodríguez (2002) son estas características de la narrativa las que permiten hacer investigación como praxis, empujando los límites tradicionales de la investigación cualitativa. Este movimiento fronterizo no refiere solamente a que reflexionemos sobre cómo la narrativa es un dispositivo para la construcción de significado. Es igualmente importante enfocarse en cómo la narrativa constituye un espacio potencial para usar estas posibilidades de producción de significado en la transformación de un mundo más justo y humano (Rodríguez, 2002). La narrativa no es solo un dispositivo organizador, al estar

constituida por historias y relatos está también dirigida a una audiencia. Articuladas en una relación dual entre el sujeto y lo social, la narrativa también es performada e interpretada (Cabruja et al., 2000). La narrativa permite hacer nuestra experiencia inteligible, como también producir significado sobre ésta. Pero al recurrir a la narrativa, y por ende al incorporarnos al lenguaje, tendemos a interpretar esas historias al mismo tiempo que producimos nuevos significados para ella. Es a través de estas relaciones que ganamos acceso a este mundo previamente construido, pero que al mismo tiempo contribuimos a su permanente reconstrucción y transformación (Cabruja et al., 2000).

Prestar atención en las formas en que construimos el mundo por medio de narrativas, implica también enfocarse en qué discursos y prácticas sociales han tenido privilegio narrativo (Adams, 2008; Cabruja et al., 2008). Estos temas levantan preguntas como: ¿Quién tiene privilegio narrativo? ¿Qué narrativas son escuchadas? ¿Qué prácticas discursivas y performativas tienen influencia en la forma en que configuramos nuestras historias? ¿Qué narrativas son resistidas, disputadas o apropiadas? Este tipo de preguntas nos sacan de un campo de verdades indisputables para llevarnos al campo del poder (Cabruja et al., 2000), poniendo nuestra atención sobre aspectos como la capacidad de una narrativa de movilizarnos (Rodríguez, 2002) o sobre otros asuntos de poder como quién puede contar historias y quién no (Adams, 2008). Pese a que el positivismo permanece como un enfoque ortodoxo en la investigación empírica, continuamos haciendo investigación crítica en un momento post-positivista (Lather, 1986b). Como el concepto de objetividad, tradicionalmente entendido, pertenece a un paradigma de investigación positivista, este giro nos obliga a revisar los criterios en que validamos el conocimiento científico, y a interrogar la idea de validez en sí misma (Lather, 1986b). Así no es posible, o es por lo menos incompatible, validar un proceso de

investigación situado en una perspectiva narrativa. La idea de validar el conocimiento científico para que sea confiable, se sostiene sobre la suposición de que los métodos de las ciencias naturales son extrapolables a las ciencias sociales. Esta suposición implica que los *inputs* sociales, culturales y subjetivos son poco fiables en la medida que son inverificables, irrepetibles e inconmensurables de acuerdo a los estándares tradicionales: son entradas desafían la cuantificación y por ende, al no ser científicas son rotuladas como subjetivas (Lather, 1986b). Muchas teóricas feministas han abogado por la revisión del significado de la objetividad, y así ser capaces de producir un conocimiento científico mejorado y responsable, que su objetivo sea la transformación del mundo hacia uno más justo e igualitario. Este debiese ser un objetivo transversal de la investigación feminista.

Sin embargo, la pregunta respecto a cómo producimos conocimientos confiables en paradigmas posteriores al positivismo persiste. En el fermento metodológico de la post-modernidad (Lather, 1986b) no hay fórmulas predefinidas ni para hacer un proceso de investigación, ni para hacer de éste un proceso *confiable* (Lather, 1986b). Es más, metodologías altamente prescriptivas pierden la perspectiva de proceso careciendo de una mirada reflexiva. La metodología, más que un listado de procedimientos debe ser una estrategia, un diseño que permite reflexionar sobre nuestras decisiones como investigadoras, siendo preferible –en pos de producir una investigación reflexiva– teorizar nuestras propias metodologías, por sobre usar *metodologías de estantería* (Chamberlain, 2012). Las perspectivas narrativas de investigación nos presentan una oportunidad favorable para ello en la medida que en éstas no es posible depender de una práctica codificada (Chamberlain, 2012).

Debemos tener en cuenta que la narrativa nos pone en un encuentro sujeto a sujeto en el

contexto de una investigación. Fox Keller (1991) sostiene que durante el siglo XIX fue cuando el término objetividad giró por última vez hacia su comprensión contemporánea. La ciencia moderna no solo eliminó la presencia de la científica, sino también su ausencia. Si percibimos la ausencia de la científica, aún podemos observar su investigación por medio de su perspectiva. Solo eliminando la presencia y la ausencia de la científica es posible transformar el objeto científico en meramente un hecho, dejando atrás cualquier tipo de contexto (Fox Keller, 1991). La propuesta feminista en la producción de conocimiento exige la creación de nuevas metáforas (Fox Keller, 1991; Haraway, 1991), y la idea un encuentro sujeto a sujeto por medio de la narrativa es un paso adelante en esa dirección. Esta idea no solo implica comprender a las participantes como algo más que un objeto de investigación, entendiendo que la subjetividad opera como un concepto de doble filo en la investigación narrativa. Me gustaría primero delinear algunas ideas respecto a la subjetividad en la línea de la investigación en psicología a partir de algunas propuestas de Gough y Madill (2012), para luego pasar a este doble filo de la subjetividad en la investigación narrativa.

Algunas corrientes *mainstream* en la investigación narrativa han caracterizado al sujeto como un experto en su propia experiencia (Polkinghorne, 1988). Diferentes técnicas de entrevista para producir narrativas e historias han sido sometidas a la interpretación con el objetivo de conocer la vida psíquica de los individuos tras esas creaciones. Sin embargo estas perspectivas han sido criticadas al no considerar el contexto social donde este sujeto está situado. Otros abordajes influenciados por el socioconstruccionismo y el giro lingüístico, permiten comprender al sujeto y a su agencia como localizados en contextos políticos, sociales y culturales (Gough y Madill, 2012).

Según Gough y Madill (2012) existe una tensión considerable entre la psicología social y los estudios psico-sociales para determinar la naturaleza y el tipo de interpretación de la subjetividad, pero sin embargo un terreno común entre ambas favorece un abordaje donde los seres humanos estamos sujetos a una serie de diferentes fuerzas (régimenes ideológicos, deseos inconsciente, etc.) y las narrativas de los individuos solo llegan a mostrar la superficie de aquellas tensiones. Dentro de la psicología crítica la subjetividad es definida como compleja, fluida y construida en relación al contexto personal, al interpersonal y social (Gough y Madill, 2012). La subjetividad, similar a una narrativa, no es reductible a una construcción social o psíquica, sino que se teje en el límite de lo psíquico y lo social. Estas similitudes entre ambas no son producto del azar. Previamente he discutido que las narrativas no vienen desde ningún lugar, no son creadas de la nada; siempre hay un sujeto tras su producción. Esta aseveración no está equivocada, pero tampoco está completa. El doble filo de la narrativa radica en que está mutuamente implicada con la subjetividad (Cabruja et al., 2000). Mientras que la subjetividad es condición para una producción narrativa, al mismo tiempo la narrativa puede redefinir nuestra posición subjetiva, en tanto tiene un poder estructurante: el mundo se reconstruye en la medida que los sujetos hablan, escriben o discuten sobre él (Cabruja et al., 2000; Potter, 1998).

La narrativa es un concepto límite entre lo individual y lo social, convirtiéndola en un punto de encuentro para la acción conjunta entre diferentes sujetos (Cabruja et al., 2000). A través de la creación y la comunicación de historias por medio de una narrativa es posible coordinar acciones sociales, y lo hacemos en los límites que nuestros contextos lo permiten. Los efectos y resultados de estas acciones conjuntas no son siempre posibles de prever, los efectos de estas acciones son involuntarios e impredecibles (Cabruja et al.,

2000). Así el proceso de investigación no debe ser pasado por alto, ya que las formas en que construimos el conocimiento afecta profundamente la investigación y por lo tanto también lo que conocemos (Ropers-Huilman y Winters, 2011). Es por esto que la investigación feminista se dedica a mirar los procesos de forma detenida, como única forma de tener responsabilidad sobre sus resultados. Si consideramos los procesos en la investigación narrativa, debemos mirar los siguientes asuntos teóricos:

- Las narrativas no son transmitidas sino comunicadas, siendo interpretativas, comunicativas y performativas (Rodríguez, 2002). Un alto grado de narratividad hará de la narrativa un texto intensamente interpretativo, que puede transformar la narrativa en un texto conmovedor. Por medio de la interpretación somos capaces de conectar con las historias y darles significado, contribuyendo a la permanente re-construcción del mundo (Rodríguez, 2002).

- La narrativa como acción conjunta pivota sobre otros temas de la psicología social como la memoria, lo que se recuerda, lo que se olvida. Las formas en que argumentamos y producimos una narrativa también es un asunto sobre el poder, en tanto pueden mantener o modificar el orden social (Cabruja et al., 2000). Este tema es especialmente sensible en tanto afecta muchos otros aspectos y contextos de investigación, haciendo el tema del poder en la narrativa un asunto complejo.

- Reconocer la narrativa como una acción conjunta también implica considerar que cualquier práctica narrativa tiene un grado de co-producción. Si consideramos la idea de la investigación narrativa como una praxis, las prácticas de construcción compartida en la narrativa con prácticas de co-producción de conocimiento. Así es necesario mirar con la misma relevancia la subjetividad de la participante como la de la investigadora.

Dicho esto, pareciera ser necesaria una perspectiva reflexiva sobre la narrativa en la investigación, ya que la reflexividad implica posicionarse sobre la subjetividad de participante e investigadora, un asunto que ha sido sistemáticamente desatendido por los paradigmas positivistas de investigación en la investigación psicológica (Gough y Madill, 2012). Fox Keller (1991) explicó cómo nuestra propia constitución subjetiva está influenciada por un esquema de género. La fractura sujeto-objeto termina también por alienar al self en relación a sus contextos sociales y culturales, como condición de la autonomía psíquica. Así, para reconocer los contextos y las conexiones situadas desde las cuales se produce el conocimiento, es necesario mirar la ciencia como una práctica social, al mismo tiempo que reconocemos en la subjetividad un actor fundamental para el desarrollo científico producido por una conciencia humana (Fox Keller, 1994). En este punto es de donde emerge la reflexividad como dispositivo para diferenciar las ciencias naturales de las ciencias sociales (Gough y Madill, 2012). Mientras que psicólogas y sociólogas están sujetas a las fuerzas psíquicas y a los fenómenos sociales que estudian, “una física, como ser humano, no está significativamente influenciada por un campo electromagnético”<sup>4</sup> (Gough y Madill, 2012, p. 379). Si bien es una buena idea fomentar el uso de la reflexividad en cualquier contexto de investigación<sup>5</sup>, las ciencias sociales tienen demandas propias como disciplinas diferenciadas, las cuales hacen fundamental la inclusión de la reflexividad como un aspecto clave del proceso de investigación que nos permite no solo transparentar la agenda de la investigadora, sino también incluir sus motivaciones, experiencias y perspectivas anteriores respecto al tema de estudio (Finlay y Gough, 2003).

---

<sup>4</sup> La cita original del texto se encuentra en inglés, y ha sido traducida por mí, de forma puntual, para facilitar la lectura de la oración.

<sup>5</sup> El objetivo de fomentar estas prácticas radica en responsabilizar a quienes producen el conocimiento respecto a sus procesos, como también democratizar y hacer transparentes las agendas de investigación.



La idea misma de reflexividad ha sido creada para producir conocimientos más confiables en un contexto post-positivista. Para Lather (1986a) dejar fuera la subjetividad de la investigadora del proceso de investigación, no es nada más que una forma ingenua de empirismo. Una práctica reflexiva no intenta desestimar datos para crear conocimientos subjetivos (en el sentido peyorativo del concepto). Muchas autoras feministas, como Haraway con los conocimientos situados y Harding con el punto de vista feminista, abogan en favor de revisar la idea de objetividad, en este sentido la reflexividad no ignora datos en favor de una teoría más conveniente. En vez, la reflexividad mejora nuestros datos, los hace más creíbles, protege nuestra investigación y nuestras producciones teóricas (Lather, 1986b). Estar consciente de la reflexividad es reconocer cómo nuestra propia subjetividad da forma y constriñe nuestra visión del mundo (Kaufman, 2013).

La reflexividad sin embargo no es una cosa fácil de hacer o de practicar. En primer lugar porque décadas de ciencia positivista y el lugar hegemónico que aún ostenta en el plano científico, ha dañado significativamente nuestras posibilidades de incluirnos a nosotras mismas de forma subjetiva en nuestra investigación. Incluso cuando intentamos ser reflexivas, una de las grandes dificultades es evitar pensar que hay una motivación o verdad última tras nuestras metodologías. Este es un residuo del paradigma positivista (Gough, 2003). En segundo lugar, la reflexividad reconoce la subjetividad como un complejo: los seres humanos no somos transparentes a nosotros mismos y estamos sujetos a diferentes fuerzas, ya sean del inconsciente o de los discursos sociales prevalecientes (Gough, 2003; Gough y Madill, 2012). Tercero, siempre está el problema de perder el control y el poder sobre nuestra investigación. Un enfoque irreflexivo niega la potencial influencia de la investigadora sobre las participantes, consecuentemente

ignorando las relaciones de poder entre ambos (Kaufman, 2013), manteniendo el status quo en la relación. Por el contrario, un abordaje reflexivo reconoce las relaciones de poder entre participante e investigadora, obligándonos a reflexionar sobre cómo nuestra presencia cambia y estructura el proceso y sus resultados.

Considerando las dificultades que la reflexividad puede tener en su implementación ¿qué estrategias podemos desarrollar en nuestra investigación para establecer prácticas más reflexivas? Sin existir *recetas* para esto, se pueden encontrar algunas guías en las prácticas co-constructivas (Lather, 1986b): la triangulación de información, el reciclaje de datos, prácticas de co-escritura. Parker (2003) plantea que ha sido el mismísimo giro narrativo en parte responsable de que podamos trabajar con la subjetividad, por sobre tratarla como una molestia o como un lujo. La escritura, no solo sobre nuestra investigación, sino también sobre nosotras mismas, permite establecer cuentas sobre la reflexividad. Dado que la escritura tiene una naturaleza indeterminada y contradictoria en la psicología (Parker, 2003), disminuye las posibilidades de terminar prescribiendo un tipo de subjetividad en favor de interrogar cómo nuestra subjetividad se forma y afecta nuestras relaciones. Kaufman (2013) también considera las prácticas de escritura de narrativas paralelas al proceso de investigación como una forma de fomentar la reflexividad. Ésta, como la escritura, no es automática. Ambas son habilidades que deben ser desarrolladas durante el tiempo. La escritura es un ejercicio que requiere la práctica del pensamiento y la reflexión sobre nuestro trabajo y nosotros mismos. Volcar esto en una escritura narrativa nos da la oportunidad de practicar el pensamiento crítico y la reflexión (Kaufman, 2013). La narrativa provee un lugar donde podemos plasmar nuestros pensamientos de forma pública o privada. La reflexividad puede (y debe) ser practicada en ambos, dándonos la oportunidad de transmitir aquello que no nos es comfortable de

expresar oralmente. Este sería el sello de la reflexividad según Kaufman (2013): la promoción de prácticas autocríticas introspectivas.

No hay recetas de cocina ni procedimientos precocidos para la reflexividad, ni para su definición ni para su práctica. Lo que cuenta es encontrar estrategias para análisis reflexivos, con el objetivo de ayudar a contextualizar nuestras relaciones como investigadoras con los fenómenos que ocupan nuestra atención científica y académica (Gough y Madill, 2012).

### **Palabras finales**

La investigación narrativa es más que una metodología. Es una perspectiva sobre los fenómenos psico-sociales que transmiten muchas y diferentes discusiones de lo metodológico y lo epistemológico. El abordaje que he hecho de estos temas durante este artículo, ha tenido como objetivo proveer ciertos elementos que permitan teorizar sobre los aspectos metodológicos de la investigación narrativa, desde el punto de vista que nos proveen las epistemologías feministas, en la producción de conocimientos que contribuyan a la construcción de un mundo más igualitario y justo.

En este sentido las perspectivas narrativas de investigación, como un esfuerzo en el área de la investigación feminista, no pueden ser un método prescriptivo. Lather (1986a) dirá que más que establecer una nueva ortodoxia, debemos experimentar, documentar y compartir esfuerzo hacia una investigación emancipatoria. En el corazón de la investigación narrativa encontraremos un esfuerzo por co-construir y compartir el conocimiento, incrustado en el fermento postmoderno de las metodologías críticas en ciencias sociales.

Comprender la narrativa como algo más que lo metodológico permite a las investigadoras desarrollar sus propias perspectivas sobre la investigación narrativa, que influenciada por la investigación feminista, sus propuestas epistemológicas y sus reflexiones metodológicas, debe apuntar a la narrativa y sus usos como prácticas de investigación emancipatorias. Debemos considerar no solo cómo un abordaje narrativo cambia nuestra relación con los participantes, sino también cómo esta perspectiva cambia la relación hacia nuestro trabajo. Las narrativas están en deuda con su contexto sociocultural, que pone en un alcance narrativo los diferentes discursos que definen un orden social (Cabruja et al., 2000). Es importante recordar que las narrativas tienen la posibilidad de mantener el orden o subvertirlo, de ahí la importancia de considerar una posible práctica feminista de la investigación narrativa. La narrativa entonces no solo debe ser una práctica para escribir textos de campos o artículos académicos, puede ser también una práctica reflexiva que nos ayuda a tomar una postura crítica hacia nosotras mismas y respecto a nuestra investigación, ayudándonos a evitar algo que la ciencia positivista ha descuidado: mirar no solo el producto final, sino también el proceso.

## Referencias

- Adams, T. (2008). A review of narrative ethics. *Qualitative Inquiry*, 14(2), 175–194.
- Adams, T. (2011). Telling stories: reflexivity, queer theory and autoethnography. *Cultural Studies/Critical Methodologies*, 11(2), 108–116.
- Balash, M., y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. (L. Gómez, Ed.) *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44–48.
- Bamberg, M. (2012). Narrative Analysis. In H. Cooper (Ed.), *APA Handbook of Research Methods in Psychology* (Vols. 1-3, Vol. 2). Washington DC: APA Press.

- Bauer, M. (1996). The narrative interview: comments on a technique of qualitative data collection. In *Papers in Social Research Methods*. Londres: London School of Economics and Political Science - Methodology Institute .
- Bruner, J. (1991). *Actos de Significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cabruja, T., Íñiguez, L., y Vázquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Anàlisi*, (25), 61–94.
- Carsten Stahl, B. (2008). The ethical nature of critical research in information systems. *Information Systems Journal*, 18(2), 137–163.
- Chamberlain, K. (2012). Do you really need a methodology? *QMIP Bulletin*, (13), 59–63.
- Code, L. (1981). Is the Sex of the Knower Epistemologically Significant? *Metaphilosophy*, 12, 267–276.
- Czarniawska, B. (2004). *Narratives in Social Science Research*. London: SAGE Publications.
- Day Sclatter, S. (2003). What is the subject? *Narrative Inquiry*, 13(2), 312–330.
- Denzin, N., y Lincoln, Y. (2000). *Handbook of qualitative research*. London: SAGE Publications.
- Doucet, A. y Mauthner, N.S. (2006). Feminist Methodologies and Epistemology. En Clifton D. Bryant y Dennis L. Peck (Eds.) *Handbook of 21st Century Sociology*. Thousand Oaks, CA : Sage.
- Elliott, J. (2005). *Using narrative in social research*. London: SAGE Publications.
- Esteban-Guitart, M. (2012). Towards a multimethodological approach to identification of funds of identity, small stories and master narratives. *Narrative Inquiry*, 22(1), 173–180.
- Finlay, L., y Gough, B. (2003). Prologue. In L. Finlay y B. Gough (Eds.), *Reflexivity: a practical guide for researchers in health and social sciences*. Oxford: Blackwell Science.

- Fisher, W. (1989). Clarifying the narrative paradigm. *Communication Monographs*, (56), 55–58.
- Fox Keller, E. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Editorial Alfons el Magnànim.
- Fox Keller, E. (1994). La paradoja de la subjetividad científica. En D. Fried Schnitman (Ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 143–182). Buenos Aires: Paidós.
- Garay, A., Íñiguez, L., y Martínez, L. (2005). La perspectiva discursiva en psicología social. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, (7), 105–130.
- González Monteagudo, J. (2011). Jerome Bruner and the challenges of the narrative turn: Then and now. *Narrative Inquiry*, 21(2), 295–302.
- Gorlier, J. (2008). *¿Confiar en el relato? Narración, comunidad, disidencia*. Mar del Plata: Editorial Fudem.
- Gough, B. (2003). Deconstructing reflexivity. In L. Finlay y B. Gough (Eds.), *Reflexivity: a practical guide for researchers in health and social sciences* (pp. 21–36). Oxford: Blackwell Science.
- Gough, B., y MAdill, A. (2012). Subjectivity in psychological research: from problem to prospect. *Psychological Methods*, 17(3), 374–384.
- Haraway, D. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.
- Harding, S. (1996). ¿Existe un método feminista? En E. Bernal (Trans.), *Feminism and methodology: social sciences issues* (pp. 1–14). Milton Keynes: Open University Press.
- Harding, S. (2006). *Science and social inequality. Feminist and postcolonial issues*. USA: University of Illinois Press.
- Hyvärinen, M. (2012). Prototypes, genres and concepts: travelling with narratives. *Narrative Works: Issues, Investigations, y Interventions*, 2(1), 10–32.

- Íñiguez, L., y Antaki, C. (1994). El análisis del discurso en Psicología Social. *Boletín de Psicología*, (44), 57–75.
- Kaufman, P. (2013). Scribo Ergo Cogito: Reflexivity through Writing. *Teaching Sociology*, 41(1), 70–81.
- Kohler Riessman, C. (2001). Analysis of personal narratives. En J. Gubrium y J. Holstein (Eds.), *The SAGE Handbook of Interview Research: The Complexity of the Craft*. USA: SAGE Publications.
- Lather, P. (1986a). Issues of validity in openly ideological research: between a rock and a soft place. *Interchange*, 17(4), 14–35.
- Lather, P. (1986b). Research as Praxis. *Harvard Educational Review*, 17(4), 257–277.
- Morson, G. S. (n.d.). Narrativeness. *New Literary History*, 34(1), 59–73.
- Parker, I. (1999). Critical psychology; critical links. *Radical Psychology*, 1(1), 3–18.
- Parker, I. (2003). Psychoanalytic narratives: Writing the self into contemporary cultural phenomena. *Narrative Inquiry*, 13(2), 301-315. *human sciences*. US: State University of New York.
- Peterson, E., y Langellier, K. (2006). The performance turn in narrative studies. *Narrative Inquiry*, 16(1), 173–180.
- Polkinghorne, D. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
- Potter, J. (1998). *La representación social de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Pérez, E. (2008). Mitos, creencias y valores: cómo hacer más <<científica>> la ciencia; cómo hacer la <<realidad>> más real. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, (38), 77–100.
- Ramazanoglu, C. y Holland, J. (2002). *Feminist methodology: Challenges and Choices*.

Londres: Sage.

Rich, A. (2001). Apuntes para una política de la posición. En A. Rich, *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida: 1979-1985* (pp. 205-222). Barcelona: Icaria.

Richards, J. (2011). "Every Word is true": Stories of our experiences in a qualitative course. *The Qualitative Report*, 16(3), 782–819. Recuperado de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR16-3/richards.pdf>

Rodriguez, A. (2002). Redefining our understanding of narrative. *The Qualitative Report*, 7(1). Recuperado de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR71/rodriguez.html>

Ropers-Huilman, R., y Winters, K. (2011). Feminist research on higher education. *The Journal of Higher Education*, 82(6), 667–690.

Autor. (2013). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones [79 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research*, 15(1), Art. 2. Recuperado de <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs140128>.

Skeggs, B. (1994). Situating the Production of Feminist Ethnography. En M. Maynard y J. Purvis (Eds), *Researching Women's Lives from a Feminist Perspective* (pp. 72–92). Londres: Taylor y Francis

Sparkes, A., y Devís, J. (2007). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. Moreno y S. Pulido (Eds.), *Educación, Cuerpo y Ciudad: El cuerpo en las interacciones sociales* (pp. 43–68). Medellín: Funámbulos Editores.

Striano, M. (2012). Reconstructing narrative: A new paradigm for narrative research and practice. *Narrative Inquiry*, 22(1), 147–154.



## Formato de citación

---

Schongut, N. (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*. 5 (1) 110 - 148.

Disponible en: <http://revista.psico.edu.uy/>

---

5.2 *Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones.*

Schöngut Grollmus, Nicolás (2013). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones [79 párrafos]. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 15(1), Art. 2. Disponible en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1989/3599>

## **Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones**

*Nicolás Schöngut Grollmus*

**Palabras clave:**

adolescencia;  
masculinidad;  
violencia;  
producciones  
narrativas

**Resumen:** Este artículo aborda las diferentes construcciones de la masculinidad que hacen adolescentes víctimas de maltrato físico, por quienes se han constituido como modelos de masculinidad para ellos en algún sentido. Este artículo se enfoca en las prácticas de la violencia y el poder, que intentan mantener la estructura patriarcal, y consecuentemente la subordinación femenina y de las masculinidades no hegemónicas. En el caso de ciertas formas de violencia contra los adolescentes las prácticas de dominación se hacen explícitas, en tanto las formas de violencia manifiesta responden a legitimaciones de la subordinación y del poder. En el ejercicio de la violencia, los adolescentes víctimas de ésta quedan situados como masculinidades subordinadas. De ahí que el análisis de las masculinidades construidas por adolescentes en este contexto, a través de la construcción de narrativas, pueden dar cuenta de la relación poder-resistencia en la sociedad patriarcal, entre construcciones de masculinidad hegemónicas y no hegemónicas.

### **Índice**

- [1. Introducción: Relación entre violencia, género y adolescentes](#)
  - [1.1 La violencia contra los adolescentes como un problema de investigación](#)
  - [1.2 ¿Por qué es relevante hablar de violencia contra adolescentes?](#)
- [2. Objetivos](#)
- [3. Metodología: la narración como una forma de comprender lo social](#)
  - [3.1 El estudio de caso: alcances y consideraciones](#)
  - [3.2 El conocimiento por medio de narrativas como crítica al \*conocimiento tradicional\*](#)
    - [3.2.1 ¿Cómo construimos una narrativa?](#)
    - [3.2.2 ¿Cómo trabajar con narrativas en el contexto de una investigación?](#)
- [4. Metanarrativas](#)
  - [4.1 Primera metanarrativa: la construcción de identidad\(es\) masculina\(s\)](#)
    - [4.1.1 Sobre el binarismo, la sexualidad y la compartimentalización del género](#)
  - [4.2 Segunda metanarrativa: masculinidad, poder y resistencia](#)
    - [4.2.1 Algunas discusiones sobre la masculinidad hegemónica, contextos y límites de la noción](#)
- [5. Reflexiones finales](#)

[Agradecimientos](#)

[Referencias](#)

[Autor](#)

[Cita](#)

## 1. Introducción: Relación entre violencia, género y adolescentes

No constituye ninguna novedad decir que la violencia en sus distintas variantes se ha convertido en un importante tema, tanto para las ciencias sociales como para las ciencias de la salud durante las últimas décadas, pues detrás de esta aseveración es posible encontrar una gran cantidad de estudios e investigaciones que describen y comprenden los efectos que el ejercicio de la violencia entre los individuos, tienen para sí mismos y para los otros (MARTÍNEZ & FAGALDE 2007). La violencia de género, en su vertiente más *mainstream*, ha sido narrada en una forma unidireccional donde son los hombres quienes la ejercen contra las mujeres. Esta forma de narrar la violencia de género ha estado especialmente en el ojo del huracán: el auge de los feminicidios y el impacto que generan en la crónica roja de los medios, la aparición de programas de ayuda a la mujer maltratada, las campañas publicitarias de prevención contra la violencia machista y la legislación que se genera en torno a la protección de quienes son sus víctimas, son algunas de las formas que nuestro entorno social ha generado para hablar de la violencia de género a partir de la marcada visibilización. Sin embargo hay formas y tipos de violencia que muchas veces no generan el mismo impacto mediático, dentro de las cuales se puede identificar la violencia contra los adolescentes, la que muchas veces queda sumergida e invisibilizada dentro de otras definiciones de violencia, como sucede con la noción de violencia intrafamiliar, que es capaz de absorber otras problemáticas dada la potencia social y judicial de la construcción social del significante familia. [1]

A partir de estas consideraciones, en este trabajo recojo las narrativas de dos adolescentes que han sido víctimas de violencia física y psicológica al interior de sus hogares. En primer término expongo la definición del problema que ha permitido estructurar transversalmente esta investigación, para continuar con algunos aspectos metodológicos que se presentaron durante su desarrollo. Así en última instancia aparece la presentación de dos metanarrativas construidas a partir de las narraciones de los dos adolescentes que participaron de la investigación que da origen a este artículo. [2]

### 1.1 La violencia contra los adolescentes como un problema de investigación

MARTÍNEZ y FAGALDE (2007) definen la violencia (sin apellido) como un intento de coerción de un sujeto sobre otro, al cual se pretende borrar o anular en su diferencia; de ahí que el ejercicio de la violencia supone la desigualdad entre sus partes, y que como consecuencia, en la violencia de género puede suponerse una desigualdad de género según la posición que cada sujeto ocupe en el mapa social a partir de las consecuencias psicosociales de la diferencia sexual. Vale decir: no todo género es igual, no todo género ocupa un lugar hegemónico. La sociedad patriarcal se ha encargado, en un trabajo milenario, de naturalizar las consecuencias de la división sexual masculino/femenino, categorías socioculturales, y desde ahí gestionar los diferentes roles que performamos en "la realidad": hombres cognitivamente superiores, mujeres esencialmente afectivas, como si la anatomía tuviera un destino subjetivo directo (GUASCH &

VIÑUALES 2003). La violencia de género no tiene que ver con una direccionalidad específica de su ejercicio (de hombres hacia mujeres como sugiere su definición más tradicional). Una comprensión adecuada, desde el punto de vista que pretendo trabajar, trasciende estos conceptos pues suponen una causalidad lineal en la violencia de género, naturalizando el origen de ésta y reforzando el papel de víctimas de las mujeres. Para definir la violencia de género como tal debemos fijar nuestra mirada y nuestra escucha en los discursos y las prácticas que legitiman la violencia en pos de un determinado orden social (HERNÁNDEZ, VIDIELLA, HERRAIZ & SANCHO 2007). [3]

El ejercicio de la violencia de género supone una práctica del poder: mantener las diferencias socioculturales asignadas a cada sexo cuando pareciera que se transgrede la normativa social, cuando se desafía al poder. El ejercicio de la violencia puede ocurrir de dos maneras:

"No hay más que dos formas de retener a alguien, el don o la deuda. Las obligaciones abiertamente económicas que impone el usurero o las obligaciones morales y las ataduras afectivas que crea y mantiene el don generoso; en resumidas cuentas, la violencia declarada o la violencia simbólica" (BOURDIEU 1991, p.212). [4]

La violencia encubierta o violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador cuando no se le ha permitido pensar sobre sí mismo, haciendo que la relación parezca natural (BOURDIEU 2000). [5]

Por otro lado aparece el "recurso de urgencia" cuando la violencia simbólica falla: la violencia declarada, que pretende retomar el control desde un sometimiento explícito, impuesto desde la exterioridad al propio sujeto dominado: el golpe, la exclusión, la muerte (BOURDIEU 2000). La violencia de género, tanto en su versión simbólica como declarada, es un proceso constante que intenta mantener la estructura social del patriarcado y sus desigualdades (RAMÍREZ 2005). Para que esto pueda suceder no solo es necesario perpetuarla de forma heterogénea, vale decir, de hombres a mujeres unidireccionalmente, sino también a través de mecanismos homogeneizantes de la feminidad y de la masculinidad que permitan gestionar el control de hombres y mujeres para el cumplimiento de la norma patriarcal. [6]

Es en este contexto que pude fijar mi atención en un tipo de violencia de género específica, que no ha sido descrita necesariamente desde estas consideraciones: la violencia contra los adolescentes varones, ejercida por quienes son modelos de masculinidad para ellos. Esto podemos entenderlo como el conjunto de prácticas discursivas y materiales que intentan homogeneizar los procesos de subjetivación del adolescente respecto a masculinidades normativas, especialmente la violencia física y la violencia sexual. Primero porque éstas conllevan otras formas de violencia explícitas y encubiertas, y segundo por ser las dimensiones más explícitas y socialmente condenadas de la violencia de género durante los últimos años (MARTÍNEZ & FAGALDE 2007). En particular, la violencia contra los adolescentes ocurre tanto

en espacios públicos como en espacios que se han definido tradicionalmente como íntimos y privados: la familia y el hogar (MENKES & SUÁREZ 2006). Al significar la violencia dentro del hogar como algo privado, no se le expone como un problema social, dificultando cualquier intervención de carácter preventivo, de intervención o reparatoria. Esto es relevante especialmente en el caso de adolescentes varones, quienes han adquirido una concepción naturalizada de la violencia, por lo tanto ésta no es abierta ni discutida en el espacio público, pues son consideradas como "cosas de hombres", un significante que cierra cualquier espacio de problematización posible. Asimismo, es significativo poder realizar una mirada socio-crítica respecto a cómo "se aprende" el género dentro de la familia, que incluye las formas de violencia que pueden darse dentro de ésta, pues existe una adopción o rechazo de valores familiares sobre el género, que CONNELL (1995) llama momento de compromiso [*moment of engagement*], y que es determinante para la reproducción de modelos de masculinidad hegemónicos o para diferenciarse de éstos. Especialmente cuando algunos de los principales modelos de masculinidad que los jóvenes tienen están dentro de ese espacio, como reflejo de aquello que los hombres pueden y no pueden hacer (MESSERSCHIMDT 1999, 2000). [7]

En el caso particular del ejercicio de la violencia contra adolescentes varones como una práctica del poder, y el poder siempre se da en un contexto relacional, se puede decir que "donde hay poder hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder" (FOUCAULT 1987, p.68). Mutuamente implicadas, las resistencias son diversas, distribuidas de manera irregular, éstas pueden entenderse como las prácticas discursivas y materiales que permiten al sujeto desprenderse, pensarse a sí mismo en la construcción de nuevas formas y prácticas de subjetivación (FOUCAULT 1987). [8]

Cuando la violencia es ejercida por quien representa un modelo de masculinidad para el adolescente, con el objetivo de construir una forma de masculinidad específica, ésta se convierte en un ejercicio de poder. Frente a esto, en la violencia contra los adolescentes, incorporando la dimensión del género, las resistencias consistirían en prácticas, discursos y formas de pensarse a sí mismo que permitan la construcción de masculinidades heterogéneas y/o alternativas a la propuesta hegemónica, y que intenten diferenciarse de ésta. [9]

## 1.2 ¿Por qué es relevante hablar de violencia contra adolescentes?

Pese a la condena social que hoy se hace a la violencia, condena que genera muchísimo ruido mediático y reacción desde ciertas instituciones, pareciera que ésta se queda únicamente en un nivel discursivo muy superficial, más similar a un eufemismo que a una verdadera transformación, pues todavía existen muchísimos dispositivos que la legitiman y la hacen funcionar: las apologías de la violencia a través de la guerra, la naturalización de nuestros impulsos, solo por nombrar algunos. [10]

La relación violencia y masculinidad no es una relación natural ni esencial, sino que "parte del significado de la masculinidad, parte de la forma en que los varones han medido, demostrado y probado su identidad" (HERNÁNDEZ et al. 2007, p.105). Esta relación se encuentra en los orígenes del problema: en cómo la sociedad normaliza la masculinidad hegemónica y desde ahí intenta producir procesos de subjetivación para "el resto", intentando eliminar los espacios y lugares que permitan a los individuos pensarse a sí mismos, para mantener determinada posición del poder. [11]

Por ello es importante hacer una aproximación cautelosa a la investigación respecto de la violencia de género, porque precisamente el problema incluye dimensiones que "no son solo la acción de dominio, control, sometimiento y agresión física, verbal o simbólica, de alguien contra alguien, en contra de su voluntad" (p.104). Vale decir que el problema no es solo la opresión de un grupo determinado de individuos (las mujeres, los homosexuales, las lesbianas, etc.), porque la violencia de género no recorre una sola dirección; por el contrario una definición así silenciaría y ocultaría a otros actores que ejercen otras formas de violencia de género. Por ello es necesario pensar nuevas formas y nuevas definiciones en la relación violencia, masculinidad y género, ya que esta relación – que a ratos parece tan natural – trasciende a los individuos que las ejercen y las reciben (HERNÁNDEZ et al. 2007). [12]

Frente a lo anterior, el objetivo de este artículo es difractar el impacto que la violencia en adolescentes varones tiene en sus construcciones de género, específicamente en la masculinidad, cuando la violencia es ejercida por quienes son modelos de masculinidad para ellos en el ámbito doméstico. Esto implica, en primer lugar, entender que la violencia de género se puede ejercer fuera de su concepción tradicional, la cual se entiende como de forma unidireccional y de hombres hacia mujeres. Esta etiqueta que se le pone a la violencia cuando recorre esta dirección, es útil en términos de intervención y regulación, especialmente en instancias donde se necesitan límites y categorías simples como puede ser el ámbito y la tipificación de delitos. Sin embargo es significativo volver a recordar que la violencia ocurre porque ha sido legitimada una y otra vez por la estructura patriarcal, dado que en ésta se constituyen las bases históricas para la violencia social (CANTERA 2004). Es por ello que las clasificaciones de la violencia solo son meras construcciones del contexto donde ésta ocurre – marital, familiar, escolar, en la pareja, entre las más populares. Es en las costuras y límites que aparecen entre estas clasificaciones adonde debemos dirigir nuestra mirada, si lo que se pretende es encontrar los efectos y lo que produce el haber vivido o experimentado la violencia física, sexual o psicológica, cuando se la ha teñido con los colores de la masculinidad. Por todo esto es necesario pasar de la violencia intrafamiliar, a la doméstica y a la violencia de género, en diferentes direcciones y en distintas oportunidades, para encontrar en ella los hilos invisibles del poder y la dominación que la permiten y justifican. [13]

En segundo lugar es importante recalcar que la consideración de la categoría género, en el análisis de la violencia hacia los adolescentes, permite incorporar nuevos elementos: por un lado, en los procesos de subjetivación de éstos, y por

el otro en la comprensión de las formas de dominación machista. La violencia de género puede ser pensada no solo como una forma de someter a las mujeres, sino también de reproducir formas de masculinidad específicas que se necesitan para la perpetuación de la sociedad patriarcal. El análisis de las construcciones de masculinidad y de las posibles resistencias, como se ha dicho anteriormente, se pueden entender como las formas que pueden producir los adolescentes para pensarse a sí mismos fuera de los modelos hegemónicos de masculinidad, podrían aportar al desarrollo de estrategias que apunten hacia una mayor igualdad entre las distintas construcciones de género que puedan aparecer. [14]

## **2. Objetivos**

Los objetivos de este artículo circulan en torno a dos dimensiones distintas pero articuladas entre sí, del problema de investigación recién planteado. En primer lugar, el objetivo es comprender las construcciones de masculinidad que hacen adolescentes varones víctimas de violencia de género, por quienes son modelos de masculinidad para ellos. La idea es explorar los sentidos que los adolescentes que participaron de la investigación le dan a la masculinidad, desde la metáfora de la difracción. ¿Qué entendemos por difractar esas comprensiones de masculinidad? El meta-lenguaje del conocimiento a menudo ha recurrido a metáforas de la luz para explicar su funcionamiento (ver la alegoría de la caverna de Platón o la influencia del proyecto de la Ilustración en el desarrollo científico). De esta forma, el imaginario científico positivista ha sido poblado de nociones relativas a reflejar, aclarar y transparentar nuestros "objetos de investigación" (HARAWAY 1999), vale decir, metáforas que suponen la observación de un objeto tal cual es, produciendo únicamente el desplazamiento de "lo mismo" que se encuentra en ese otro cuerpo. La difracción, a diferencia de lo refractario, no supone la devolución de una imagen idéntica y fiel al objeto. Tampoco implica una forma de transparencia donde los objetos son atravesados por la luz. La difracción es la desviación de un rayo luminoso al tocar un cuerpo opaco, así lo que vemos no es el reflejo idéntico del objeto, sino el efecto de la acción difractiva del cuerpo opaco. Al utilizar la metáfora de la difracción trabajamos bajo al menos dos suposiciones: que ni el lenguaje ni el sujeto son transparentes, y que lo percibido en ellos son los efectos del desplazamiento que se produce de aquello que construimos en tanto lo observamos (HARAWAY 1999). [15]

## **3. Metodología: la narración como una forma de comprender lo social**

En palabras de JOVCHELOVITCH y BAUER (2005), no existe experiencia humana alguna que no pueda ser representada a través de una narración. Ésta es una forma de organizar y dar cuenta de nuestras experiencias en el mundo y con los otros, pues permite reconstruir lo que nos ha pasado y buscar explicaciones para ello. Una narración no es un mero reflejo de una historia individual o colectiva, sino las expresiones que éste (o éstos) pueden tener frente a temas y fenómenos que son de su interés (BIGLIA & BONET-MARTÍ 2009; MARTÍNEZ- GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). Una narrativa refleja cómo un individuo experimenta los sucesos a su alrededor y cómo los significa



(ATTANAPOLA 2005). En este sentido, la construcción de una narrativa, en virtud de los objetivos de este artículo, ofrece a adolescentes que han sufrido violencia física la posibilidad de dar cuenta de su conocimiento, opiniones y percepciones de los procesos de género a los que se enfrentan cotidianamente, a partir de su propia historia y la manera en cómo la narran y la significan. [16]

Es por esto que el trabajo de campo y la recogida de información se realizaron a través del estudio de caso de dos producciones narrativas construidas por dos adolescentes que han vivido violencia física, entre otros tipos de violencia, al interior de sus hogares. El primer texto corresponde a la narrativa construida por Mario, un joven de 18 años que fue, durante su infancia y adolescencia, víctima de violencia física severa por parte de su padre. El segundo caso es el de Fabio, quien fue víctima de violencia física y sexual por parte de un primo mayor con quien convivía él y su familia. Al momento de la entrevista, ambos jóvenes participaban hace al menos un año de programas de atención enfocados a reparar el daño psicológico y social, producto de sus experiencias como víctimas de violencia. De esta forma, y en diálogo con las profesionales a cargo de los programas, se ha intentado activamente evitar cualquier forma de victimización secundaria en los jóvenes participantes. Asimismo, las entrevistas fueron llevadas a cabo por profesionales de los respectivos programas, que tuviesen conocimiento del caso pero que no fuesen sus terapeutas principales, como forma de evitar sobreentendidos que pudiesen ser producto de trabajos de largo plazo. [17]

Con esto en consideración, en este apartado metodológico pretendo trabajar dos aspectos que van articulados en el desarrollo de esta investigación: en primer lugar, las implicancias de realizar un estudio de caso desde una perspectiva cualitativa de la investigación, vale decir, cómo pueden afectar algunas de las consideraciones políticas y epistemológicas de ésta, y en segundo lugar las particularidades de realizar producciones narrativas en este contexto. [18]

### **3.1 El estudio de caso: alcances y consideraciones**

¿Qué es el estudio de caso? Para comprender esta opción como parte de la metodología, en primer lugar es importante considerar que el estudio de caso permite a la investigadora retener características holísticas y significativas de eventos de la vida real (KOHLBACHER 2006). Vale decir, que el estudio de caso es una forma de hacer investigación empírica más que cualquier otra cosa. Asimismo el estudio de caso es una opción que favorece una investigación que esté sujeta a ciertas condiciones: cuando se privilegia la respuesta de preguntas comprensivas del tipo *cómo*, cuando la investigadora tiene bajas o nulas posibilidades de controlar los eventos relacionados al problema de investigación, cuando no existe una diferencia clara entre el fenómeno a estudiar y su contexto, y cuando el foco de la investigación se encuentra sobre fenómenos contemporáneos en un contexto cotidiano (KOHLBACHER 2006). [19]

Por otro lado, el estudio de caso introduce ciertas preguntas respecto a las nociones de muestra y representación que aparecen al momento de desarrollar

el trabajo de campo en una investigación empírica. En este contexto el estudio de caso recibe fuertes críticas desde las metodologías cuantitativas respecto a la idea de representación, ya que un caso nunca llegará a constituir una muestra. Florian KOHLBACHER (2006) descarta esta crítica en tanto el estudio de caso no pretende generalizar los conocimientos que del caso se pueden desprender a poblaciones o universos, es decir, no intenta hacer una generalización estadística, sino que su objetivo es generalizar y/o desarrollar uno o más conceptos, o sea, la generalización teórica. [20]

Florian KOHLBACHER (2006) considera que el estudio de caso no es tanto una opción metodológica, sino una elección sobre *qué* es lo que se va a estudiar. Por el método que sea, se decide estudiar el caso. El estudio de caso como estrategia de investigación puede abarcar muchísimos métodos diferentes, que incluso pueden ser cualitativos, cuantitativos o mixtos. Por lo tanto un estudio de caso no se puede definir como un método de investigación en sí mismo, sino a través de su orientación teórica y el interés particular que tenga sobre casos individuales. Es por esto que en el siguiente apartado lo que pretendo es desarrollar los conceptos principales del trabajo con narrativas en el contexto de un estudio de caso. [21]

### **3.2 El conocimiento por medio de narrativas como crítica al *conocimiento tradicional***

Usar la construcción de narrativas como una metodología de la investigación, encuentra su origen en una crítica a la concepción tradicional de la ciencia, la cual nos enseña que ésta es una disciplina neutra, autónoma e imparcial. Su neutralidad implica que las teorías no suponen calificación alguna y que tampoco sirven a un valor específico más que a otro. Su autonomía supone que la ciencia progresa mejor cuando no está influida por valores o movimientos sociales, mientras que su imparcialidad supone que la única base para aceptar una teoría es la evidencia (PÉREZ 2008). Los valores de la ciencia son únicamente valores constitutivos, internos y epistémicos, que apuntan a mantener la disciplina como libre de valores que no sean constitutivos de ella, vale decir, los valores *sociales, políticos y contingentes* (PÉREZ 2008). [22]

Un cambio de paradigma (con sus respectivas consecuencias epistemológicas) tiene que ver con la inclusión de elementos valóricos en el estudio científico. La nueva propuesta feminista de la investigación científica implica algo novedoso, y esto tiene que ver con la acomodación de valores en el trabajo científico, con que éstos pueden tener un influjo positivo en la construcción del conocimiento, siempre y cuando éste quede restringido al contexto del descubrimiento (PÉREZ 2008). [23]

Sin embargo pareciera que esta perspectiva iría en camino a entramparse en la eterna discusión del realismo versus el relativismo en las ciencias. Para HARAWAY (1995), el problema radica precisamente en esta dicotomía. La crítica a la mirada positivista y a la discursivista es que ambas son totalizantes: en la primera el conocimiento no viene de ningún lado, mientras que en la segunda

proviene de todos lados, negando así la parcialidad de la mirada y el lugar desde donde se enuncian las narraciones sobre *la(s) realidad(es)* (BALASCH & MONTENEGRO 2003). La alternativa que se propone desde las epistemologías feministas es localizar el conocimiento desde donde emerge. "La consecuencia de esta asunción es que el conocimiento se producirá mediante la conexión parcial, localizable y encarnada con otras posiciones" (p.45). Las Producciones Narrativas son una vía para acceder a los conocimientos situados desde los lugares y posiciones en que éstos se construyen (MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). [24]

Finalmente pese a que las narrativas, en tanto son una exploración de la individualidad y la subjetividad desde una perspectiva feminista del conocimiento, son fuertemente criticadas por una carencia de representación y confiabilidad, éstas son válidas en sí mismas para comprender cómo determinado individuo, que forma parte de un colectivo, percibe su propio mundo en vez de confiar en las suposiciones de la investigadora<sup>1</sup> (ATTANAPOLA 2005). [25]

### 3.2.1 ¿Cómo construimos una narrativa?

El trabajo con narrativas en el contexto de una investigación corresponde a una metodología cualitativa más bien reciente, que tiene como finalidad problematizar la temática a estudiar en lugar de hacer una reflexión o análisis sobre ésta. Con este objetivo explora los discursos de informantes claves (SANTANA 2010). [26]

Las narrativas están clasificadas como un método de investigación cualitativo. Se les considera como una forma inestructurada de entrevista en profundidad con algunas características propias (JOVCHELOVITCH & BAUER 2005). [27]

Uno de los aspectos más relevantes al trabajar con narrativas es realizar un texto que de voz a los sujetos entrevistados, más que una mera transcripción del diálogo. Para ello la investigadora es un importante activo en la organización, sistematización de la transcripción y creación del relato. "Esta característica de la metodología remite, en primer lugar, a la voluntad de producir un relato; ya que las ideas se presentan organizadas y desarrolladas, cosa que difícilmente se producirá con la estricta transcripción de las conversaciones" (BALASCH & MONTENEGRO 2003, p.45). Las narrativas no son meros "registros discursivos", sino el producto de una encarnación del proceso de construcción de un problema que permite al participante aparecer con su propia voz en el reporte y de forma directa a los lectores (BALASCH & MONTENEGRO 2003). Las narrativas tampoco son meros reflejos de la historia personal del participante, sino las expresiones de éste frente a los temas y los fenómenos que se quieren estudiar (BIGLIA & BONET-MARTÍ 2009; MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010), éstas reflejan cómo el individuo experimenta los sucesos que ocurren a su alrededor y cómo los significan desde un determinado momento de su historia. En este sentido, las narrativas de adolescentes que han sufrido violencia física

---

1 Respecto a la referencia genérica a determinados sujetos, se ha optado por la referencia de la (persona) investigadora, por sobre el genérico el (hombre) investigador, como una forma legible de utilizar lenguaje inclusivo.

por parte de quienes han sido modelos de masculinidad para ellos, debieran dar cuenta de su conocimiento, opiniones y percepciones de los procesos de género a los que se enfrentan cotidianamente, a partir de su propia historia y la manera en cómo la narran y la significan (ATTANAPOLA 2005). [28]

En lo que corresponde a la construcción de las narrativas que se utilizaron para este artículo, se realizó una primera sesión de trabajo con cada participante que consistió en una entrevista en profundidad, estructurada a partir de determinados ejes de discusión<sup>2</sup> y la posición del participante respecto a éstas (MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). Como hemos mencionado, esta primera sesión de entrevista – la más extensa – fue llevada a cabo por profesionales de los programas de atención psicosocial en el cual se encontraban insertos los participantes, bajo las condiciones previamente explicadas. Una vez finalizada la entrevista, la transcripción de los relatos fue llevada a cabo por la investigadora. Este proceso, a diferencia de otras técnicas de recolección de datos, no es una transcripción *ad verbatim*. Los relatos que aparecen en la entrevista han sido narrativizados por la persona investigadora, utilizando sus propios recursos lingüísticos, construyendo así una primera versión de la producción narrativa (BALASCH & MONTENEGRO 2003). Este texto fue devuelto a los jóvenes participantes por medio de las profesionales que llevaron a cabo la primera entrevista. En una segunda sesión presencial los participantes pudieron editar y corregir los textos, hasta que las narrativas expresasen la posición que los participantes deseaban sostener frente al fenómeno estudiado, dando su aprobación explícita respecto a los textos. [29]

Es importante considerar que si bien la propuesta original de las producciones narrativas de BALASCH y MONTENEGRO (2003) considera que éstas se construyen en un contexto participante/entrevistadora, en el contexto de esta investigación esta relación se configuró en una relación triangular, en la cual la relación participante/investigadora quedó mediada por el rol de la entrevistadora, como una suerte de garante ético en la relación de los participantes con el proyecto de investigación. [30]

### 3.2.2 ¿Cómo trabajar con narrativas en el contexto de una investigación?

Dado el carácter epistemológico que tienen las narrativas, éstas no son analizadas en el sentido tradicional del trabajo cualitativo, vale decir, no pasan por un proceso de análisis temático, de contenido o del discurso, pues en las narrativas no hay nada oculto o que descubrir que esté escondido entre las líneas del texto, lo que éstas intentan es hablar de las experiencias del sujeto desde el sujeto, y no sobre éste (MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). [31]

En este caso cada narrativa se construye de forma individual en el contexto de la relación entrevistador/a – informante. Cada narrativa es un texto que tiene valor

2 La entrevista, de carácter abierto, abordaba tres ejes temáticos: 1. aprendizajes respecto al "ser hombre" durante su infancia y adolescencia, 2. reflexiones sobre la masculinidad a partir de las experiencias con el hombre que ejercía violencia sobre él, 3. reflexiones sobre la masculinidad a partir del proceso de intervención y proyecciones a futuro respecto al tipo de masculinidad que quieren construir.

en sí mismo, cuyo objetivo no es narrar las historias de otros, "sino narrativizar el diálogo que se ha producido en nuestras intersecciones y, favorecer que las narrativas puedan ser transformadas y/o subvertidas por otras subjetividades y colectividades" (BIGLIA & BONET-MARTÍ 2009, p.6). Cada narrativa es un caso individual que se construye al mismo tiempo que se analiza. De ahí que no existe un análisis a posteriori de las narrativas, se trabaja *desde* ellas y no *sobre* ellas (MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). Una vez terminadas, las narrativas son usadas para la construcción de metanarrativas: "relato que genera una explicación amplia y envolvente del fenómeno, capaz de abarcar pequeños relatos, discusiones, matices, etc." (p.3). [32]

En este artículo, las metanarrativas fueron construidas en torno a dos problemas relevantes para éste, la masculinidad por un lado y la masculinidad hegemónica, el poder y la resistencia por el otro, quedando así las metanarrativas definidas de la siguiente manera: [33]

Una primera metanarrativa aborda las construcciones de masculinidad que los adolescentes participantes formulan para sí mismos como también para el otro, no solo desde el contenido de éstas, sino que, al mismo tiempo, incorporando las dinámicas y trayectorias que han llevado a la producción de su subjetividad. De esta forma se pretende dar cuenta de cómo las contingencias históricas de violencia que estos adolescentes han vivido, los han llevado a producir determinados conocimientos sobre lo que es y lo que implica la masculinidad. [34]

Cuando se pretende abordar una idea o un concepto tan abstracto en un comienzo, y a veces tan manipulado, como lo es la noción de construcción en la psicología social, se corre el riesgo de confundirla con otras nociones que en un comienzo podrían parecer similares, pero que luego de un análisis profundo, no tienen relación alguna. Para el primer objetivo de esta investigación, difractor las construcciones de masculinidad que hacen algunos adolescentes víctimas de violencia, tal peligro podría aparecer en relación a la noción de identidad, en tanto pareciera sumamente atractiva la posibilidad de homologar una construcción social de la masculinidad con una identidad masculina. Mientras que la idea de construcción social pretende dar cuenta del carácter no-natural de determinadas cuestiones que en su momento parecieran serlo – el sexo y la raza por ejemplo –, la noción de identidad, en cambio, se puede entender como un aspecto interno de la persona que determina su continuidad a través del tiempo (BUTLER 1990). La identidad es también una construcción, que precisamente se hace dentro del discurso y no fuera de él, y que por ende, se debe considerar la producción de la identidad como dentro de ámbitos históricos concretos, mediante estrategias enunciativas específicas (HALL 2003). Por esto es posible incorporar lo que de la masculinidad se produce en torno al significativo identidad, pero tomando en cuenta estas consideraciones, a riesgo de que el olvidarles implicaría caer en el determinismo de la identidad y personalidad como objetos de estudio de un psiquismo a priori a la producción del sujeto, descartando otras dimensiones significativas como puede ser lo social. [35]

Al hablar de una identidad de género, en este caso de una identidad masculina, se aborda el problema de cómo la identidad genera un ideal normativo (BUTLER 1990), de esta forma reconstruir las condiciones en que el ideal de masculinidad se ha construido para el sujeto, es a la vez una reconstrucción de las claves socioculturales que producen ese ideal. Pese a que el concepto de identidad está sometido a una importante crítica debido a su irreductibilidad y a la psicologización que produce respecto al sujeto, el concepto sigue en uso ya que no ha sido superado por uno de mayor utilidad y tampoco existen otros conceptos distintos que puedan reemplazarlo (HALL 2003), por lo tanto "no hay más remedio que seguir pensando en ellos, aunque ahora sus formas se encuentren destotalizadas o deconstruidas y no funcionen dentro del paradigma en que se generaron en un principio" (p.12). De esta forma, acercarse a la construcción de una identidad masculina, es también comprender la construcción de la masculinidad en sí para el sujeto que habla respecto a ella. [36]

Asimismo una segunda metanarrativa abordará las temáticas respecto a la concepción de la masculinidad hegemónica de los participantes de la investigación. Para hablar de masculinidad hegemónica se deben incorporar los distintos discursos y prácticas sociales que definen una jerarquía basada en el sistema sexo/género (AMUCHÁSTEGUI 2006). La noción de hegemonía es siempre relacional, en tanto que la dominación de un grupo, colectivo, categoría, etc., solo es posible en tanto sea siempre de un uno sobre un otro (RAMÍREZ 2005). La hegemonía, especialmente en un contexto de género, se plantea siempre en una dimensión relacional, en tanto responde a una superioridad social que se adquiere a través del conflicto de diferentes fuerzas, conflicto que se extiende más allá de la pura fuerza bruta y que alcanza desde la forma en cómo la sociedad organiza sus procesos culturales hasta la vida privada de sus individuos (CONNELL 1987). La superioridad lograda de un grupo de hombres sobre otro a punta de pistola o a través de la amenaza física, social o psicológica, no constituye una hegemonía en la definición de CONNELL. La hegemonía masculina es la superioridad que se enmarca en la doctrina religiosa, en la ideología política o social, en el contenido de los medios de comunicación masivos, el diseño de los hogares, las políticas de bienestar de los estados, etc. (CONNELL 1987). La hegemonía masculina no es la superioridad lograda por la fuerza, como si lo es una ascendencia lograda por la capitalización social de ciertos atributos vinculados a determinado colectivo, que permite, avala y legitima el uso de la fuerza sobre grupos e individuos que se encuentren sometidos por quienes sostienen el modelo social hegemónico. [37]

Acercarse a estas relaciones de dominación/subordinación desde una perspectiva de género, implica comprender las condiciones en que esa relación se ha configurado. A partir de estas propuestas, en esta metanarrativa pretendo dar énfasis en cómo se produce y legitima la relación de dominación cuando se da por medio de la violencia desde la perspectiva de los participantes, así como también las formas en que los adolescentes que han participado intentan resistir a estas formas de dominación, e intentan configurar sus propias prácticas de la masculinidad. [38]

## 4. Metanarrativas

### 4.1 Primera metanarrativa: la construcción de identidad(es) masculina(s)

Las narrativas de Fabio y Mario logran dar cuenta de ciertos aspectos que ellos denominan como identitarios, en alguna medida, de su masculinidad. Fabio señala como una característica esencial en su proceso de construcción de la masculinidad la capacidad de movilizar una serie de recursos subjetivos para abordar las experiencias traumáticas sufridas en los episodios de violencia que le tocó vivir:

"(...) en mi caso, el ser hombre me llevó a darme cuenta de todas las cosas que habían pasado, para yo poder hablarlo, para yo poder haber contado lo que me había pasado cuando era más pequeño (...) ser hombre para mí se relaciona con ese tema, cuando uno se da la fuerza para saber que es persona también, y que está seguro de lo que uno es" (Fabio). [39]

Para Fabio la masculinidad se produce en un hacer y en un actuar, en su caso particular tiene que ver con la acción de superar una experiencia terriblemente traumática. Él es capaz de construir el género, su género, por medio de los mismos actos que a la vez producen y configuran su propia versión de la masculinidad:

"Todo esto que me sucedió me cambió, yo quise ser más, y me ayudó mucho, me sirvió como una herramienta, yo quiero ser hombre, quiero ser un buen hombre en la forma que yo lo entiendo, y cómo yo quiero conformar ese hombre, y cómo yo quiero alcanzar a llegar a ser" (Fabio). [40]

Sin embargo la producción del propio género a través de la "performance" de éste, no es un acto puramente volitivo ni independiente. Performar la masculinidad está sujeto a ciertas prácticas sobre lo que es socialmente esperado de los hombres, demandando una necesidad constante de establecer una diferencia que permita establecerse como tal. Al respecto Mario señala lo siguiente:

"(...) comencé a trabajar a los siete años. Ahí como ayudante en la construcción y después, a los 11, ya sabía hacer cosas como los maestros de albañilería, carpintería, gasfitería. A los 15 sabía leer planos, ya sabía hacer los trabajos que hace un trazador, un arquitecto (...) después me empecé a perfeccionar más en el trabajo y de ser ayudante pasé a ser un maestro y enseñarle a adultos algunas veces. No les gustaba que les enseñara un niño chico, pero igual les enseñaba" (Mario). [41]

Que la masculinidad se constituya por medio de una performance constante en la búsqueda de esta diferenciación del otro, implica al mismo tiempo la producción de asimetrías en las relaciones no solo con *el otro género* sino que también entre un mismo género. En el caso de Mario, pese a sufrir la violencia del padre y tener que someterse a él, encuentra en esos espacios de

sometimiento (entendiendo por éste la obligación que él tiene de comenzar a trabajar a los siete años) donde logra encontrar un espacio social que le permite diferenciarse a partir de su capacidad de aprendizaje y de las habilidades que logra desarrollar en el ámbito de la construcción y la albañilería, rubros tradicionalmente masculinos. De esta manera es posible dar cuenta que la *identidad masculina* no es única, ni unitaria, ni continua, se produce localmente en relación al contexto en que se encuentre, ya que está siempre planteada en un sentido relacional. Sin embargo el origen de estas identidades pareciera quedar supeditado a una potencia transformadora del propio sujeto en torno a ciertos aprendizajes que éste logra hacer desde el contexto:

"De chico siempre compartí con personas que eran malas. Por ejemplo ladrones, traficantes, estafadores y cosas así (...) Tenían que tener siempre cuidado que no llegara la policía y yo aprendí de los errores de ellos y de algunos errores míos. El modelo para ser hombre, era yo mismo, aprender de la vida y las cosas que me daba. Ese era como el modelo de ser hombre, ser alguien que no cometiera los mismos errores que ellos" (Mario). [42]

En este espacio Mario problematiza la categoría de víctima de violencia como un sujeto pasivo. Mientras esta categoría supone siempre un sujeto que es golpeado, vale decir que vive el acto de la agresión desde la voz pasiva del lenguaje, Mario, en la cita recién expuesta, propone una *versión activa* de la víctima de violencia, que si bien se encuentra a merced del agresor en tanto existe una desigualdad en la distribución del poder, y desde ahí es que el otro puede legitimar la agresión y la violencia, la forma en que esta agresión se vive y se subjetiva, puede ser transformadora del contexto.

"La violencia que sufrí con él afectó mucho en mi vida. Pero así como me afectó, también me ayudó, por ejemplo, al principio es como siempre las preguntas – por qué a mí, por qué me pasó, no quiero hacer nada en la vida – uno se deprime, y como que en eso afecta más, en el lado emocional y psicológico, es como que después de que te sucede algo, tú intentas como hacerte más el pobrecito (...) Al principio todo es así, porque son juegos que pasan en la mente, y uno piensa que realmente está enfermo, pero al final, yo soy súper auto-crítico, voy asimilando las cosas como para poder ayudarme, si aquí uno no se ayuda, ¿quién más?" (Fabio). [43]

Es la problematización de la categoría de víctima lo que permite a Fabio y a Mario erigirse bajo el significante hombre. Esta acción transformadora se genera en la medida que se produce un cobro de conciencia en relación al daño y al padecimiento de la opresión que el ejercicio de la violencia trae como consecuencia.

"Yo viví mucho maltrato infantil, violencia intrafamiliar, a muy temprana edad, aprendí lo que era bueno y lo que era malo, y la violencia fue el principal factor de lo que era malo, porque mi padre siempre llegaba ebrio a la casa, rompía todo y eso es desde que tengo memoria" (Mario). [44]



Desde ahí construir una masculinidad diferente a la de quien ejerce la violencia, implica estrategias que permitan crear nuevos modelos normativos de masculinidad como nuevas identidades de género alternativas a las que aspirar. Estos modelos normativos, en primera instancia, se pueden entender como puntos de referencia que se constituyen en relación a una masculinidad hegemónica (CONNELL & MESSERSCHMIDT 2005). Estos puntos se establecen como posibles destinos para la masculinidad, pero que operan por medio de una diversidad de estrategias y prácticas. La construcción de un modelo de masculinidad opera como un complejo que va más allá del mero reconocimiento de estereotipos; involucra el reconocimiento de jerarquías internas entre masculinidades, hace explícita la articulación de formas de masculinidad articuladas entre lo local y lo global, aborda problemas relativos a los privilegios y al poder dentro de la sociedad patriarcal, y que al mismo tiempo funciona como un complejo dinámico (CONNELL & MESSERSCHMIDT 2005). La idea de modelo queda atrapada como un proceso de constante reconfiguración que por un lado articula el contexto social de lo hegemónico respecto a la masculinidad, y por el otro la experiencia subjetiva del individuo: el trauma, el deseo, la historia, etc. [45]

En el caso de Mario, su construcción de modelos de masculinidad se producen en torno a la satisfacción de demandas vitales en el entorno familiar, definiendo una forma de performar la masculinidad como "ser hombre es ser alguien maduro, que tiene más responsabilidades, y que ya tiene que estar en el campo laboral, que tiene que hacerse cargo de sus cosas" (Mario), con un hacer que precisamente se orienta hacia esos objetivos:

"(...) he aprendido hartas cosas, como por ejemplo a arreglar cosas como televisores, refrigeradores, DVD, esas cosas electrónicas. Eso lo aprendí porque tenía que saber de todo para sobrevivir, porque si sabía una pura cosa y no había trabajo en eso, era como que me iba a morir de hambre. Era como un método de supervivencia que tenía: aprender de todo" (Mario). [46]

Fabio, aunque en la misma lógica de diferenciarse de esa masculinidad violenta, sitúa sus modelos normativos en un plano diferente al de Mario, donde la masculinidad no está definida por hacerse cargo de las demandas materiales del otro, sino de las afectivas. Fabio pone en una perspectiva histórica ciertos cambios en la construcción de una identidad masculina que determina estos nuevos modelos a los que él apunta:

" (...) con la gente, yo era súper ostra, cerrado con la gente y con los demás, no me gustaba que se me acercaran (...) ahora de mi punto de vista de hombre, creo que hay diferentes aspectos, yo igual, independientemente de todas las cosas, si hay alguien que necesita algo, sea mujer sea hombre, cualquier cosa, trato de ayudarlos. Eso es de hombre, proteger" (Fabio). [47]

La protección del otro como elemento fundamental de una masculinidad construida en un contexto de violencia, incluso abarca el proyecto laboral a futuro de Fabio, quien señala que planea estudiar psicología, una carrera que él vincula

a tareas asociadas al modelo patriarcal de la feminidad, como por ejemplo son el cuidado y los afectos. De esta forma esta "característica femenina" de la psicología queda subvertida en tanto el componente de protección que Fabio le supone a la masculinidad, tiñe también el ejercicio clínico de la psicología, interrogando el carácter eminentemente femenino que se le ha dado a la psicología en su contexto. [48]

Cuando comenzamos a abordar el problema de la construcción de la masculinidad, advertimos del problema que la noción de identidad podía provocar en su análisis. Asociada siempre a una reducción psicológica y homologable a ciertos aspectos de la personalidad, la identidad es un concepto que ofrece ciertas resistencias, como lo plantea HALL (2003). Pese a que la identidad ofrece una ilusión de continuidad en el sujeto, si le damos el trato que cualquier construcción social puede recibir, la noción de identidad de género puede abrir algunas discusiones interesantes para pensar el problema de la violencia y la constitución de una masculinidad con los adolescentes que han participado de esta investigación. Judith BUTLER (1990) plantea a la identidad de género en una doble faceta, por un lado puede parecer un aspecto descriptivo de la propia experiencia como un sujeto de género, mientras que al mismo tiempo se establece como un ideal normativo de lo que culturalmente se espera que el sujeto sea y haga a partir de su configuración anatómica. [49]

Cuando Fabio habla de su propia masculinidad, y la compara con lo que se le ha transmitido a nivel familiar/social, es posible apreciar esta doble dimensión de la identidad de género:

"La tradición que el hombre tiene que ser así, como que uno va clasificando y enumerando lo que los hombres hacen, es como escribir una receta de cocina, cuando ponen – haga esto, haga esto, esto y esto, para que obtenga esto –. Pero para mí no es así, para nada" (Fabio) [50]

Esta idea de la *receta de cocina* resulta particularmente útil para pensar el problema de la identidad como un ideal normativo ¿Qué ocurre con las prácticas que caen fuera de la receta de cocina? ¿Cómo son significadas por el propio sujeto? ¿Qué ocurre con ellas en el espacio social? La identidad entonces puede convertirse en una sutura entre los discursos y las prácticas que tratan de interpelar al sujeto y los procesos que permiten al sujeto construir una narración sobre sí mismo, de esta forma la identidad es un punto de adhesión temporal de distintas posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas del sujeto. La sutura de la identidad funciona más como una articulación con un otro que un proceso unilateral (HALL 2003). ¿Qué puede ocurrir entonces cuando ese otro que necesito para construir la identidad, aparece mediante una relación explícitamente violenta? Para el caso de los informantes que han participado en este proyecto, uno de esos otros convocados aparece en una relación significativa mediada por violencia explícita y de larga data. No son episodios puntuales ni de corta duración, sino relaciones de violencia y de dominación, que se han extendido por largos periodos de tiempo. Para Mario y Fabio esa sutura,

por medio de distintos discursos y prácticas, produce una serie de prácticas transformadoras de su contexto. Mario al respecto señala:

"La mayoría de los niños que vivieron violencia intrafamiliar, maltrato infantil, cuando son grandes repiten la historia, pero hay personas como yo que no quieren repetir esa historia (...) para mí, repetir las cosas que hizo mi papá era como convertirme en mi papá, y es lo que más odio, ser como mi papá. Ser diferente a él es como ganar la guerra del universo, no convertirme en él" (Mario). [51]

En su caso el ideal normativo que puede ser la identidad masculina, implica una serie de prácticas de diferenciación respecto al modelo de masculinidad que su padre representa. Para Fabio, sus experiencias como víctima de violencia también suponen la instalación de suturas significativas con ese otro para configurar ese ideal de masculinidad. [52]

#### 4.1.1 Sobre el binarismo, la sexualidad y la compartimentalización del género

Ambas narrativas en algún momento, de una u otra forma, se acercan a la configuración de la sexualidad en el propio cuerpo. Mario interroga y problematiza el cuerpo de los hombres, a través de sus propias experiencias encarnadas respecto a la masculinidad, diversifica lo que se puede entender por un cuerpo masculino.

"Yo aprendí más solo que lo que me enseñaron, porque mi papá es muy machista, un hombre delicado para él es gay u homosexual, así que como yo era más delicado que los otros hombres, creía que yo era gay. Hombre no es alguien que sea bruto, como él cree. Él cree que los hombres son brutos, que para lo único que sirven era para trabajar y la mujer en su casa, haciendo las cosas, esa era como la mentalidad de él, pero yo siempre fui lo contrario, siempre fui como más delicado, me gustaba hacer las cosas, si él me pillaba haciendo aseo o cosiendo ropa creía que yo era gay" (Mario). [53]

Mario ve que su contexto social atribuye la construcción del cuerpo a partir de la división sexual del trabajo: los cuerpos de los hombres se producen en la construcción, en la albañilería, en las tareas consideradas socialmente como *pesadas*, mientras que los cuerpos de las mujeres se configuran en el trabajo doméstico, que a su vez se consideran implícitamente como *tareas livianas*. Él sin embargo, circula por un terreno intermedio, donde es capaz de realizar ambas prácticas de forma simultánea, convirtiéndose en un foco de conflicto con su padre, del cual probablemente emergen nuevos episodios de violencia. Problematizar la división sexual del trabajo requiere de un compromiso ético por parte de Mario.

"En el entorno que vivía antes todos hablaban así<sup>3</sup>, por eso me trataban de raro, y yo le explicaba que no me gustaba ser así, no me gusta ser igual a los demás, me

3 Mario se refiere a esta forma de hablar de la siguiente manera: "no sé si ha escuchado muy bien a los jóvenes como hablan, la forma que hablan, los modismos que ocupan (...) por eso me gusta expresarme bien, no así como *oe hicimo esto no va conmigo*".

gusta ser diferente, sobresalir entre los demás, no ser igual como ellos. Por eso de repente me dicen 'oye tú, por qué hablas así'. Algunas personas, por mi voz fina me dicen 'oye hablas como mujer'. En el teléfono, contesto y me dicen *niña* a veces. Igual no me pasa nada con eso, les digo que no soy mujer, que no soy niña. Lo digo riéndome de repente (...) a mí me gusta mi voz, no me gustaría tener una voz más ronca, me gusta como es y si alguno cree que es como de niña, les explico que no es de niña" (Mario). [54]

Mario llega a incorporar características femeninas a la construcción de su propio cuerpo, reconociendo su tono al hablar, la forma de moverse, la manera en que él configura su musculatura, atributos tradicionalmente femeninos, sin perder por eso lo que él significa como una identidad masculina y heterosexual. [55]

Fabio, quien se reconoce a sí mismo como gay, problematiza del binarismo de la sexualidad desde un lugar diferente, deslocalizando la construcción del género en la anatomía como causa y destino.

"(...) uno siempre cuando empieza, es como que piensa – no porque soy homosexual voy a ser más mujer – uno siempre lo lleva todo de la mano, pero no es así realmente. Pueden decir que tiene cosas más de mujer, o la hormona más de mujer desarrollada, es como totalmente diferente. Porque una cosa es el género que te gusta, y otra cosa es como tú lo vives, como tú te muestras a los demás, o como las cosas que tú haces independientemente de la atracción física. Lo otro es lo emocional, lo que tú llevas dentro, y cómo tú lo haces notar. Por ejemplo en mi caso, si me costó también darme cuenta y separar todas esas cosas, pero ahora ya está eso arreglado. Soy hombre" (Fabio). [56]

Mientras que Mario propone una mixtura de rasgos para construir una especie de masculinidad *integral*, Fabio propone una especie de psicologización del género, donde la experiencia es fundamental para producir un sujeto masculino o femenino. Pese a la diferencia en las estrategias de construcción de la masculinidad, ambas narrativas toman un camino en común: la construcción de la masculinidad, como una u otra vía, solo se puede hacer a través de una acción puesta en práctica, la masculinidad debe ser performada de forma constante, a riesgo de diluirse y difuminarse con la idea de un otro, del cual la diferenciación es fundamental para lograr constituirse como un hombre. [57]

#### **4.2 Segunda metanarrativa: masculinidad, poder y resistencia**

Cuando se le da una primera lectura a las narrativas de Mario y Fabio, poniendo un foco sobre lo que dicen respecto a la masculinidad y el poder, pareciera que lo que determina la masculinidad hegemónica son ciertos atributos deseables que los hombres deben cumplir. Estos atributos deseables parecen provenir en primera instancia, desde el núcleo familiar y orientado hacia la acción para con este mismo grupo.

"El formato de ser hombre que me enseñaban, para mi ahora es como ser un cavernícola, que lo único que sabía es trabajar, dejar a tu señora en casa, haciendo

las cosas y que el hombre llegara a la casa, y no colaboraba en nada, solamente poniendo la plata como lo hacía mi papá y no aportar nada en la casa: no hacer aseo, no cocinar, eso es como ser muy cavernícola" (Mario). [58]

Sin embargo la dominación, y desde ahí la constitución de la hegemonía, no radica en proponer un contenido o un atributo como deseable, vale decir, no es la pura propuesta de un ideal de masculinidad, sino la dominación se estructura en las estrategias desplegadas para orientar las acciones del otro a través de una guía o una imposición a través de la fuerza física. En este sentido Mario identifica en su padre un modelo de hegemonía completamente coercitivo, donde la desobediencia se castiga de forma activa y explícita, sin mediar encubrimiento alguno.

"Si a él no le gustaba la comida que le servía, si no le echaba la sal justa que a él le gustaba, daba vuelta la mesa con los platos, con todo encima. Siempre nos maltrataba físicamente, psicológicamente, buscaba e inventaba un maltrato nuevo para hacernos. Éramos como sus esclavos" (Mario). [59]

En el contexto social en que Mario está inmerso, la hegemonía se establece a través de *pruebas de masculinidad* que tienen relación con una jerarquía de valores asociados a actividades *ilegales* como lo son el consumo y venta de drogas, solo por nombrar algunos.

"De chico siempre compartí con personas que eran malas. Por ejemplo ladrones, traficantes, estafadores y cosas así. Los hombres que estaban cerca de mí eran para mí brutos y no inteligentes, querían la cosa rápida, al tiro y fácil. No se daban cuenta que hacer las cosas con paciencia era mejor que hacer las cosas fáciles, como por ejemplo, traficar [drogas] era plata fácil pero dormían mal. Tenían que tener siempre cuidado que no llegara la policía y yo aprendí de los errores de ellos y de algunos errores míos" (Mario). [60]

Así la masculinidad hegemónica se refleja en el éxito económico y la ascendencia dentro de su barrio, como precisamente lo representa su padre, a quien Mario describe de la siguiente manera:

"Le caía bien a harta gente, no sé cómo lo hacía, pero él conocía a harta gente. Siempre era conocido por distintas poblaciones, y era muy respetado, eso yo creo que sería lo que salvaría de él. No sé qué le veían, quizás era por miedo". [61]

Mario interroga esta forma de hacer masculinidad, subvierte los valores que le entrega su contexto social, creando una escala de valores propia que se fundamenta en distintos lugares que se encuentran fuera de ese espacio: el colegio, el deporte, logros académicos, intelectuales, etc. De esta forma problematiza la categoría de masculinidad que le ofrece su entorno y logra producir algunas estrategias de resistencia, las cuales a su vez, le permiten pensar nuevas masculinidades alternativas al modelo hegemónico de su contexto social.

"La forma de demostrar mi hombría es dar cuenta a las personas que a pesar de todo lo que pasé, salí adelante. Enfrenté todo mi temor, y las cosas que me ponían en el camino, difíciles, las pude enfrentar, salí adelante a pesar de que la vida es difícil, que no es fácil para nadie. Por eso demostrar mi hombría es que me vean ahora como estoy, bien, a pesar de todo lo que pasé, que vean, que sepan que yo no seguí el mismo camino que otras personas, por decirlo así más débiles de mente, siguen. Yo nunca quise seguir ese camino y estoy siguiendo mi vida hasta ahora, pienso seguirla siempre y no ser como mi papá, no ser un bruto, y ser más inteligente" (Mario). [62]

La situación de Fabio es distinta. Quien lo agredió no ostentaba una forma de masculinidad que fuese admirada en su contexto ni que tampoco se acercara a los cánones de masculinidad hegemónica.

"A él siempre los papás le daban todo el apoyo, le compraban todo, le daban todo. No hay nada de él que me gustaría repetir en mi vida. Él no llegó a ningún lado. Independientemente de que él me abusó y cosas así, si yo fuera una persona ajena, yo no lo haría tampoco, porque es un delincuente, es drogadicto, no tiene vida, no terminó los estudios, no terminó nada en su vida, y ahí quedó. ¡Yo no lo haría! Porque es todo negativo, no tiene nada que ver con un modelo de hombre para mí" (Fabio). [63]

La relación de subordinación de Fabio respecto a su primo se justifica desde otro lugar, en primera instancia porque no es solo violencia física, sino acompañada también de violencia sexual, y en segunda instancia, porque no se sostiene únicamente en la agresión, Fabio da cuenta de formas de intimidación que se producen de forma indirecta y que están mediadas por prácticas diferentes a los episodios de violencia.

"Cuando era más chico él me atemorizaba, me daba miedo, como vergüenza, como respeto si se pudiera decir. Me intimidaba. Yo ni siquiera lo miraba nada, ahora lo puedo decir. Sentía que se burlaba de mí, aparte que toda mi familia lo ayudaba a él, yo pensaba cosas como – todos lo ayudan – lo ayudaban porque todos intentaban que él saliera de donde estaba metido, yo pensaba – está enfermo – mi mamá lo ayudó bastante. Para mí era como – hablo y va a quedar la escoba – igual después de todo eso, yo lo vi más por mí, ahí decidí hablar. Pero igual él me intimidaba bastante, por las cosas que yo veía que hacía también. Por ejemplo, yo iba a la calle así como en octavo básico, y yo lo veía que estaba asaltando a señoras, fumando marihuana en la esquina, y a mí me daba pavor, yo decía quizás ya no me va a hacer nada, porque ya como está en la casa metido y todo, pero va a mandar a alguien, no sé, vivía aterrorizado" (Fabio). [64]

Así las asimetrías en el poder se producen en este caso por dos motivos. Primero porque el primo de Fabio pareciera ser, durante al menos un tiempo, impune respecto a determinadas prácticas que se encuentran socialmente sancionadas, pero que dentro de su núcleo familiar estarían justificadas y subvencionadas. En segundo lugar pareciera ser que, dado el carácter problemático del primo de Fabio en su entorno, este último pareciera pensar que

la denuncia de la situación de violencia y agresión no podría ser soportada a nivel familiar, siendo al menos por un tiempo, más económico para Fabio mantener la relación de subordinación frente a su agresor que problematizar la situación para modificar el contexto social-familiar. [65]

Al mirar el párrafo anterior, es posible dar cuenta de que tanto la impunidad del primo de Fabio respecto a sus conductas delictivas y consumo de drogas, como la mantención de una economía familiar que no es conveniente para sí, están unidas mediante el factor tiempo, según lo denomina Fabio:

"Igual pasó mucho tiempo, ese tiempo no pasó en vano. Si lo hubiera hablado antes, quizás hubiera sido todo peor. Me sirvió haber esperado tanto tiempo. Así me pude dar fuerzas para hablar, yo sabía que iba a haber repercusiones: principalmente mi familia y obviamente deterioros en mi persona, el darme un poco de fuerza para no sentirme tan indefenso. Entonces como que de ahí surge todo. El tiempo me ayudó bastante, a darme cuenta y aclararme a mí mismo – ya Fabio, vas a hacer esto, esto otro, vas a seguir así –. Igual hubieron repercusiones, obvio, pero que el tiempo y los sucesos que fueron ocurriendo, ayudaron a no destruirme tanto, encuentro yo" (Fabio). [66]

El tiempo funciona como una estrategia de resistencia en sí misma, no solo porque la acumulación de tensiones se llega a hacer insostenible en determinado momento, sino que le otorga la posibilidad a Fabio de generar narraciones y relatos respecto a su padecer y a la relación de dominación/subordinación que tiene con su primo. Estas narraciones son las que le permiten hacer de alguna manera la denuncia de las agresiones a las cuales estaba sujeto, cuyos efectos se traducen en el término de estas prácticas de abuso como también el inicio de un proceso de reparación psicológico y social para Fabio. [67]

#### *4.2.1 Algunas discusiones sobre la masculinidad hegemónica, contextos y límites de la noción*

Comprendiendo que la noción de masculinidad hegemónica es un concepto principalmente histórico, vale decir, que intenta evitar cualquier tipo de definición trascendental, la búsqueda de las resistencias permite que nos posicionemos desde una perspectiva relacional con respecto al poder, como ocurre con las construcciones de género, evitando una formulación de un concepto o teoría del poder, lo que nos aleja de una posición esencialista y naturalizante de éste (RAMÍREZ 2005). En el caso de los participantes de esta investigación, incluso aparecen masculinidades que en un contexto más amplio no se acercan a modelo hegemónico alguno, pero que en los microcontextos logran emerger como poderosas y potentes. En particular este es el caso de Fabio, cuyo agresor, como lo denomina él, en una definición *amplia* de sociedad, no tiene relación alguna con el modelo hegemónico de masculinidad, pero al observar en el contexto familiar, la relación de dominación se produce porque el agresor de Fabio logra capitalizar ciertos atributos sociales, que pueden ser deseables o no, cuyos efectos desembocan en la sensación de intimidación que Fabio vivía frente a éste, y que ha descrito en un extracto de la narrativa publicado en este informe.

Esto solo se produce porque la hegemonía, especialmente en un contexto de género, se plantea siempre en una dimensión relacional, en tanto responde a una superioridad social que se adquiere a través del conflicto de diferentes fuerzas, conflicto que se extiende más allá de la pura fuerza bruta y que alcanza desde la forma en cómo la sociedad organiza sus procesos culturales hasta la vida privada de sus individuos (CONNELL 1987). [68]

La masculinidad hegemónica se plantea de forma muy diferente a la noción de un rol sexual masculino específico. Mientras que el rol sexual se define dentro de determinadas características, como lo pueden ser la etnia, la heterosexualidad, la clase social, etc., la noción de masculinidad hegemónica implica una estructura social que configure y soporte los roles sexuales. La masculinidad hegemónica no se constituye como un arquetipo, estereotipo, ni ninguna otra forma de tipo. La masculinidad hegemónica es el sustento del poder que se ejerce desde la superioridad masculina, asimismo implica una gran cantidad de hombres y mujeres que estén dispuestos a sostener la hegemonía, pues al no ser un dominio impuesto desde la exterioridad (dígase por la fuerza) implica un consentimiento de parte importante del contexto donde se produce (CONNELL 1987). [69]

El caso de Mario es radicalmente diferente, pues su padre si ocupa un lugar de hegemonía en un contexto que abarcase un espacio social más amplio, como era el barrio donde éste vivía junto a él, sin embargo, la hegemonía que ostenta su padre queda restringida al contexto de ese barrio. [70]

El modelo de hegemonía, en este caso, se sostiene en un doble juego respecto a la masculinidad: los privilegios y las exigencias sociales a las que se enfrenta (RAMÍREZ 2005). La mantención de la hegemonía implica un costo, Mario lo señala en partes de su narrativa como ciclos de alternancia del poder entre los actores sociales de su contexto:

"Habían personas en mi entorno que cometían errores y se daban cuenta, algunos se arrepentían y sabían las consecuencias que traían cometer esos errores, e igual me daban consejos, me decían: no hagas esto, mira como estoy ahora, y yo seguía esos consejos y hartos ejemplos que me daba la vida, de ver a las personas, que un día lo tenían todo y al otro día no tenían nada. Un día eran respetados, y al otro día ya estaban votados en la calle, así que aprendí muchas cosas que me dio la vida, por decirlo así" (Mario). [71]

Estos errores que Mario señala, corresponden a ciertas prácticas que momentáneamente les permiten sostener un dominio sobre el resto, pero que son insostenibles en el largo plazo a partir de lo que Mario plantea, señalando el consumo de droga (pasta base) como ejemplo de esto:

"Habían otras cosas donde uno dice que va a probar su hombría cuando te incitan a las drogas por ejemplo, te dicen ya: fúmate un pito o si no eres maricón te decían, jala, hazle a la coca, a la pasta base, o si no, no eres hombre, cosas así (...) y yo prefería mil veces quedar por eso o quedar por tonto a hacer lo mismo que hacían



ellos (...) había gente que le hacía porque creía que era bacán, gente que tenía mucho dinero y tenía muchos recursos para salir adelante, y le hacía a eso y después de ser el mejor, pasaba a ser el peor de todos" (Mario). [72]

Para responder a las formas en que se ejerce el poder desde un modelo de masculinidad hegemónica, es necesario identificar las condiciones de producción de su contexto, visualizar los privilegios y las exigencias para mantener esa posición. En palabras de RAMÍREZ (2005): "el propósito es dar cuenta de la relación, su trayectoria, sus modificaciones (...) como práctica social, de qué manera se manifiesta y si su trayectoria es unívoca o polimorfa" (p.73). [73]

## 5. Reflexiones finales

En el recorrido de este artículo que hasta acá he trazado, he querido mostrar fundamentalmente dos ideas. La primera de ellas tiene que ver con la sociedad patriarcal y el papel que juega la noción de identidad en la mantención de ésta. Si tomamos algunas propuestas de Stuart HALL (2003) y Judith BUTLER (1990), ideas que ya he descrito en la primera metanarrativa, la noción de identidad se encuentra atrapada entre dos almas: por un lado es un constructo de la psicología cuya función principal es dar una cierta coherencia interna al sujeto, mientras que por otro lado también se convierte en una estrategia de producción de sujetos homogéneos cuando se constituye como un ideal normativo, mecanismo que funciona primordialmente en términos de *identidad de género*. Sin embargo la producción de sujetos a partir de este ideal normativo no se da únicamente a través de prácticas discursivas, sino también materiales y performativas, como por ejemplo muestran los relatos de Mario y Fabio. [74]

La identidad como un ideal normativo se traza hoy en lienzos de mucha exposición. Si bien no se puede afirmar que sean globales, si abarcan una cantidad de población nunca antes vista dado el gran volumen que alcanzan los medios de comunicación hoy. Sin embargo, según lo que muestran Mario y Fabio a partir de sus narrativas, la gestión de la identidad sigue siendo local. A partir de lo que ellos nos muestran en estos textos, ambos – según la interpretación que hacen de su propia historia – configuran distintos retratos respecto a lo que la masculinidad para ellos implica, donde incluso difieren sobre lo que se les enseñaba de la masculinidad en su forma más tradicional. Sus relatos parecieran incorporar elementos locales precisos desde donde estos jóvenes logran construir su idea de masculinidad: los aspectos que aceptan, los que rechazan, los que les gustan y los que no, los que ellos proponen, etc. Para estos jóvenes las cosas no son *porque* si, no son porque se las hayan enseñado o porque solo sean tradición, y el mejor ejemplo de aquello es la analogía que hace Fabio respecto a que la masculinidad; que es enseñada como una receta de cocina donde la masculinidad es el producto de la suma de una serie de *ingredientes*, y no un proceso cotidiano donde el género, el que sea, se performa diariamente. [75]

Pese a todo esto, identificar masculinidades desde sus posiciones enunciativas es una idea que se tensiona cuando la articulamos con la noción de masculinidad hegemónica trabajada por DEMETRIOU (2001), quien plantea que durante los

últimos años los estereotipos de masculinidad se vienen homogeneizando entre sí a través de un pragmatismo dialéctico, vale decir una masculinidad hegemónica móvil, fluida, que se configura una y otra vez tomando lo que puede servirle de otras masculinidades, armando así un bloque histórico - – hegemónico de la masculinidad, que difumina sus límites como una forma de invisibilizar las estrategias de control sobre subjetividades masculinas diferentes. El fin último de este mecanismo sería la mantención del modelo de sociedad patriarcal, con la consecutiva hegemonía interna, aquella que refiere a la jerarquización de diferentes masculinidades, y externa, aquella que determina la superioridad de un género frente a otro, de la masculinidad (DEMETRIOU 2001). ¿Cómo pensar entonces una masculinidad localizada cuando el modelo de ser hombre se nos intenta presentar como transversal, a-histórico y a-cultural? ¿Cómo localizar las construcciones de masculinidad desde su lugar enunciativo? [76]

En relación a lo anterior me parece que el trabajo con narrativas como metodología de investigación, desarrolla dos aportes significativos. El primero refiere a la acción de poder desarrollar una epistemología feminista de la ciencia como una forma en sí misma de corregir las desigualdades de género. Si el conocimiento que generamos con el modelo tradicional de ciencia ya viene cargado de un sesgo estructural respecto al género, es necesario generar una nueva forma de producir conocimiento. Mi elección de usar las producciones narrativas para realizar un estudio de caso respecto a masculinidad, adolescencia y poder tiene que ver precisamente con encontrar una forma alternativa de conocimiento que, como expresé en el apartado metodológico, pudiese enfrentar el problema desde una perspectiva crítica de los modelos tradicionales de género. Desde esta óptica las narrativas de Mario y Fabio no solo muestran un proceso individual de construcción de la masculinidad, sino también se posicionan políticamente en torno a los roles masculinos que ellos se sienten llamados a cumplir, y la repercusión subjetiva y social que estas posiciones pueden tener. [77]

El segundo tiene que ver con la posibilidad de otorgar voz a sujetos excluidos de las escenas *mainstream*. Las producciones narrativas como una metodología del conocimiento situado, permiten "la revalorización de las palabras de subjetividades excluidas de las élites académicas dentro de espacios de producción de conocimiento científico" (BIGLIA & BONET-MARTÍ 2009, p.21) como una práctica que permite enriquecer los puntos de vista de cada actor/actriz social. [78]

La construcción del conocimiento lleva una responsabilidad inherente y directa respecto a la concepción de realidades, de ahí que ejercer una mirada crítica sobre procesos sociales productores de desigualdad pareciera convertirse en un compromiso ético que la investigación social no debe evadir. En este sentido los conceptos y narrativas que he presentado en este artículo intentan al menos ir en esa dirección, al hacer visible el punto de vista de dos jóvenes que han logrado construir masculinidades diferentes a los estereotipos, y las formas que encuentran de resistir a las formas hegemónicas de la masculinidad. [79]

## Agradecimientos

Ante todo quisiera agradecer a Susana ALVARADO y Ximena LAMA, quienes en el momento que se realizó la investigación eran directoras del programa FAE del Hogar de Cristo y del PRM Independencia de CODENI respectivamente, por la disposición que tuvieron durante toda la investigación a colaborar no solo con infraestructura de sus equipos y programas, sino también por la construcción crítica que aportaron a esta investigación. Asimismo me gustaría agradecer a Tomás CANO, psicólogo clínico del programa FAE, por la conducción de una de las entrevistas. Por último, un agradecimiento final para Leonor CANTERA, quien fue mi tutora durante la maestría en que desarrollé esta investigación y a Joan PUJOL por su constante apoyo en la parte metodológica del proyecto.

## Referencias

- Amuchástegui, Ana (2006). ¿Masculinidad(es)?: los riesgos de una categoría en construcción. En Gloria Careaga & Salvador Cruz (Eds.), *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp.159-184). México: PUEG/UNAM.
- Attanapola, Chamila (2005). Experiences of globalization and health in the narratives of women industrial workers in Sri Lanka. *Gender, Technology and Development*, 9, 81-101.
- Balash, Marcel & Montenegro, Marisela (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Biglia, Bárbara & Bonet-Martí, Jordi (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), Art. 8, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs090183> [Fecha de acceso: 4.10.2005].
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, Judith (1990). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Cantera, Leonor (2004). Más allá del género. Nuevos enfoques de nuevas dimensiones y direcciones de la violencia en la pareja. *Tesis Doctoral: Universidad Autónoma de Barcelona*, <http://hdl.handle.net/10803/5441> [Fecha de acceso: 30.3.2011].
- Connell, R.W. (1987). *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, R.W. (1995). *Masculinities* (2a ed.). Cambridge: Polity Press.
- Connell, R.W. & Messerschmidt, James (2005). Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender & Society*, 19(6), 829-859.
- Demetriou, Demetris Z. (2001). Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique. *Theory & Society*, 30(3), 337-361.
- Foucault, Michael (1987). *Historia de la sexualidad* (5ª ed.). Madrid: Siglo XXI.
- Guasch, Oscar & Viñuales, Olga (2003). *Sexualidades: diversidad y control social*. Barcelona: Bellaterra.
- Hall, Stuart (2003). Introducción: ¿quién necesita "identidad"? En Stuart Hall & Paul Dugay (Eds.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp.12-39). Buenos Aires: Paidós.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles (trad. de E. Casado). *Política y Sociedad*, 30, 121-163.

- Hernández, Fernando; Vidiella, Judit; Herraiz, Fernando & Sancho, Juana (2007). El papel de la violencia en el aprendizaje de las masculinidades. *Revista de Educación*, 342, 103-125.
- Jovchelovitch, Sandra & Bauer, Martin (2005). Narrative interviewing. In Martin Bauer & George Gaskell (Eds.), *Qualitative researching with text, image and sound* (pp.57-74). London: Sage.
- Kohlbacher, Florian (2006). The use of qualitative content analysis in case study research. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 7(1), Art. 21, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0601211> [Fecha de acceso: 15.7.2011].
- Martínez, Valentina & Fagalde, Mariana (2007). *Proyecto modelo de atención nivel secundario en violencia hacia la mujer*. Santiago de Chile: Centro Clínico y de Investigación Corporación la Morada y Fondo de Población Naciones Unidas.
- Martínez-Guzmán, Antar & Montenegro, Marisela (2010). Narrativas en torno al trastorno de identidad sexual: la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos. *Prisma Social*, 4, Art. 3, [http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/pdf/03\\_N4\\_PrismaSocial\\_antar\\_marisela.pdf](http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/pdf/03_N4_PrismaSocial_antar_marisela.pdf) [Fecha de acceso: 18.3.2011].
- Menkes, Catherine & Suárez, Leticia (2006). Violencia familiar ejercida en contra de los adolescentes mexicanos. *Revista Saúde Pública*, 40(4), 611-619.
- Messerschmidt, James (1999). Making bodies matter: Adolescent masculinities, the body, and varieties of violence. *Theoretical Criminology*, 3(2), 197-220.
- Messerschmidt, James (2000). Becoming "real men": Adolescent masculinity challenges and sexual violence. *Men and Masculinities*, 2(3), 286-307.
- Pérez, Eulalia (2008). Mitos, creencias, valores: cómo hacer más "científica" la ciencia; cómo hacer la "realidad" más real. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 38, 77-100.
- Ramírez, Juan Carlos (2005). *Madeiras entreveradas: violencia, masculinidad y poder: varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Zapopan: Universidad de Guadalajara.
- Santana, Ál Cano (2010). Metodología de las producciones narrativas. *Revista Mediateca Expandida*, 4, 48-53.

## Autor

Nicolás SCHÖNGUT GROLLMUS es licenciado en psicología de la Universidad Diego Portales (Santiago, Chile) y máster de investigación en psicología social. Actualmente es estudiante de doctorado en el Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Sus líneas de interés son género, masculinidades, epistemologías feministas y metodologías cualitativas de investigación social.

Contacto:

Nicolás Schöngut Grollmus

Departamento de Psicología Social,  
Universidad Autónoma de Barcelona, Edificio B,  
08193 Bellaterra, Barcelona  
España

E-mail: [schongut@gmail.com](mailto:schongut@gmail.com) o  
[nicolas.schongut@e-campus.uab.cat](mailto:nicolas.schongut@e-campus.uab.cat)

## Cita

Schöngut Grollmus, Nicolás (2013). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones [79 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 15(1), Art. 2, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs140128>.

### 5.3 *Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación.*

Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujol Tarrés, Joan (2015). Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación [45 párrafos]. Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 16(2), Art. 24. Disponible en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/2207/3810>

## Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación

*Nicolás Schöngut Grollmus & Joan Pujol Tarrés*

**Palabras clave:**  
metodologías  
cualitativas;  
investigación  
narrativa; inter-  
disciplinariedad;  
reflexividad

**Resumen:** Si bien la investigación narrativa está ampliamente establecida en ciencias sociales, su práctica concreta presenta distintas variaciones en función de perspectivas teóricas y epistemológicas. Como una forma de analizar diversas experiencias en la práctica de la investigación narrativa, este artículo analiza seis narrativas de investigadoras respecto a su aproximación y uso de metodologías y técnicas asociadas a lo narrativo. A partir de un primer análisis narrativo, el artículo da cuenta de los resultados mediante dos textos. El primero se centra en los aspectos teóricos, metodológicos y técnicos de la investigación narrativa, mientras que el segundo se enfoca en los aspectos éticos y políticos de la experiencia de las participantes respecto al uso de narrativas para la investigación. Los textos permiten abordar reflexivamente la implantación de distintas formas de investigación narrativa a partir de considerar los posibles presupuestos teórico-epistemológicos en los que se sitúa su implantación concreta.

### Índice

- [1. La emergencia de la perspectiva narrativa](#)
- [2. El qué y el cómo de "lo narrativo": sobre perspectivas y metodologías](#)
- [3. Metodología: aproximándonos narrativamente a las narrativas](#)
  - [3.1 Narrativas como prácticas de escritura compartida](#)
  - [3.2 Del análisis de narrativas al análisis narrativo](#)
- [4. Desgranando las narrativas de las producciones narrativas](#)
  - [4.1 Reflexiones sobre las narrativas y sus implicaciones metodológicas](#)
  - [4.2 Investigación narrativa y acción política](#)
- [5. Relatos metodológicos: algunas conclusiones sobre el uso de narrativas en la investigación social](#)

[Referencias](#)

[Autores](#)

[Cita](#)

## 1. La emergencia de la perspectiva narrativa

Podemos localizar el interés por el análisis narrativo a principios del siglo XX, en el campo de los estudios literarios, donde destaca la obra de Vladimir PROPP y sus estudios sobre la morfología de los cuentos rusos. A pesar de que esta obra fue publicada en 1928, no fue sino hasta tres décadas más tarde, con la traducción al inglés y al francés de su libro "Morfología del cuento", que esta perspectiva toma cuerpo en el contexto académico y universitario. En su inicio, la perspectiva narrativa desarrollada en el seno de los estudios literarios y desde abordajes como el formalismo ruso, el estructuralismo francés o la hermenéutica alemana se centran especialmente en la estructura y contenido del texto más

que en sus circunstancias e implicaciones sociales y culturales. El desarrollo de la sociolingüística a finales de la década de los setenta, ejemplificado en el trabajo de William LABOV, establece las condiciones de posibilidad para pensar en los relatos y narraciones que sirvan para el estudio de una narrativa de la vida cotidiana (CZARNIAWSKA 2004). A finales de la década de los setenta y a principios de los ochenta el desarrollo del "giro narrativo" en ciencias sociales incorpora los relatos, narraciones y narrativas como parte de sus metodologías y técnicas de investigación (ibid.). Durante esa época los trabajos de Walter FISCHER en ciencia política, y los de Jerome BRUNER y Donald POLKINGHORNE en psicología terminaron por inaugurar un nuevo campo de investigación para las ciencias sociales: las narrativas. Este campo se caracteriza por incluir al estudio del relato el proceso de su construcción, así como los esquemas lingüísticos y cognitivos que lo hacen posible (POLKINGHORNE 1988), aproximación que se consolida en los años noventa en el campo de las ciencias sociales (ver por ejemplo los trabajos de BRUNER 1991a; CONNELLY & CLANDININ 1991; POLKINGHORNE 1995<sup>1</sup>). En este punto se distinguen dos enfoques diferentes en la investigación narrativa: el análisis de narraciones versus el análisis narrativo (COULTER & LEE SMITH 2009). Mientras en el primero se resalta la noción de narración o relato, entendida como un objeto que puede ser analizado y dividido en temas y categorías (ibid.), el análisis narrativo es un enfoque de investigación cuyos datos de estudios consisten en acciones y eventos, pero en el cual es el análisis lo que permite decantar estos hitos en una narrativa (ibid.; POLKINGHORNE 1995). Así el estudio de las narrativas y también la investigación social por medio de éstas, han producido determinadas condiciones para instalar una serie de diálogos y discusiones al interior de las ciencias sociales y las disciplinas que la componen. Estas tensiones se han inscrito en diferentes niveles, abordando así problemas epistemológicos, metodológicos e incluso constitutivos de algunas disciplinas. CABRUJA, ÍÑIGUEZ y VÁZQUEZ (2000) argumentan que las diferentes propuestas del uso y concepción de la narrativa han terminado por hacer de ésta una noción polisémica y compleja, pero que a su vez ha sido tremendamente productiva. Un abordaje de la noción de narrativa que no reconozca su complejidad y riqueza, termina por reducir la noción restándole su capacidad de producir sentido en los sujetos. "Parece más oportuno interrogarse por lo que las personas hacen, qué efectos tratan de producir al utilizar narraciones y qué papel desempeña la narrativa en sus relaciones" (p.62). Con este sentido, es necesario considerar enfoques y perspectivas no tradicionales en la investigación cualitativa que permitan producir alternativas a los enfoques epistemológicos realistas, en tanto estos suprimen la posibilidad de construir sujetos que logren significar su experiencia mediante el lenguaje (CLOUGH 1989), y que al mismo tiempo permitan descubrir, contestar y deconstruir las narrativas maestras que circulan en el entorno sociocultural del sujeto (DENZIN 1990). [1]

---

1 Paralelamente a las investigaciones referidas, en 1991 se funda el *Journal of Narrative and Life History*, con el objetivo de convertirse en un espacio de discusión y difusión de la investigación narrativa y su teoría. En 1998 esta revista pasaría a llamarse *Narrative Inquiry*, nombre con el que se edita hasta el día de hoy.

Este artículo focaliza su mirada en la práctica concreta que los/las investigadores/as llevan a cabo al usar aproximaciones y técnicas narrativas, lo que nos permitirá explorar las variaciones y tensiones entre distintos marcos teóricos, epistemológicos y metodológicos encarnados en cada investigación particular. Se trata de evidenciar la necesaria reflexión teórica que fundamenta la práctica investigadora para el caso concreto de las narrativas. En este sentido, CHAMBERLAIN (2012) pone de manifiesto una preocupación por la falta de reflexión y fundamentación en trabajos que involucran metodologías cualitativas, algo que termina por oscurecer los procesos mediante los cuales se lleva a cabo una investigación. La automatización en la aplicación de técnicas cualitativas lleva a centrarnos en los resultados obtenidos más que en su proceso de producción; una práctica que, a la luz de epistemologías post-positivistas, constructivistas o críticas, supondría un poso positivista incoherente con el fundamento mismo de los métodos cualitativos (ibid.). La investigación narrativa tiene una gran amplitud y diversidad (CABRUJA et al. 2000), y carece de una normativa procedimental que podemos encontrar en otros enfoques por lo que, en palabras de CHAMBERLAIN (2012, p.60):

"For instance, anyone who has tried to work with narrative as a methodology will be aware immediately of how impossible it is to find, let alone rely on, codified practice in that field. But they will also be cogniscent of the powerful contributions that can be made through a good narrative analysis". [2]

Más que realizar una idealización de cómo debería ser el trabajo narrativo, este texto explora la práctica concreta de la investigación narrativa a partir de producciones narrativas con personas investigadoras que utilizan esta técnica. Buscamos dar cuenta de sus experiencias, considerando la diversidad paradigmática en sus enfoques, los contextos que han permitido diferentes implementaciones de lo narrativo, así como también buscamos abordar las implicancias éticas y políticas de sus propuestas metodológicas. Este artículo presenta, en primer lugar, una revisión de lo que se entiende por el uso de metodologías y técnicas narrativas en la investigación, para luego dar paso a la metodología de investigación que hemos utilizado para producir los relatos de las participantes, las producciones narrativas. Posteriormente presentamos parte del trabajo de análisis que ha seguido al trabajo de campo, y que se constituye en torno a dos ejes: el primero aborda aspectos teóricos, metodológicos y técnicos del uso de narrativas en la investigación, y el segundo está enfocado en el carácter ético-político de esta perspectiva y sus implicaciones en las experiencias de las personas participantes. Finalmente proponemos algunas consideraciones metodológicas respecto al uso de lo narrativo en la investigación, realizadas a partir de la posición epistemológica que hemos asumido, y el análisis de los relatos producidos en el curso de este trabajo. [3]



## 2. El qué y el cómo de "lo narrativo": sobre perspectivas y metodologías

CLANDININ y CONNELLY (2000) realizan una definición amplia de lo que constituye la investigación narrativa al incluir cualquier tipo de investigación que utilice alguna forma de texto o relato como unidad de análisis para comprender cómo los sujetos construyen y crean significado narrativamente. Esta aproximación, más metodológica, no toma en consideración otras cuestiones igualmente importantes en la definición de un campo de investigación. Hay una necesidad de definir los límites que lo constituyen, definiendo qué es narrativo y qué no. Problematizar la categoría de investigación narrativa implica concebirla como espacio de discusión sobre estos aspectos más que un listado de metodologías y técnicas de investigación aprobadas. La investigación narrativa como perspectiva es un espacio para dialogar sobre la relación entre los medios narrativos y la experiencia que se constituye en éstos, haciendo transparente el proceso de investigación y documentando cómo se llega a ciertas conclusiones en una determinada práctica investigativa (BAMBERG 2012). [4]

Dicho esto, ¿qué entendemos por lo narrativo? ¿Cómo se diferencia de otras formas de comunicación u otros tipos de texto? Comencemos por diferenciar la idea de narración y narrativa, que aunque son dos nociones relacionadas entre sí, poseen matices e implicaciones diferentes. Una narración se entiende como el efecto de la acción de narrar, vale decir el relato que se produce en tal acto. BAL (1985) dirá que una narrativa es aquel texto "en que un agente relate una narración" (p.13). En este artículo utilizaremos narración y relato como sinónimos, pero la idea de narrativa – a diferencia de la narración – es distinta en la medida que hace referencia a una dimensión más compleja. Una narrativa posee un potencial transformador que reside en que ésta no sólo es el contenido presente en la narración, es decir, lo incluye pero también posee una temporalidad, establece causalidades y produce relaciones, constituyéndose como una vía de acción para el sujeto (BRUNER 1991a; CAPELLA 2013; CLANDININ & CONNELLY 2000; POLKINGHORNE 1988; RODRIGUEZ 2002). Esto se debe a que la narrativa está compuesta de un texto y una historia, y aunque la historia pueda ser común a dos o más textos, aquella historia no se relata igual; cambia la secuenciación de los hechos, las metáforas, los signos utilizados, etc. (BAL 1985), convirtiendo a la narrativa en una vía de acción para el sujeto. Esto implica reconocer en una narrativa dos aspectos fundamentales de ella: primero, que al ser acción no se limita únicamente a una forma de comprensión, sino que es además transformador de la realidad. En segundo lugar, y como consecuencia del punto anterior, la narrativa estaría dotada también de una potencialidad política, en la medida que puede mantener o transformar una determinada comprensión del entorno. [5]

Al mismo tiempo, una narrativa puede tener presente una cualidad que MORSON (2003) y RODRIGUEZ (2002) denominan narratividad. Aunque parece tautológico pensar en que una narrativa posea narratividad, ambos conceptos tienen precisiones diferentes. Mientras que la narrativa es capaz de producir una trama que establece una forma de relación entre distintos sujetos y objetos, la

narratividad logra hacer lo propio desde una visión de proceso respecto a esas relaciones en base al menos a tres condiciones. Para tener narratividad en una narrativa, según MORSON (2003):

- Es necesario tener una perspectiva de proceso sobre las historias. No se trata únicamente de enumerar eventos, sino de la creación de tramas complejas. La trama permite transformar un evento en una acción, dotándola de propósito y haciéndola vinculable a acciones futuras, pero también como un efecto de acciones pasadas.
- El presente juega un papel relevante, más allá de su comprensión como una derivación de acciones pasadas. El presente tiene un peso en sí mismo, como una ubicación crítica desde en la cual nos posicionamos como sujetos para leer e interpretar nuestra historia. Esto no quiere decir que una narrativa sólo debe ser presente, sino comprender que es éste el que nos permite leer nuestra historia de una determinada manera.
- La narratividad reconoce el papel que juega la contingencia, en tanto permite la aparición de diferentes elementos en una historia. Se diferencia del azar en la medida que las acciones contingentes no aparecen desde ningún lugar, sino que se explican como efectos o consecuencias de acciones pasadas. Asimismo, tampoco es una forma de determinismo en la medida que la contingencia pasada explica y justifica una posible causalidad, pero no garantiza, asegura ni predice el curso de acciones futuras. [6]

La narratividad permite visibilizar el contexto de producción en que se construyen las relaciones entre sujetos y objetos de una narrativa. Sin embargo no necesariamente toda narrativa es capaz de mostrar estas condiciones de producción. Una perspectiva narrativa, más que la producción de una tecnología para la investigación es una forma de participar del mundo, en la medida que lo narrativo es una forma de pensamiento, y por lo tanto, una forma de relación con la realidad (RODRIGUEZ 2002). La inclusión de un grado de narratividad es al mismo tiempo una forma de llevar a cabo prácticas reflexivas respecto a la construcción de una trama en la narrativa. De esta forma pensar lo narrativo únicamente como un marco metodológico para ordenar un flujo de información en un contexto investigativo, produce una despolitización de esta perspectiva, restándole su potencial de transformación social por un lado (ibid.), así como también su potencial reflexivo. ¿Cómo podemos entonces construir metodologías de investigación narrativas que puedan hacer uso de ese potencial? Primero que todo es fundamental reconocer que optar por aproximaciones narrativas en un contexto metodológico debe implicar primero un reconocimiento de la construcción narrativa de la realidad en el sujeto. BAMBERG (2012) propone dos formas de llevar la idea de la narrativa como perspectiva al terreno de lo metodológico: uno, entender la narrativa como método – vale decir hacer investigación con narrativas – o dos, operar desde la lógica de métodos narrativos, donde la investigación es una serie de técnicas aplicadas sobre las narrativas. [7]

En el primer abordaje, la narrativa como método, ésta se inscribe como inseparable al sujeto, y éste confiere activamente el significado a otros objetos y sujetos que coexisten con él, lo que sucede necesariamente de forma interpretativa y subjetiva (ibid.). Como lo propondría BRUNER (1991a), la narrativa es una forma de pensamiento que se constituye como distinto al lógico-científico: no es deductivo, sino que a partir de la gestión de la experiencia produce significado. Para BAMBERG (2012) si llegamos a considerar la narrativa como la forma primaria en que la experiencia humana se hace significativa, entonces es correcto considerar que las narraciones que hacemos, son significativas porque reflejan las historias que nos constituyen como sujetos. En el segundo abordaje de investigación narrativa, que contempla el conjunto de métodos narrativos, la narrativa aparece como una noción más instrumental: es un esfuerzo por contextualizar la construcción del significado del sujeto (ibid.). Las narrativas son objetos de investigación, los cuales se transforman en textos que pueden analizarse desde su estructura, su contenido o su performatividad (ibid.), y que a diferencia de la narrativa como método, este conjunto de métodos narrativos no constituyen una forma de pensamiento diferente, sino una caja de herramientas que permiten levantar o construir una narrativa, pero que es instrumentalizada para el cumplimiento de otra función. Mientras la narrativa como método es una metáfora para hacer investigación desde una perspectiva narrativa, el conjunto de métodos narrativos no es una perspectiva, sino que es la narrativa como instrumento al servicio de otra perspectiva. [8]

Si queremos posibilitar la comprensión de la investigación como una praxis empujándola más allá de sus límites tradicionales, más que utilizar metodologías narrativas desde una concepción técnica de éstas, debemos situar nuestra investigación desde una comprensión narrativa de la realidad, vale decir, cuando adoptamos una perspectiva narrativa en nuestra investigación. Esto sucede en la medida que una narrativa ya no solo es una forma de comprender cómo se construye el significado en nuestras experiencias cotidianas, sino que también reconstruye y afecta esos significados (RODRIGUEZ 2002). Cuando recurrimos al uso de narrativas necesariamente nos incorporamos al lenguaje, tendemos a interpretar esas historias mientras que al mismo tiempo creamos nuevos significados para éstas (CABRUJA et al. 2000). Comprender la narrativa como una forma de investigación que es al mismo tiempo una praxis, es trabajar bajo el supuesto de que tenemos acceso a un mundo previamente construido, pero que al mismo tiempo que hablamos o escribimos sobre éste contribuimos también a su constante transformación. [9]

Entender la narrativa como una perspectiva, y no meramente como una tecnificación metodológica, permite rescatar sus aspectos políticos, relacionados con la potencialidad transformadora de la perspectiva. Un ejemplo de esto lo encontramos en el trabajo de Martin CORTAZZI (2001), quién propone la incorporación de una perspectiva narrativa en el análisis del trabajo etnográfico. Esta acción supone un esfuerzo de producir abordajes metodológicos sensibles a los contextos socioculturales, a los procesos y que obedezcan a un pensamiento reflexivo no únicamente sobre nuestros problemas de investigación, sino también respecto a nuestras posiciones sociales, subjetivas y materiales

que se establecen como condiciones de posibilidad para nuestro trabajo. Es posible producir otros abordajes metodológicos con esta misma vocación política-reflexiva, sin embargo la perspectiva narrativa tiene cierta especificidad que pone énfasis en la comprensión de la articulación de la subjetividad como un constructo que se encuentra entre lo psíquico y lo social (DAY SCLATER 2003), centrada en la dimensión de la experiencia (POLKINGHORNE 1988) y desde una perspectiva de proceso (MORSON 2003; RODRIGUEZ 2002), por nombrar algunas características. [10]

A esta línea, o sea la perspectiva narrativa con una implicación política, adscriben varios autores/as, por ejemplo DAY SCLATER (2003) vincula directamente al self con lo narrativo en lo que a la construcción de significado refiere. Asimismo la idea donde el yo o la identidad son, en algún sentido, una construcción narrativa ha sido desarrollada por, entre otros, Jerome BRUNER (1991b), Donald POLKINGHORNE (1988) o Paul RICOEUR (1980). Una narrativa cumple, en primera instancia, una función cognitiva que organiza nuestra experiencia: las formas en que puntuamos una narración y las maneras en que gestionamos la temporalidad de una sucesión de acciones, termina por transformar ese relato en una construcción narrativa. Ésta, a su vez, nos permite crear y atribuir significado a nuestras experiencias (POLKINGHORNE 1988). Sin embargo la construcción de significado supone primero una entrada a lo socio-cultural, en tanto la adquisición de lo simbólico y del lenguaje son condiciones previas a la posibilidad de significar el mundo (BRUNER 1991b). De esta manera muchas teorías sobre lo narrativo quedan atrapadas en el binarismo que se establece entre lo mental y lo social. Frente a esto, DAY SCLATER (2003, p.328) propone hablar de un sujeto narrativo que se encuentra en lo psíquico y lo social, en el sujeto y la cultura: "I have suggested that subjectivity is best seen, not as the product of anything, but in processual terms, as a dynamic state of always-becoming in the 'transitional' spaces of culture that are, at once, both cultural and psychic spaces". [11]

CAPELLA (2013) propone que el modelo narrativo reconoce la relevancia del lenguaje en la constitución del sí mismo y la significación de la experiencia, pero que al mismo tiempo mantiene la coherencia de la subjetividad individual, y que por esto frecuentemente la narrativa queda atrapada entre una visión realista de la identidad con un sí mismo preexistente a la interacción con el otro y lo sociocultural, y una perspectiva socioconstruccionista donde el sí mismo sería dependiente del lenguaje y el contexto. Por esto, si bien una narrativa se construye en un espacio interpersonal, dado el supuesto que su emergencia supone una audiencia o un otro que la escucha o lee (BRUNER 1991a), no es posible separarla del todo de un sujeto productor. De esta forma, si entendemos la narrativa como un producto de un sujeto narrativo, más que estar presente en lo psíquico y en lo cultural, la narrativa se sitúa *entre* ambas: ésta queda enmarcada en los límites de la subjetividad y lo socio-cultural, permitiendo al sujeto inscribirse de forma dinámica en los diferentes guiones culturales disponibles, al mismo tiempo que su participación en éstos es también capaz de afectarlos y modificarlos (DAY SCLATER 2003). [12]

El objetivo que nos hemos planteado en un comienzo ha sido la exploración de las experiencias narrativas de investigación, prestando atención tanto a los procesos como a sus resultados y productos. Dada nuestra concepción de la perspectiva narrativa, no sólo nos ha interesado explorar los aspectos teóricos, metodológicos y técnicos de las experiencias de las participantes. Nuestra propuesta también busca explorar los supuestos éticos y políticos respecto a la investigación narrativa, que emergen de las experiencias de las participantes. Al situarnos fuera de un paradigma positivista de la investigación, hemos buscado activamente la construcción de metáforas alternativas, que persigan lógicas ajenas al descubrimiento y la representación. Recurrir a la metáfora, y por ende al lenguaje figurado, persigue el objetivo de subvertir "las pretensiones de verdad de los lenguajes disciplinados y sus efectos hegemónicos y totalitarios, basado en una pretendida literalidad del lenguaje y una transparencia y racionalidad del saber, e instala el más modesto, localizado y parcial ejercicio del pensar" (ROMÁN BRUGNOLI 2007, §9). [13]

La relación entre un texto y la realidad en la investigación social, es una de naturaleza problemática (PUJOL 1999). Dada la predominancia de perspectivas como la discursiva, la retórica, y la Metodología Q por nombrar algunas, entendemos la centralidad que tiene el lenguaje en las ciencias sociales, y por ende la relevancia que tiene esta relación problemática. La pregunta sobre el cómo accedemos a la realidad por medio del texto, se convierte en una pregunta respecto al cómo accede el investigador o la investigadora a los significados del texto (ibid.). Siguiendo la perspectiva de GADAMER (1975), las posibles lecturas de un texto no se deben a lo que es compartido entre la persona lectora y el texto, en tanto el sujeto lector no puede escapar a las limitaciones impuestas por su estar en el mundo. Lo que hay es una distancia insalvable entre el lector o la lectora y texto. Sin embargo es precisamente esa distancia, marcada por la inescapable posición que la persona lectora ocupa, es la que permite la interpretación (PUJOL 1999). Esto sucede en la medida que una comprensión interpretativa del texto comienza desde los prejuicios y preconcepciones de la persona lectora. Como hemos expresado anteriormente en PUJOL:

"Interpretation emerges from the inevitable distance between traditions. Instead of the assimilation of one tradition by another, hermeneutics suggests interpretation as a process of exploration and recognition of the space between perspectives. One of the methodological implications of such assumptions is the impossibility of uncovering 'the author' or 'the reality' behind a text. Therefore, interpretation is not about 'uncovering what is behind' but 'constructing it' through the interaction between text and reader" (p.89). [14]

De esta forma pasamos de la metáfora del descubrimiento o develamiento, a la metáfora de la construcción, entendida como la construcción de significados entre dos o más partes. [15]

A menudo la ciencia recurre a metáforas lumínicas para dar a conocer sus misiones y objetivos. Narrativas como la alegoría de la caverna de Platón o la influencia que ha tenido sobre el desarrollo occidental el proyecto de la

Ilustración, han poblado el metalenguaje científico de nociones relativas a reflejar, aclarar y transparentar nuestros "objetos de investigación" (HARAWAY 1999). Si consideramos los siguientes aspectos: primero, que gran parte de los estudios cualitativos en ciencias sociales – como el que hemos desarrollado para este artículo – se han dedicado a investigar al sujeto, convirtiéndose en un "objeto de estudio" recurrente. Segundo, el rol central que el lenguaje ha tomado en las ciencias sociales para el estudio del sujeto, es válido preguntarse ¿podemos iluminar al sujeto? Donna HARAWAY propone que la única iluminación posible es la difracción. Ésta, a diferencia de lo refractario, no supone la devolución de una imagen idéntica y fiel al objeto. Tampoco implica una forma de transparencia donde los objetos son atravesados por la luz. La difracción es la desviación de un rayo luminoso al tocar un cuerpo opaco, así lo que vemos no es el reflejo idéntico del objeto, sino el efecto de la acción difractoria del cuerpo opaco. En palabras de HARAWAY:

"La difracción no produce un desplazamiento de 'lo mismo', como sí hacen la reflexión y la refracción. La difracción es una cartografía de la interferencia, no de la réplica, el reflejo o la reproducción. Un modelo difractado no indica dónde aparecen las diferencias, sino dónde aparecen los efectos de la diferencia" (p.126). [16]

Si los dos aspectos considerados previamente – el sujeto como "objeto de estudio" significativo en las ciencias sociales y el lenguaje como vía privilegiada para conocerlo – son articulados con la metáfora de la difracción, estamos trabajando bajo al menos dos supuestos: que ni el sujeto ni el lenguaje son transparentes ni refractarios, sino cuerpos opacos. El sujeto que emerge desde esta metáfora acá es uno al que no es posible acceder directamente, siempre está mediado por algo más, en este caso el lenguaje. Pero este sujeto es también productor del lenguaje, en la medida que es un sistema sociocultural complejo que opera en muchos y diferentes niveles (DAY SCLATER 2003). Así, una narrativa – como una producción de lenguaje – permite la entrada del sujeto al sistema poniendo en juego una serie de procesos y significados, al mismo tiempo el propio sujeto es capaz de decodificar y recodificar éstos, alterando su significado anterior (PARKER 2003). De esta forma, lo que vemos cuando miramos hacia el sujeto y el lenguaje no es un reflejo ni de su mundo interior ni de su mundo exterior, sino un desplazamiento o reconfiguración de la articulación de ambos mundos, proceso que ocurre en el sujeto mismo como el lugar que corporeiza ese proceso (DAY SCLATER 2003). [17]

### 3. Metodología: aproximándonos narrativamente a las narrativas

#### 3.1 Narrativas como prácticas de escritura compartida

Nuestro trabajo consistió en la entrevista y posterior análisis de las narrativas de seis académicos/as e investigadores/as que hubiesen tenido experiencias con investigación narrativa. Buscamos a participantes que pertenecieran a diferentes disciplinas, como una forma de considerar los aspectos interdisciplinarios que son constitutivos del giro narrativo. En este contexto, participaron académicos/as del campo del derecho, filología, estudios culturales, sociología y psicología. Al mismo tiempo una base interdisciplinaria de participantes nos permitió también evitar enfocarnos sobre problemas de investigación recurrentes de ciertas disciplinas, pudiendo mirar así experiencias de investigación narrativas sobre diferentes temas de investigación. Nuestra intención, al contar con una diversidad de posiciones tanto en usos, experiencias, temas de investigación y disciplinas, es evitar homogeneizar o naturalizar las experiencias narrativas de investigación. De esta forma se contó con las narrativas de las siguientes participantes<sup>2</sup>:

- Sara, Doctora en filología y profesora titular del Departamento de Filología Inglesa,
- Diego, abogado y Doctor en filología,
- Julián, Doctor en sociología,
- José, Doctor en sociología,
- Nagore, psicóloga y Máster de investigación en psicología social,
- Ana María, psicóloga y Magíster en psicología comunitaria. [18]

Para esta investigación hemos buscado métodos de recolección y de análisis de datos que, dentro de lo narrativo, sean coherentes con la perspectiva que hemos planteado. En este contexto, nuestras técnicas de investigación se han basado en la entrevista narrativa de JOVCHELOVITCH y BAUER (2005) y las producciones narrativas de BALASCH y MONTENEGRO (2003). Ambas propuestas parten desde lugares similares, proponiendo el uso de entrevistas no estructuradas como una forma que desde la exploración permite motivar a los participantes a producir pequeños relatos, más que a responder preguntas. Las entrevistas no estructuradas son ideales para explorar las experiencias de los y las participantes, especialmente cuando se pretende entrevistar a un número bajo de personas por un tiempo relativamente extendido (ROGAN & DE KOCK 2005). Nuestra técnica ha consistido en la realización de una primera entrevista, cuyo audio en vez de ser transcrito de forma literal es convertido en una narrativa por parte del equipo investigador, usando nuestros recursos lingüísticos (BALASCH & MONTENEGRO 2003). Esta primera narrativa se ha hecho llegar a los y las participantes, quienes tienen la oportunidad de corregir y editar el texto,

---

2 Las diferentes personas participantes han elegido si desean aparecer con sus nombres o seudónimos, así como también han elegido los diferentes títulos y/o grados académicos que los y las acompañan. Esto explica la diferencia entre las formas de presentación de las distintas participantes en este artículo.

para ampliar o re-enfocar su visión del fenómeno, devolviendo la narrativa al equipo investigador, quienes a su vez vuelven a textualizar o introducir nuevas preguntas si es necesario, transformándose la producción de esta narrativa en un proceso de co-escritura. Este proceso se lleva a cabo cuantas veces sea necesario, hasta llegar a una "finalización del bucle" (p.45), donde las personas participantes aceptan que la narrativa expresa su posición frente al fenómeno, y las personas investigadoras también han levantado información contingente al problema de investigación (ibid.). [19]

Esta práctica de escritura compartida tiene algunos objetivos concretos: en primer lugar pretende evitar la recogida de información con los participantes como un mero levantamiento de registros discursivos. La textualización de la entrevista para transformarla en una narrativa implica ya un primer nivel de análisis, en la medida que la entrevista no estructurada tiene como efecto la emergencia de abundantes pequeñas historias anecdóticas en torno al tema (ROGAN & DE KOCK 2005), y que en la textualización son reconfiguradas en función de un relato mayor. Al mismo tiempo también se busca evitar formas de entrevistas que utilicen a las personas participantes sólo como fuentes de información, y que aparezcan como limitantes, sin profundidad y carentes de reflexión (CHAMBERLAIN 2012). En segundo lugar, las prácticas de escritura compartida en la producción de narrativas proveen una alternativa a la dicotomía realismo-relativismo. Para HARAWAY (1991) el relativismo no logra ser una alternativa al realismo/objetivismo: mientras que en el realismo el conocimiento no proviene de ningún lado debido a la marginación del sujeto en el paradigma positivista, en las perspectivas relativistas el conocimiento pareciera provenir de todos lados, impidiendo así conocer los contextos donde el conocimiento emerge. Son miradas que vienen desde ningún lado o desde todos los lados al mismo tiempo. De esta forma "la alternativa al relativismo son los conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología" (p.39). La propuesta de BALASCH y MONTENEGRO (2003) se desprende de esta concepción del conocimiento para proveer una alternativa al entrapamiento que produce la discusión objetivismo-relativismo, mediante el uso prácticas de escritura compartida, donde "el conocimiento se producirá mediante la conexión parcial, localizable y encarnada con otras posiciones" (p.45). [20]

Nuestras entrevistas, dado su carácter no estructurado, no fueron llevadas a cabo por medio de una pauta de preguntas, sino en torno a ejes cuyo objetivo es poner un campo temático en la entrevista sin llegar a dirigirla (JOVCHELOVITCH & BAUER 2005). Nuestros ejes abordaron: 1. recorrido biográfico de los y las participantes para llegar a trabajar con narrativas y relatos, 2. sus experiencias con el uso de metodologías y técnicas narrativas (incorporando aspectos tales como posiciones epistemológicas asumidas, diversidad de metodologías y técnicas, problemas de investigación abordados, etc.), 3. caracterizaciones sobre sus respectivos procesos (posibilidades y dificultades, papeles asumidos por investigadoras y participantes), 4. potencialidades y limitaciones de la



investigación narrativa y finalmente 5. efectos de las metodologías narrativas sobre la construcción de conocimiento. [21]

### **3.2 Del análisis de narrativas al análisis narrativo**

Consideramos que un primer nivel de análisis, como hemos expuesto, ha sido la textualización de las entrevistas, en tanto la construcción de las narrativas supone un primer nivel de trabajo sobre ellas, donde se seleccionan y reconfiguran sus contenidos, en función del ensamblaje que se produce entre los relatos de los/las participantes y los objetivos de la entrevista. Asimismo, el trabajo con la narrativa entre participante e investigador/a implica también un proceso de análisis respecto a las formas y contenidos que se encuentran en el texto. [22]

Cada narrativa es un caso individual que se construye al mismo tiempo que se analiza. De ahí que no existe un análisis a posteriori de las narrativas, se trabaja desde ellas y no sobre ellas (MARTÍNEZ-GUZMÁN & MONTENEGRO 2010). La narrativa, como caso individual, es llevada a un segundo nivel de análisis, en donde hemos abierto estos casos individuales al diálogo entre sí, reflexionamos sobre éstos desde nuestra posición mediante la producción de nuevas narrativas que dan cuenta de los efectos de estos procesos. Estas discusiones se dan en un segundo nivel de análisis, que también toma forma narrativa. El análisis narrativo puede darse desde tres lugares (BAMBERG 2012): En primer lugar, es posible hacer un análisis lingüístico-estructural, donde se observa como dos o más eventos son unidos entre sí mediante una organización temporal. La segunda opción es hacer un análisis de la estructura cognitiva tras el texto narrativo, donde los eventos pasan a ser acciones, y éstas se organizan en virtud de tramas y esquemas que son posibilitados por el/la narrador/a. En este caso el análisis es más conceptual que lingüístico. La tercera posibilidad es hacer un análisis interactivo-performativo, donde se pone el foco del análisis en la narrativa como actividad, respondiendo a la pregunta ¿por qué aparece esto aquí y ahora? Aunque nuestra investigación se inclina por un análisis de este tipo en tanto que, con un fuerte enfoque sobre la experiencia de los/las investigadores/as, explora a la vez que difracta prácticas de investigación narrativa en un contexto académico, restringir el análisis a una tercera forma sería ignorar los aspectos semánticos y cognitivos, y por ende la complejidad de una narrativa. Más allá del método de análisis narrativo escogido, si hemos producido nuestros datos de una forma narrativa debemos reconocer el papel que esas narrativas cumplen como un esquema organizador que opera por medio de un intercambio lingüístico. Si un análisis narrativo performativo desea responder a la pregunta ¿qué hace esta narrativa aquí y ahora? (ibid.), debemos – en alguna medida – incorporar en éste las dimensiones semánticas y cognitivas que se encuentran en la producción de una narrativa. [23]

Debemos considerar que nuestro análisis está sostenido en una posición epistemológica donde el conocimiento emerge producto de conexiones parciales y localizadas (HARAWAY 1988), tanto en una dimensión social como también subjetiva, así nuestro trabajo supone la utilización de métodos de investigación,

como las producciones narrativas, que asumen el trabajo y el desarrollo de textos de campo no como una recogida de datos, sino como una práctica de producción co-participativa entre investigador/a y participante. Dada la dinámica de co-escritura propia inherente a las producciones narrativas, el trabajo de lectura y edición del texto se establece como un primer nivel de análisis narrativo. Nuestro trabajo como personas investigadoras en este punto ha sido que, a partir de los relatos presentes en esas narrativas, producir narrativas secundarias que permitan la emergencia del diálogo, la discusión respecto a la diversidad de perspectivas y matices que envuelven nuestro fenómeno de estudio. Por lo tanto en este artículo presentamos nuestro análisis como dos narrativas de segundo nivel, una primera respecto a temas teóricos, metodológicos y técnicos del uso de narrativas en la investigación, y la segunda respecto al carácter ético-político de esta perspectiva y sus implicaciones en las experiencias de las y los participantes. Hemos intentado favorecer un enfoque reflexivo como forma de abordar dos aspectos fundamentales en nuestro proceso de investigación. En primer lugar, tensionar el posicionamiento subjetivo que como investigadores/as ponemos en juego: reconocer nuestros supuestos, nuestras agendas de investigación y la asunción de determinados metalenguajes, son algunos de los problemas que se sustentan en la sujeción a la que estamos afectados por nuestros temas de estudio como investigadores/as de lo psicológico y lo social (GOUGH & MADILL 2012). En segundo lugar está el problema del poder y el control que ejercemos como investigadores/as en el proceso. Un enfoque no reflexivo niega la influencia del/a investigador/a tanto sobre el proceso como en la relación con los participantes (KAUFMAN 2013). En este sentido, tanto PARKER (2003) como KAUFMAN (2013) coinciden en que las prácticas narrativas de investigación pueden proveernos de un espacio de pensamiento crítico y de auto-reflexión. Sin embargo lo narrativo se debe plantear como una estrategia para contextualizar las relaciones que como investigadores/as sostenemos con nuestro fenómeno, el proceso de investigación y con nuestros/as participantes (GOUGH & MADILL 2012). Posteriormente proponemos algunas consideraciones metodológicas respecto al uso de lo narrativo en la investigación, realizadas a partir de la posición epistemológica que hemos asumido, de las narrativas que hemos co-escrito con los y las participantes y del posterior análisis que hemos hecho de los textos. [24]

#### **4. Desgranando las narrativas de las producciones narrativas**

##### **4.1 Reflexiones sobre las narrativas y sus implicaciones metodológicas**

La revisión de los materiales bibliográficos muestran la diversidad que existe al interior de las metodologías narrativas (CABRUJA et al. 2000) y, en general para las metodologías cualitativas, su bajo nivel de prescripción (CHAMBERLAIN 2012). Si bien consideramos que esta diversidad es una potencialidad de los métodos narrativos, la práctica concreta queda sujeta en gran medida a los principios teórico-metodológicos a los que se adscriben las personas investigadoras, haciéndose mucho más explícito el impacto de sus posiciones subjetivas y epistemológicas. En este sentido, y de forma más o menos explícita, en las diferentes narrativas de las participantes hay una primera diferencia que

salta fácilmente a la vista, y ésta es la construcción de los campos narrativos de investigación delimitados por BAMBERG (2012) y ROGAN y DE KOCK (2005), donde podemos distinguir entre la narrativa como metodología y el conjunto de metodologías y métodos narrativos. En ellos la definición está básicamente puesta entre el tipo de material que se produce en una investigación y la forma en que este es tratado posteriormente. Para José esta diferencia es clara, aunque no exclusiva, donde el contexto de investigación lo ha llevado a instalar "dobles codificaciones" como él lo llama, para articular ambas formas de investigación. Al respecto relata:

"El análisis narrativo es una forma de analizar el material que tenemos, se caracteriza por el tipo de lectura del material más que por el material que tenemos. Con esa definición yo te diría que mi análisis en la tesis no era estrictamente narrativo, sino que tenía un componente narrativo y también un componente de análisis de contenidos, porque en realidad me interesaba por un lado como se construía la biografía de formación e inserción laboral, pero intentaba identificar cuáles eran los puntos que habían marcado esa biografía" (José). [25]

Lo que hace esta diferenciación es tensionar la relación entre la recogida de datos y el análisis de éstos. La narrativa, tanto como metodología de investigación como conjunto de técnicas y métodos, ofrece estas dos posibilidades. Para Julián la narrativa se vincula con la búsqueda de trayectorias, una narrativa es por un lado amplia, en tanto tiene la capacidad de abordar temas diversos y de incorporar diferentes variables que se ponen en juego, así como también son textos densos, muy ricos a nivel discursivo. Respecto a sus experiencias de investigación Julián primero relata que él ha trabajado con narrativas como técnicas de investigación, mediante la práctica de entrevistas biográficas, pero que posteriormente los materiales han sido tratados en forma distinta. Por un lado la densidad de la narrativa biográfica le ha permitido trabajar desde perspectivas más discursivas, y por otro lado ha permitido la identificación de trayectorias y procesos. Como ejemplo, Julián sitúa estas experiencias en un proyecto sobre desistimiento de la delincuencia en hombres privados de libertad. Sobre el uso de entrevistas narrativo-biográficas, Julián comenta:

"Estas entrevistas tenían un doble objetivo, por una parte nos interesaban por su vertiente más referencial para identificar cual había sido su trayectoria, y luego en un sentido más discursivo queríamos identificar cómo interpretaban y cómo reconstruían su trayectoria" (Julián). [26]

José y Julián puntúan esa distinción entre el recoger datos y analizarlos, enfatizando que en su análisis lo que se pone en juego son una serie de decisiones personales, ya sea de una persona investigadora en concreto o de un equipo de investigación. Esta distinción repite la fractura entre lo público y lo privado. Producir datos se convierte en una práctica *para* una investigación en vez de ser una práctica *de* investigación. La narrativa pasa de un espacio público (la realización de una entrevista, la práctica de escritura u otras formas narrativas) a una suerte de laboratorio donde la narrativa pasa a ser analizada por un/a investigador/a en un contexto donde los métodos de análisis obedecen

a decisiones e intereses que provienen desde una esfera privada. Así es necesario tomar en cuenta que un análisis, ya sea narrativo o sobre narrativas, puede convertirse en una forma de dominación. Para Diego tanto la entrevista narrativa como también su forma escrita y posterior análisis se pueden convertir fácilmente en formas de dominación y colonización de la otra persona participante. En este sentido, Diego hace un paralelo entre las prácticas de investigación y la historia de la colonización española en Latinoamérica, donde la entrevista y la escritura son los mecanismos que validan la conquista y el genocidio indígena, y que son mecanismos coloniales que él mismo ha visto y reconocido que se han repetido en su trabajo, donde aborda – precisamente – tensiones respecto a la dominación y la resistencia de determinados colectivos lésbicos, gay, bisexuales y transexuales (LGBT) en Los Andes. Él narra una parte de su trabajo de tesis doctoral, donde intenta rescatar narrativas queer y post-coloniales de la zona de Los Andes. En su narrativa Diego relata un momento de intimidad con una participante que termina por quebrarse a partir de una pregunta que trae un momento complejo de su infancia. Al respecto Diego reflexiona:

"Yo publiqué esa entrevista en una revista que se llama *Lectora*. Fue una transcripción que salió bien, pero que a mí me dejó con una cosa, con un vacío, porque justamente me di cuenta que todo lo que tengo, no solamente mi investigación como trabajo doctoral, sino también mi investigación en tanto trabajo ético estaba resquebrajado ahí. De cierto modo estaba analizando esto que se llama literatura y no podía evidenciar como esta persona que escribe en otro idioma, que quiere enunciar una subjetividad, habla. (...) En este caso yo motivé que esta mujer se resquebraje, y para mí fue fantástico, yo he sacado mucho provecho académico de esta mujer al estudiarla, me duele decirlo. El hecho de que ella se haya roto frente a mí, me permitió justamente entender una serie de cuestiones que no había entendido" (Diego). [27]

Para Diego existe un fracaso en los métodos tradicionales de las ciencias sociales, narrativos o no, en el cual no se logra dar cuenta de los malestares de las personas participantes, más allá de lo que se pone en juego en un análisis. Hay una dimensión de lo no dicho, de la repetición, que no se toma en consideración.

"Te preguntas como personas como tú y como yo, a pesar de que seamos latinoamericanos, estamos metidos en occidente y cómo mi entrevista está replicando esos discursos de dolor, y cómo mi intervención hace que esta mujer se quiebre frente a mí, cómo mi interés de crear intimidad en realidad es una nueva forma de colonización de esta persona. Eso a mí me mató, y ahí me di cuenta que para ciertas narraciones es necesario hacer algo diferente al análisis del discurso, no es un detallamiento por parte del autor, sino que un acercamiento empático a estas personas" (Diego). [28]

La producción de una narrativa en el contexto de la investigación social no debe apuntar únicamente hacia el contenido de ésta. Como bien plantea José, la narrativa busca trascender el contenido. Para él hay un hecho que se construye

discursivamente, lo que BAL (1985) define como la historia en una narrativa, pero la narrativa trasciende ese hecho y busca localizar las trayectorias vitales respecto a un fenómeno determinado. En algún sentido la narrativa busca hacer preguntas teóricas frente a la experiencia de un sujeto, ya sea individual o colectivo. En el caso de Ana María, ella utiliza metodologías narrativas por medio de prácticas de co-escritura, precisamente con ese sentido. Para ella "la idea es que la narrativa también permita la emergencia de otras formas u otras teorías que puedan surgir a propósito de la experiencia de estos sujetos que están más cerca (del problema de investigación)" (Ana María). La producción de narrativas co-participativas intentan superar la dicotomía recogida-análisis en torno al dato. Por mucho que se intente incorporar o comprender los efectos que la persona investigadora puede tener en la práctica investigativa, lo cierto es que desde esa perspectiva aún perseveran las divisiones tradicionales donde no se está realmente dentro de la investigación, sino que como sujeto estamos fuera del fenómeno, y éste solo está influido por nuestra práctica. El dispositivo metodológico que montamos hace surgir determinados aspectos del fenómeno, de allí que solo tenemos una visión parcial de nuestro problema. Lo que emerge en una determinada entrevista no es un fenómeno del tipo asociación libre, sino que está mediada por el dispositivo metodológico que privilegia la emergencia de determinadas temáticas. Luego el análisis de ésta se hace bajo los mismos criterios que el sujeto investigador ha producido, apareciendo así determinados elementos y no otros. La producción y análisis de datos no son prácticas neutras sino intencionadas, por eso Ana María insiste en la utilización de prácticas de escritura compartida en la producción de narrativas, en tanto así dejamos de concebir la interferencia del investigador en el fenómeno, sino que se asume la colaboración como práctica fundamental del conocimiento, en virtud de los objetivos y agenda de la investigadora. Ana María comenta "mi idea (por medio del uso de narrativas co-escritas) es efectivamente generar condiciones para que se abran otras posibilidades de mirar este tema (su objeto de investigación)". [29]

Asoma la pregunta respecto al porqué utilizar narrativas ¿Qué oportunidades presenta? ¿Qué tipo de conocimiento producimos? ¿Qué es lo radicalmente diferente (o no) en ellas? Primero es necesario volver a la diferenciación entre la narrativa como herramienta y la narrativa como método. Mientras en la primera se asume la metáfora de la caja de herramientas, donde lo narrativo es una opción técnica y que puede sostenerse desde diferentes concepciones del sujeto y de lo social, la segunda asume la forma de perspectiva, donde el sujeto y lo social están en un constante intercambio narrativo en el cual se confiere significado a la realidad (BAMBERG 2012). En este sentido es la segunda posibilidad – la narrativa como método – la que permite la producción de un conocimiento diferente. Nos parece importante comenzar a hablar, o diferenciar, la investigación narrativa no como las prácticas investigativas que utilicen métodos narrativos como la entrevista biográfica o las producciones narrativas, sino como aquellas que se desarrollen narrativamente, vale decir que su preocupación sea el rescate de la experiencia psíquica y material del sujeto, y la producción de los significados de ésta por medio de una forma narrativa. O sea, que aunque las historias entre dos sujetos puedan coincidir o ser similares, el significado – y la consecuente teorización del problema – se juega en la

articulación con el relato o la narrativización de aquello dicho, pero que también muestra aquello que está ausente. Para Diego esto ocurre en un registro similar al de la literatura donde "hay una historia que se ve y otra que se oculta" (Diego). Para él una narrativa es un texto que se constituye como una construcción ideológica, y que son aceptados o rechazados, hegemónicos o marginales, es porque se ajustan o no a "una gramática que acoge todo este sistema de poder" (Diego). La narrativa permite performar una investigación psicológica y social distinta porque más allá de su posición hegemónica o marginal, siempre tiene el potencial de movilizar algo más allá de la producción del dato. Al respecto Nagore relata que su predilección por hacer narrativas junto a las personas participantes es porque éstas "permiten devolver algo a gente asociada al fenómeno o a personas que no estén especializadas en éste, y eso a mí me parece interesante para mover ese texto, más allá de la investigación". Diego complementa esa idea con su aporte a la noción del trabajo de la persona investigadora desde una perspectiva narrativa. Al respecto relata:

"Susan Sontag decía en un libro que se llama *Ante el dolor de los demás* que una imagen puede servir para todo, y que de hecho la misma imagen ha servido para movilizar a palestinos contra israelíes, y a israelíes contra palestinos. Da igual que sea un niño muerto, políticamente se utiliza para generar algo. Esto de las narrativas de las migraciones<sup>3</sup> es un posicionamiento teórico y estratégico, porque lo que decía Sontag es que dependiendo de lo que pongas debajo del margen, tu vas a movilizar algo y a alguien". [30]

En este sentido la narrativa tiene una transitividad, entendiendo este concepto como la capacidad de transmitir algo que va en la dimensión de lo no dicho, que trasciende lo meramente discursivo, logrando instalar algo en el discurso pero a partir de lo que sucede en la dimensión de la imagen y de lo material (LACAN 1971). Para Margot PUJAL I LLOMBART (2003) este aspecto es fundamental, en tanto que la construcción discursiva, si bien ha tenido un papel político importante al permitirnos imaginar otras realidades, también ha tenido efectos depolitizadores en tanto muchas veces "ha construido de una forma falaz y fantasmagórica las posibilidades del cambio, y con ello ha generado, de fondo y de manera no intencional, cierta parálisis política" (p.132). Urge reconectar el discurso con otras formas de acción, y en este sentido el carácter de la transitividad en una narrativa, en conjunto con el trabajo "a pie de página" que propone Diego, permiten pensar en otras formas de investigar narrativamente, donde por ejemplo una narrativa, desde una perspectiva crítica y comprometida políticamente, permita poner el malestar por delante, tanto el que experimentan las personas participantes, como uno "por producir" en quien las lee. En algún sentido es un llamado a los/las investigadores/as a co-producir narrativas del malestar que aparece en diferentes problemáticas sociales ligadas a la marginalización, a la ausencia de democracia, entre otras injusticias e inequidades sociales. Narrativas que logren ser provocadoras y sean capaces de transitar ese malestar, no solo de lo discursivo, sino también desde la dimensión de lo no dicho, de lo material y de otras formas de acción. [31]

3 Este es un proyecto de investigación en el cual Diego trabajaba al momento de la entrevista.

## 4.2 Investigación narrativa y acción política

"When I was nine years old *Star Trek* came on, and I looked at it and I went screaming through the house, 'Come here, mum, everybody, come quick, come quick – there's a black lady on television and she ain't no maid!' I knew right then and there I could be anything I wanted to be" (Whoopi GOLDBERG, citada por Nichelle NICHOLLS [2001] en una entrevista a la BBC).

El apartado anterior nos permite pensar una vinculación entre la acción política y la investigación narrativa, desde la metáfora de la narrativa como método. En la sección que desarrollaremos ahora, nuestro objetivo es proponer algunas vías posibles de la investigación narrativa como la producción de un conocimiento que funciona como acción política. [32]

La referencia de Whoopi GOLDBERG con que hemos iniciado esta sección pertenece a una entrevista donde la actriz trae un recuerdo de infancia. GOLDBERG nació en 1955 y lo hizo en un momento histórico de Estados Unidos donde los roles televisivos para personas no-blancas – y particularmente para la gente negra – eran limitados, y los pocos papeles existentes se limitaban a representaciones de labores domésticas o marginales (NICHOLLS 2001). En este sentido la presencia de la Teniente Uhura en el puente de mando del *USS Enterprise* de la serie de ciencia ficción *Star Trek*, – interpretada por la actriz negra Nichelle NICHOLLS – era toda una novedad en ese contexto social, y en ningún caso es coincidencia que esto ocurriera en una serie de ciencia ficción y no en otras. Para Sara, el estudio de narrativas puede convertirse en un laboratorio que permita pensar alternativas de representación, y la ciencia ficción es precisamente un ejemplo de esto. Para ella las narrativas de la ciencia ficción muchas veces se convierten en narrativas post-género o post- raciales, en la medida que son textos donde se producen realidades alternativas. Para ella la narrativa que se produce desde la ciencia ficción:

"(...) es la literatura más auténticamente post-feminista que hay ahora mismo. No necesariamente por convencimiento de los autores, sino porque hay unos mínimos feministas e igualitarios que tienen que ver con ciertos derechos mínimos de las mujeres, y cuando tú te planteas una sociedad futura, pues esos mínimos tienen que estar" (Sara). [33]

Al respecto Sara también comenta que "como feminista me doy cuenta que es muy importante oír las narraciones vitales de otras mujeres, y de hecho una de las penas que tengo es que la literatura se queda corta". ¿Es este también un problema de las ciencias sociales, de la psicología o de la sociología por ejemplo? ¿Llegan los relatos de grupos no hegemónicos a convertirse en narrativas con voz propia? "La preocupación como investigadora literaria es que faltan muchas narraciones, y que las que contamos siempre son las mismas" (Sara). [34]

Este laboratorio de alternativas de representación no es una forma de representar que hable por un sujeto o un colectivo de sujetos, sino que es una

representación que funciona como una condición de posibilidad de identificación. Por ejemplo, en el caso de Sara hay una preocupación por los modelos sociales que se ofrecen a las mujeres por medio de las narrativas tradicionales que salen del campo de la literatura, y que es muy distinto del que se le ofrece a los hombres. Al respecto señala:

"El modelo narrativo que se le vende a los hombres no está centrado en la vida privada, evidentemente para ser un hombre completo se supone que también tienes una vida privada feliz, que tienes tu mujer, tu familia, lo que sea. Pero a las mujeres se nos vende el modelo limitado que es primero el modelo privado y el modelo público es como secundario. Entonces, ¿dónde encuentras esas otras mujeres que no están constantemente pensando en su vida privada?" (Sara) [35]

Ésta última pregunta es fundamental, porque no solo es una pregunta sobre la discriminación de las mujeres en base a un modelo narrativo cultural, sino que es también una pregunta por las limitaciones que instalan las narrativas que emergen de lógicas socioculturales hegemónicas. La producción de narrativas que logren mostrar subjetividades y formas de vida alternativas es importante en la medida que permite ofrecer otros modelos de identificación. Si la representación que se ofrece en las narrativas tradicionales respecto al género u otras categorías tienen una función normativa, el conocimiento de "las otras narrativas" permite desdibujar los límites de esa norma en forma narrativa, desde narrativas que provengan de los mismos sujetos, narrativas que no sean únicamente confesionales sino también espacios de reflexión sobre la propia experiencia. [36]

Esta idea no solo opera a nivel individual o a nivel del sujeto, desde determinadas posiciones epistemológicas las narrativas pueden convertirse en elementos desestabilizadores de relatos y narraciones para grupos o colectivos. Ana María – respecto a su investigación sobre la comprensión actual de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en Chile – propone lo siguiente:

"Allí<sup>4</sup> hay un paradigma crítico que cuestiona ese realismo ontológico que está a la base de toda esta lógica, y me permite favorecer espacios de producciones de otros relatos, que tienen la misma validez que ese que se ha posicionado hegemónicamente". [37]

Este posicionamiento epistemológico exige empujar los límites de la investigación tradicional, de alguna forma volver a la demanda de romper con esa dicotomía del dato que se recoge y se analiza. Nagore plantea esta necesidad al decir sobre una investigación respecto al trabajo asalariado y la precariedad que "no buscaba analizar los discursos existentes – mayoritarios, por cierto – sino generar discursos alternativos sobre el trabajo y darles visibilidad" (Nagore). La pregunta fundamental es el cómo hacerlo en una forma que tenga impacto. [38]

---

4 Ana María se refiere a la metodología narrativa que ella utiliza para su investigación, que son las producciones narrativas.



Hay ciertas condiciones comerciales, sociales, culturales, etc. que facilitan y se benefician de la emergencia de ciertas narrativas, como lo muestra Sara en la viñeta anterior donde se habla del modelo narrativo que se ofrece a hombres y mujeres. Producir narrativas vitales alternativas es otra forma de praxis en la investigación. LATHER (1986) pensaba en una primera forma de praxis que ocurría en el intercambio lingüístico entre persona investigadora y persona participante, y que tenía efectos sobre la comprensión de ambas partes respecto a un determinado fenómeno. Sin embargo, si en este proceso logramos escribir narrativas que sean capaces de producir subjetividades alternativas, a partir de las voces de las participantes, hay un efecto político vinculado al reconocimiento de alteridades. Es una práctica que no trata de "dar voz", sino que su objetivo es producir conocimiento a partir de "las otras voces". Para ello es necesario transparentar la agenda de investigación que nos lleva a performar semejantes prácticas, y hacerlo no solo en una cuenta autoconfesional o circunstancial. Tiene que ver con posiciones políticas asumidas que permitan desarrollar prácticas participativas, donde se comprenda a la persona participante como un sujeto activo de la investigación. Ana María construye esta posición de la siguiente manera:

"Las perspectivas de las epistemologías feministas sintonizan desde allí (la interrogación a perspectivas de investigación tradicionales) con esta búsqueda, y particularmente con el tema de los conocimientos situados de Donna Haraway, que a su vez me llevaban al lugar de mi investigación desde el reconocimiento de nuestros propios posicionamientos como investigadoras y de la posibilidad de ver al otro como un agente que construye posiciones en torno a un fenómeno determinado, que tiene que ver con sus propias experiencias, con su historia y con su posición en torno al tema" (Ana María). [39]

Esto pone de manifiesto la idea de colaboración como se hace en determinadas prácticas narrativas que fomentan la reciprocidad y la co-participación. Nagore comenta al respecto que:

"Un aspecto de la metodología de producciones narrativas que me resulta interesante es que rompe con la lógica de analizar el material empírico sobre las minorías, asumiendo una superioridad epistemológica. Al contrario, propone producir teoría sobre los fenómenos con las personas cercanas a éstos". [40]

Hay algo en la producción de textos narrativos que es radicalmente diferente cuando se asume una verdadera colaboración como base del proceso: "hay una diferencia entre decir toma, te doy mis diarios, léelos y analízalos y opina de mi vida, y construir una historia que de cuenta de lo que pensamos sobre un tema determinado" (Nagore). Dicho esto el papel de la participante se va definiendo de forma más o menos clara, sin embargo el papel de la persona investigadora sigue siendo aún difuso. Para Sara esta pregunta, la pregunta por la persona que investiga, es una por su identidad en tanto es determinante para su práctica, emergiendo así una necesidad de narrarse también a sí misma en este papel. Las narraciones que hacemos como investigadoras cuando trabajamos con narrativas que no son las propias en un sentido biográfico tiene que ver, para

Sara, con ir dando sentido a ciertas formas de vida, sin embargo en esa producción de sentido nuestra subjetividad se filtra constantemente. Para Sara estas filtraciones de subjetividad en nuestra investigación pueden y deben ser narradas: "Todo tiene una historia narrable y es tan válido preguntarse cómo se ha escrito un libro como también preguntarse cuál es el origen de algunas prácticas, como por ejemplo puede ser una tesis de la universidad". La figura de esa narrativa propia permite ir construyendo cartografías de la subjetividad, dibujando los límites entre nuestra lectura teórica e interpretativa como investigadoras, y aquellas que pertenecen a la persona participante. Sin embargo estas cartografías no deben constituirse como la construcción de fronteras entre participante e investigadora, sino que se trata de establecer costuras en las que se puedan consolidar discursos y materialidades críticas sobre los temas de estudio, por medio de la reflexión en conjunto sobre éstos. Al respecto Julián reflexiona sobre la noción de *path-dependency* y como ésta puede colaborar por ejemplo en las posiciones reflexivas conjuntas entre participante e investigadora. *Path-dependency* es una noción que Julián toma desde la ciencia política, y que él define de la siguiente manera: "¿cómo tu vida es dependiente del camino que has tomado? Si has hecho determinadas cosas que han sido producto de determinadas decisiones, pues ¿cómo esto ahora no te permite situarte en otro lugar respecto a tus decisiones del pasado?" (Julián). La reflexión sobre esta dependencia del camino trazado – traduciendo el nombre de la noción – permite en primer lugar establecer los acontecimientos materiales que el sujeto considera relevantes en la determinación de su trayectoria vital, pero al mismo tiempo permite también fabular respecto a otras condiciones de existencia respecto a su propia vida y la de otros sujetos, sentando así ciertas bases que permitan realizar una acción transformadora en el futuro. Para Diego hay una urgencia de narrar otros cuerpos y discursos que no encuentran lugar en las teorías más hegemónicas, por lo tanto la narrativa – como el lugar reflexivo que nos permite consolidar esas perspectivas críticas – puede y debe convertirse en un lugar de teorización conjunta y colaborativa. [41]

## **5. Relatos metodológicos: algunas conclusiones sobre el uso de narrativas en la investigación social**

En un comienzo hemos planteado que pese al desarrollo y establecimiento de las metodologías narrativas de la investigación social durante los últimos treinta años, sus usos y aplicaciones han sido diversos en función de las posiciones epistemológicas y las perspectivas teóricas de quienes las utilizan. Por medio del análisis de las seis narrativas que hemos presentado en este artículo, podemos reafirmar nuestra hipótesis inicial respecto al uso diverso que las narrativas presentan en las ciencias sociales, al mismo tiempo que hemos podido construir algunos matices respecto a los efectos que la articulación entre la posición teórico-epistemológica y a la producción de una metodología narrativa en concreto. Al respecto, nos gustaría sintetizar tres puntos que consideramos fundamentales para pensar algunos usos críticos de lo narrativo para la investigación social: [42]

Primero, es necesario establecer una diferencia clara entre metodología narrativa, investigación narrativa y perspectiva narrativa. El concepto de metodología narrativa hace referencia a la teoría respecto al cómo incorporar técnicas de recogida de datos o de análisis narrativo en un proceso de investigación específico. Sin embargo, investigación narrativa refiere a una dimensión diferente, es una noción más amplia que hace referencia a las prácticas de investigación que devienen de la metáfora de la narrativa como método. En la investigación narrativa, lo narrativo no es la técnica en concreto. La investigación narrativa es la acción investigativa que deriva de la perspectiva narrativa, que a su vez hace referencia a una determinada comprensión de la realidad. La posibilidad de la creación de conocimientos transformadores que funcionen como acción política, solo es posible de pensarse desde una perspectiva narrativa, en tanto que una técnica o método de investigación no es más que el desprendimiento o el efecto técnico de tales posiciones. Por último, es necesario hacer hincapié en que no solo existe una única definición de lo que puede entenderse por perspectiva narrativa, esta puede referir – por ejemplo – a la construcción del mundo mediante diferentes narrativas que emergen en los relatos, o a un modo de pensamiento narrativo en la forma que Jerome BRUNER (1991a) lo propone. [43]

Segundo, la investigación narrativa, como el proceso de producción de conocimiento que se desprende de una perspectiva narrativa, permite construir herramientas que ofrezcan una salida a la tensión de la dicotomía recogida-análisis de datos que persevera en las formas tradicionales de investigación social. Esta dicotomía no es problemática en sí misma, sino que lo es en tanto reproduce el binarismo entre lo público y lo privado como hemos mencionado anteriormente, y a su vez este binarismo es problemático en la medida que permite la colonización de la persona investigadora ejercida sobre otras narrativas. Las prácticas de escritura compartida, posiciones cooperativas sobre la investigación o la producción de narrativas dobles – donde producimos un primera narrativa en torno al fenómeno que nos preocupa y una segunda narrativa reflexiva que funcione como una cartografía de subjetividades – son alternativas posibles que – aunque no superen completamente la dicotomía recogida-análisis de datos, si permiten pensar modelos más democratizados de investigación social. [44]

Tercero, considerando el punto anterior, las narrativas también pueden ofrecer posibilidades de crítica a los discursos hegemónicos, en la medida que ofrecen experiencias corporeizadas en formas específicas de subjetividad. Esto plantea – mediante un trabajo narrativo – la necesidad de narrar otros cuerpos y de escuchar a otros sujetos que no se encuentren inscritos en los discursos sociales dominantes. [45]

## Referencias

- Bal, Mieke (1985). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Balasz, Marcel & Montenegro, Marisela (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros En Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Bamberg, Michael (2012). Narrative analysis. En Harris Cooper (Ed.), *APA handbook of research methods in psychology* (Vols. 1-3, Vol. 2, pp.77-94). Washington DC: APA Press.
- Bruner, Jerome (1991a). *Actos de significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bruner, Jerome (1991b). The narrative construction of reality. *Critical Inquiry*, 18(1), 1-21.
- Cabruja, Teresa; Íñiguez, Lupicinio & Vázquez, Félix (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisi*, 25, 61-94.
- Capella, Claudia (2013). Una propuesta para el estudio de la identidad con aportes del análisis narrativo. *Psicoperspectivas*, 13(2), 117-128.
- Chamberlain, Kerry (2012). Do you really need a methodology? *QMIP Bulletin*, 13, 59-63.
- Clough, Patricia Tiniceto (1989). Letters from Pamela: Howards S. Becker's writing (s) for social scientists. *Symbolic Interaction*, 12, 159-170.
- Clandinin, Jean & Connelly, Michael (2000). *Narrative inquiry: Experience and story in qualitative research*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Connelly, Michael & Clandinin, Jean (1990). Stories of experience and narrative inquiry. *Educational Researcher*, 19(5), 2-14.
- Cortazzi, Martin (2001). Narrative analysis in ethnography. En Paul Atkinson, Amanda Coffey, Sara Delamont, John Lofland & Lyn Lofland (Eds.), *Handbook of ethnography* (pp.384-394). London: Sage.
- Coulter, Cathy & Lee Smith, Mary (2009). The construction zone: Literary elements in narrative research. *Educational Researcher*, 38(8), 577-590.
- Czarniawska, Barbara (2004). *Narratives in social science research*. London: Sage.
- Day Sclatter, Shelley (2003). What is the subject? *Narrative Inquiry*, 13(2), 312-330.
- [Denzin, Norman](#) (1990). Harold and Agnes: A feminist narrative undoing. *American Sociological Association*, 8(2), 198-216.
- Gadamer, Hans-Georg (1975). *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Gough, Brendan & Madill, Anna (2012). Subjectivity in psychological science: From problem to prospect. *Psychological Methods*, 17(3), 374-384.
- Haraway, Donna (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Haraway, Donna (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles (trad. de E. Casado). *Política y Sociedad*, 30, 121-163.
- Jovchelovitch, Sandra & Bauer, Martin (2005). Narrative Interviewing. En Martin Bauer & George Gaskell (Eds.), *Qualitative researching with text, image and sound* (pp.57-74). London: Sage.
- Kaufman, Peter (2013). Scribo ergo cogito: Reflexivity through writing. *Teaching Sociology*, 41(1), 70-81.
- Lacan, Jacques (1971). *Escritos 1* (trad. de T. Segovia & A. Suárez). México D.F.: Siglo XXI.
- Lather, Patty (1986). Research as praxis. *Harvard Educational Review*, 56(3), 257-277.
- Martínez-Guzmán, Antar & Montenegro, Marisela (2010). Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual. De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos. *Prisma Social*, 4, 1-44.
- Morson, Gary S. (2003). Narrativeness. *New Literary History*, 34(1), 59-73.

- Nicholls, Nichelle (2001). Interviews: Nichelle Nichols, <http://www.bbc.co.uk/cult/st/interviews/nichols/index.shtml> [Último acceso: 20/1/2014].
- Parker, Ian (2003). Psychoanalytic narratives. *Narrative Inquiry*, 13(2), 301-315.
- Polkinghorne, Donald (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany, NY: State University of New York Press.
- Polkinghorne, Donald (1995). Narrative configuration in qualitative analysis. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 8(1), 5-23.
- Pujol i Llombart, Margot (2003). La tarea crítica: interconexiones entre lenguaje, deseo y subjetividad. *Política y Sociedad*, 40(1), 129-140.
- Pujol, Joan (1999). Deconstructing and reconstructing: Producing a reading on "human reproductive technologies". En Carla Willig (Ed.), *Applied discourse analysis. Social and psychological interventions* (pp.87-109). Buckingham: Open University Press.
- Ricoeur, Paul (1980). Narrative time. *Critical Inquiry*, 7(1), 169-190.
- Rodriguez, Amardo (2002). Redefining our understanding of narrative. *The Qualitative Report*, 7(1), <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR7-1/rodriguez.html> [Último acceso: 25/11/2013].
- Rogan, Ann & de Kock, Dorothea (2005). Chronicles from the classroom: Making sense of the methodology and methods of narrative analysis. *Qualitative Inquiry*, 11(4), 628-649.
- Román Brugnoli, Jose Antonio (2007). Lo que las metáforas obran furtivamente: discurso y sujeto. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 8(2), Art.12, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0702122> [Último acceso: 5/1/2014].

## Autores

**Nicolás SCHÖNGUT GROLLMUS** es doctorando en el Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona, y ha desarrollado este artículo en el contexto de su investigación doctoral desarrollada en el programa. También es profesor adjunto de la Universidad Gabriela Mistral, en Santiago de Chile. Sus líneas de interés son género, sexualidades y poder, epistemologías feministas y metodologías cualitativas de investigación social.

Contacto:

Nicolás Schöngut Grollmus

Facultad de Psicología  
Universidad Gabriela Mistral  
Avda. Ricardo Lyon 1177  
Providencia, Santiago, Chile

E-mail: [nicolas.schongut@e-campus.uab.cat](mailto:nicolas.schongut@e-campus.uab.cat);  
[nicolas.schongut@ugm.cl](mailto:nicolas.schongut@ugm.cl)

**Joan PUJOL TARRÉS** es profesor titular del Departamento de Psicología Social, miembro del grupo "Fractalidades en Investigación Crítica" y co-coordinador del Máster de Investigación e Intervención Psicosocial de la Facultad de Psicología de la UAB. Ha trabajado como profesor en la Universidad de Huddersfield (Reino Unido) y realizado estancias de investigación en la Universidad de Reading. Su investigación desarrolla una perspectiva semiótico-material y gubernamental de los fenómenos sociales. Sus temáticas abarcan el el discurso tecnocientífico, el desarrollo tecnosocial, los actuales mecanismos disciplinares y de control, la producción de corporeidad (reproducción asistida, anorexia, transexualidad, cultura rave, masculinidad) y las identidades sexuales.

Contacto:

Joan Pujol Tarrés

Departament de Psicologia Social  
Facultat de Psicologia  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Edifici B, 08193 Bellaterra, Barcelona, España

E-mail: [joan.pujol@uab.cat](mailto:joan.pujol@uab.cat)

## Cita

Schöngut Grollmus, Nicolás & Pujol Tarrés, Joan (2015). Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación [45 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 16(2), Art. 24, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1502243>.

5.4 *Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género.*

Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujal i Llombart, Margot (2014). Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género. *Athenea Digital*, 14(4), 89-112. Disponible en <http://atheneadigital.net/article/view/v14-n4-sch%C3%B6ngut/1373-pdf-es>

NARRATIVIDAD E INTERTEXTUALIDAD COMO HERRAMIENTAS PARA EL  
EJERCICIO DE LA REFLEXIVIDAD EN LA INVESTIGACIÓN FEMINISTA: EL CASO  
DEL DOLOR Y EL GÉNERO

*NARRATIVITY AND INTERTEXTUALITY AS TOOLS TO EXERCISE REFLEXIVITY IN FEMINIST  
RESEARCH: THE CASE OF PAIN AND GENDER*

**Nicolás Schöngut Grollmus<sup>1</sup>; Margot Pujal i Llombart**

**Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Psicologia Social  
schongut@gmail.com**

### Historia editorial

Recibido: 11-04-2014  
Aceptado: 19-10-2014

### Palabras clave

Dolor cronicado  
Género  
Narrativas  
Intertextualidad

### Resumen

En este artículo volvemos a trabajar con algunos de los relatos de vida del proyecto de investigación *Les veus silenciades en temps "d'igualtat"*. *El dolor des d'una perspectiva de gènere*, con el objetivo de reflexionar sobre el trabajo realizado, utilizando una nueva propuesta metodológica diferente a la del proyecto original. Para ello hemos llevado a cabo este trabajo en dos niveles paralelos, donde, desde la noción de intertextualidad en el primero, llevamos a cabo un análisis narrativo de los relatos de vida de las participantes, al mismo tiempo que también hacemos una narrativa reflexiva de nuestros propios textos en el proceso de investigación, como una forma de visualizar los textos subjetivos y socioculturales que se cruzan en la configuración del dolor crónico desde la perspectiva de género.

### Abstract

In this paper we turn back to some of the life stories from the research project *Silenced voices in times of "equality"*. *Pain from a gendered perspective*, with the aim to reflect the new methodological aspects of our work, which are different from the original methodological proposal of the original research project. Considering this we have worked in two parallel levels. The first one is a narrative analysis of these life stories, an analysis that has been complemented with the use of an intertextual approach. At the same time we've written a reflexive narrative about our analysis, as a way to visualize the subjective and socio cultural texts that configure chronic pain, from a gendered perspective.

Schöngut Grollmus, Nicolás y Pujal i Llombart, Margot (2014). Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género. *Athenea Digital*, 14(4), 89-112. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1373>

## Introducción

Este artículo nace de la idea de hacer un retorno a los relatos de vida que han sido producidos en el marco del proyecto de investigación *Les veus silenciades en temps "d'igualtat"*. *El dolor des d'una perspectiva de gènere*<sup>2</sup>. El proyecto inicial tuvo como objetivo general deconstruir la visión hegemónica y neopatriarcal del fenómeno del dolor cronicado en las mujeres la cual es individualizada, androcéntrica, (psico)patologizante, dicotómica y biologicista. Al mismo tiempo, también afecta a éstas en una pro-

<sup>1</sup> El presente artículo fue elaborado en el marco de mi participación en el Programa de Estudios de Doctorado en Psicología Social, del Departamento de Psicología Social, de la Universidad Autònoma de Barcelona.

<sup>2</sup> Los resultados en relación a esta parte del estudio de campo están en Amigot y Pujal (2014) que actualmente se encuentra en proceso de revisión.

porción según la cual nueve de cada diez personas afectadas son mujeres. Hemos abordado este objetivo mediante el análisis de sus organizaciones sociales (colectiva y discursiva) en Cataluña, en un momento de transformación de las expresiones y prácticas machistas. Para esto se contempló el trabajo con personas de tres formas diferentes para la producción de datos: recopilación de materiales provenientes de foros de internet<sup>2</sup>, grupos de discusión y relatos de vida individuales. Aunque dado nuestro objetivo en este artículo, sólo retomaremos la parte que contempla a estos últimos. Las tres técnicas estuvieron enfocadas en el trabajo con personas diagnosticadas clínicamente de patologías médicas asociadas al dolor crónico (DC), específicamente con el diagnóstico clínico de fibromialgia (FM). Asimismo fueron elegidas para poder dar cuenta de la organización de lo psicológico, de lo social y del género como las dimensiones implicadas en la producción de un "nuevo sujeto del DC" entendido éste como un sistema estructural, subjetivo, dinámico y generizado, en contraste con un sujeto individual binario y androcéntrico, determinado por la diferencia sexual biológica y/o psicológica. Los datos de los relatos de vida fueron analizados inicialmente bajo una propuesta metodológica de análisis que denominamos como *diagnóstico psicosocial de género*, que consistió en una metanarrativa elaborada a partir de los relatos de vida previos, que pretendía capturar y organizar de manera dinámica las diferentes variables bio-psico-sociales que se entrecruzan y que al mismo tiempo pueden dar cuenta de la emergencia del dolor y su cronificación. Los diagnósticos psicosociales de género, articulados con los diagnósticos clínicos, se presentaron como una herramienta para la organización de la información, que permitiera la recuperación de las experiencias conflictivas relacionales y socio-históricas de las mujeres afectadas, siguiendo un hilo conductor sincrónico y diacrónico de la vida de las personas, puesto que dichas experiencias fueron encerradas al interior de la caja negra del diagnóstico clínico o categoría patológica. Dichos diagnósticos también se mostraron como herramienta para la intervención integral en salud, en el sentido de que presenta a la persona afectada en relación al conjunto de variables asociadas al DC / FM organizadas alrededor de su vida. Esto permite producir resultados que se presentan de manera vinculada y articulada, como si se tratase de un sistema (puesto que hablamos de desigualdad estructural de género) en el que se integran dichas dimensiones para la construcción/producción de un cuerpo con dolor crónico, que deja de ser orgánico, pasivo y separado del yo, así como de su contexto, historia y relaciones de poder<sup>3</sup>. Con esta investigación inicial sobre el dolor se ha construido una alternativa epistemológica, teórica y metodológica a la actual y exacerbada medicalización y psicopatologización de la vida y sufrimiento de las mujeres —u otras posiciones subalternas— la cual no hace más que ahondar dicho malestar y posición de desigualdad socio-histórica.



En este contexto nuestro artículo se enfoca nuevamente en los relatos de vida como recurso empírico, entendidos como narrativas que se han articulado respecto al diagnóstico de DC de las participantes y la relación con su experiencia, con el objetivo de dar cuenta de las condiciones metodológicas en que se han producido. Los relatos de vida son una forma de método narrativo ligado a lo biográfico (Kohler Riessman, 2008) y por lo tanto opera como una forma de investigación como praxis donde el intercambio lingüístico que toma lugar en la producción de ese relato, no sólo opera como una técnica de recolección de datos. Ese relato, al tomar forma narrativa, es también una forma de organización de la experiencia y de producción de significado, acciones que son dinámicas y que se transforman durante ese intercambio lingüístico, convirtiéndose así en una forma de intervención (Rodríguez, 2002). La narrativa se transforma en un lugar de encuentro entre dos subjetividades, la de la participante y la de la investigadora, que se articula con el objetivo de organizar y dar sentido a una experiencia. Pensar la práctica investigativa como un encuentro entre dos subjetividades, desplazando su concepción tradicional de sujeto-objeto, tiene algunos efectos importantes que no podemos dejar de mencionar. En primer lugar, es una forma de teorización colaborativa, como lo llamará Patty Lather (1986). La persona participante no es sólo una “fuente de datos”, que luego son extraídos y analizados. Por el contrario, es un activo fundamental, un sujeto experto en su propia experiencia, que es capaz de ser analítico y reflexivo. Por ende, ese encuentro allí producido, es una colaboración en torno al análisis y teorización de esa experiencia que el sujeto revela. En segundo lugar, Lather (1986) también dirá que todo intercambio lingüístico —aquel intercambio que tiene lugar en el proceso de teorización colaborativa— no es inocuo, sino que tiene efectos concretos en tanto es capaz de cambiar las significaciones en torno a la experiencia, y con ello también la forma en que actuamos en virtud de ella. El objetivo aquí, al introducir esta noción, es romper la relación sujeto-objeto en el proceso de investigación científica mainstream para convertirlo en una relación sujeto a sujeto. La relación sujeto-objeto es una relación forjada en la metáfora baconiana y androcéntrica tradicional de la ciencia, y la producción de conocimiento sobre las mujeres y otras posiciones subalternas. Al subvertir esa relación, se nos abre la posibilidad de producir un conocimiento emancipador —en palabras de Lather (1986)— para las posiciones subalternas y no-hegemónicas.

Una narrativa ocupa un lugar transicional entre lo psicológico y lo sociocultural, donde la subjetividad aparece como un proceso activo que media la relación del individuo con su entorno, en virtud de otras narrativas socioculturales disponibles, y cómo el sujeto logra inscribirse en ellas, contestarlas, transformarlas, etc. (Day Sclater, 2003). De esta manera la narrativa es un texto abierto que está en constante relación con otros textos (sociales, psicológicos, de género, etc.) donde es afectada por éstos al mis-

mo tiempo que también los afecta (Elkad-Lehman & Greensfeld, 2011). Con ello se rompe con el discurso científico mainstream, y sus pretensiones de objetividad y neutralidad al construir al sujeto como un hecho dado y no una producción socio-histórica y discursiva que pretende regular. Esta cuestión afecta sobre todo a los sujetos y grupos que ocupan posiciones subordinadas, como las mujeres o personas que no responden a la normatividad de género.

Con esto en consideración, al re-enfocarnos en los relatos de vida que hemos coproducido con las participantes, nuestro objetivo es reflexionar tanto sobre las condiciones de producción de estos relatos, como sobre lo que hemos hecho como investigadoras posteriormente con éstos. Asumiendo tanto nuestra responsabilidad como nuestros límites como personas investigadoras en relación a la producción de conocimiento, en el sentido del conocimiento situado de Haraway (1988), el trabajo con las distintas narrativas que han emergido en este proyecto se basa en el reconocimiento de dos nociones que pueden estar presentes en un texto: la narratividad y la intertextualidad. Así, a partir de esta experiencia de investigación, lo que se pretende hacer es producir propuestas que desarrollen el uso de la reflexividad por medio del trabajo con narrativas como metodología y método de investigación, en tanto la perspectiva narrativa no sólo presta técnicas de recogida y análisis de datos, sino que también opera como metodología en tanto es una base teórica que permite diseñar cómo nuestra investigación debe proceder (Harding, 1987).

Nuestra hipótesis es que la narratividad y la intertextualidad sirven para crear abordajes metodológicos reflexivos en un proceso de investigación, en tanto son nociones que rescatan aspectos históricos y contextuales que mejoran la visibilización del lugar psico-social en que nos encontramos como investigadoras, así como las diferentes fuerzas (lo inconsciente, los discursos sociales, las relaciones interpersonales, etc.) que moldean nuestra experiencia y logran afectar nuestro trabajo. En este sentido la denuncia feminista de la pretendida objetividad, neutralidad y racionalidad científicas que constituyen la base de la naturalización, invisibilización y reproducción científicas de las desigualdades de género, permite deconstruir estas pretensiones de la ciencia androcéntrica para establecer una producción de conocimiento más responsable, transparente y democrática. A través de la reflexividad, la investigadora puede mirarse parcialmente a sí misma como efecto de poder, que funciona a nivel tanto subjetivo como institucional, permitiéndole desplazar su posición para una producción de conocimiento más democrática y emancipadora. La narratividad lo hace en la medida que rescata la idea de un texto narrativo como proceso, donde el intercambio lingüístico entre investigadora y participante no sólo construye un relato, sino que al hacerlo produce también su significado (Rodríguez, 2002). La persona de la científica deja de es-

condense y da cuenta de su trabajo activo tal y como se reclama desde la epistemología feminista. La narratividad es lo que permite —desde una posición en el presente— hacer una lectura del relato en función del pasado, dejando el conocimiento (producido en un contexto científico en este caso) contextualizado en función de su proceso (Morson, 2003). Este es un proceso de investigación situado donde la persona investigadora se encarna y se desplaza de su posición masculina hegemónica, burguesa y heterosexual. La intertextualidad aparece en tanto que “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad” (Kristeva, 1997, p. 3). Así nuestras narrativas de investigación, tanto las del trabajo de campo, producidas a partir de los relatos de vida, como también las que son producto del análisis de los datos, quedan en una relación de reciprocidad con otros textos subjetivos y socioculturales respecto al género, al dolor y al cuerpo. Esta relación permite disolver la jerarquía entre conocimiento científico y otros (reificación, objetivación, etc, todo es relacional y construido) en la que se basa la retórica científica mainstream para su ejercicio autoritario y colonizador de las posiciones subalternas, como ha puesto de manifiesto la epistemología feminista (Haraway, 1988; Harding, 1987). Ninguno de ellos parte de una tabla rasa, sino que son producto de la articulación de diferentes textos presentes en la participante y en la investigadora. Considerando la perspectiva de proceso que aporta el trabajo con la idea de narratividad, así como la reciprocidad entre los textos que pone en juego un análisis intertextual, nuestra intención es poner a prueba estos conceptos como estrategias de análisis narrativo que permiten desarrollar una mayor reflexividad sobre el proceso de investigación. Entendemos la reflexividad como una promoción de prácticas autocríticas introspectivas (Kaufman, 2013) que abordan el rol que cumplimos en un proceso de investigación dado, reconociendo las diferentes dimensiones que entran en juego, así como también las relaciones de poder. La reflexividad es central para la intervención en las relaciones de poder subjetivadas en la producción de conocimiento que propone la epistemología feminista en general (Haraway, 1988; Harding, 1987), y la noción de una vida psíquica del poder en particular (Butler, 1997). La reflexividad no tiene recetas o procedimientos precocidos, ni para su definición ni para su práctica. Lo que cuenta es encontrar estrategias para análisis reflexivos, con el objetivo de ayudar a contextualizar nuestras relaciones como investigadoras con los fenómenos que ocupan nuestra atención científica y académica (Gough y Madill, 2012). Dicho lo anterior, este artículo apunta precisamente a desarrollar esas estrategias en el contexto del estudio de las relaciones entre el género, el dolor cronificado y la subjetividad. Para ello hemos desarrollado el artículo con la siguiente estructura, donde a la presente introducción le sigue un espacio de discusión respecto a los principales conceptos que utilizaremos. Después damos paso a una primera narrativa, escrita a partir de nuestras lecturas e interpretaciones de los relatos de vida sobre DC como forma de ilustrar al-

gunos de los resultados del proyecto. Luego presentamos a una segunda narrativa, que es el producto de un proceso de lectura crítico y reflexivo de nuestro propio texto.

## Nociones para abrir la caja negra de la investigación: reflexividad, intertextualidad y narratividad

---

Hemos dedicado esta sección a explicar nuestra comprensión sobre ciertas nociones que resultan centrales de discutir y comprender para el objetivo de este texto. Estos son los conceptos de reflexividad, narratividad e intertextualidad en la investigación social. La reflexividad nos resulta fundamental como un concepto —en primer lugar— que nos permite abrir la caja negra y dar cuenta de lo que ocurre y lo que hacemos en un proceso de investigación, considerando las dimensiones de lo subjetivo, lo sociocultural y sus relaciones de poder, entre otras. Por otro lado, nuestra hipótesis de trabajo para este texto es que las prácticas de investigación social que se desprenden desde los conceptos de narratividad e intertextualidad, pueden desarrollarse de una forma tal que permitan promover una escritura reflexiva en este contexto. Por lo tanto a continuación discutimos algunas ideas sobre la noción de reflexividad, para luego hacer lo propio con las ideas de narratividad e intertextualidad, y las formas en que éstas pueden servir de mecanismos reflexivos en nuestra escritura.

### Reflexividad: una forma de interrogar al sujeto

Para George Marcus (1994) la reflexividad se constituye como una parte integral de todo discurso y acto de habla, en la medida que ambas acciones responden a usos del lenguaje, por lo que la reflexividad no es una opción —o al menos no en su sentido esencial—. Para Marcus (1994) la pregunta por la reflexividad entonces, es una pregunta por cómo lidiar con ella, y cómo hacer de ella un uso estratégico para cumplir con ciertos propósitos teóricos e intelectuales. En este sentido habla de dos formas de reflexividad: esta primera forma denominada reflexividad esencial, que es integral al uso del lenguaje, y una segunda forma de reflexividad —en su función estratégica— a la cual llama reflexividad ideológica. Ésta tiene efectos concretos en la producción de conocimiento y la investigación científica, en tanto se hace preguntas como por ejemplo si la reflexividad es una licencia o un método en sí misma, “cuánta” reflexividad debe tener lugar en un proceso de investigación, en qué partes del texto o la escritura científica debe aparecer y en qué formas, así como también se hace la pregunta fundamental: por qué debemos lidiar con la reflexividad en nuestras prácticas de investigación (Marcus, 1994).

Las respuestas y discusiones en torno a estas preguntas son diversas, sin embargo rescatamos una noción de reflexividad proveniente de las epistemologías feministas, donde se entiende como una práctica de la posición (Albertín, 2009). “La posición no es una identidad, sino cada uno de los lugares desde donde actúa (o enuncia) un sujeto. Un sujeto puede ocupar distintas posiciones o lugares de enunciación en diferentes momentos” (p. 6). En este sentido podemos desmarcar la práctica de la reflexividad (o más bien práctica reflexiva) de una estructura identitaria específica, y más bien comprenderlo como un proceso de ocupación de diferentes lugares subjetivos, sociales, culturales, textuales, etc. Esta búsqueda de la posicionalidad de la persona investigadora se entiende como una estrategia de la producción del conocimiento más democrática y menos androcéntrica donde sólo la ocupación de una posición específica, y no la idea de un conocimiento ni trascendente ni relativo, permite la posibilidad de preguntarse por una objetividad real que permite la formulación de preguntas y críticas sobre el conocimiento y sus diversas condiciones de producción (Albertín, 2009; Haraway, 1988). Para Pilar Albertín (2008) la práctica de una reflexividad ideológica —según la categorización de Marcus (1994)— permite “conseguir un texto abierto a planteamientos éticos y epistemológicos” (p. 7). Este es un texto que en primer lugar logra “abrir la cocina” de la práctica investigativa, dando cuenta de las condiciones y contextos de un determinado proceso. Para Albertín (2009) “aporta comprensión a la/s situación/es psicosocial/es a la que se aproxima el investigador/a, y a la vez es una fuente de exploración de cuestiones epistemológicas” (p. 7). En segundo lugar, la práctica reflexiva permite escribir textos que tengan motivaciones ético-políticas, en los cuales se pueda dar cuenta de “la objetivación sobre otras posiciones y discursos, el cuestionamiento (para qué, para quién) que pueden conducir cambios en el propio investigador/a en un sentido emancipador” (Albertín, 2009, p. 7). Así la reflexividad puede entenderse como una práctica de la posición de la subjetividad de la investigadora, donde la subjetividad “se construye a través de un complejo entramado de significados, de afectos, de hábitos, de disposiciones, de asociaciones y de percepciones resultantes de las interacciones del sujeto y de cómo éste las interpreta/construye a través de los deseos posibles” (Pujal, 2003, p. 139). De esta forma la subjetividad —según Pujal (2003)— no es un efecto de la experiencia “genuina e individual” (p. 139) sino que una experiencia mediada por las relaciones interpersonales y el lenguaje.

Para Jackson (2009) la dificultad en la práctica reflexiva radica en dos aspectos: el primero es que la reflexividad funciona de una forma prescriptiva, respecto a las exigencias que hace a las investigadoras en la mirada autocrítica sobre el cómo sus acciones impactan en un proceso de investigación, pero que —en su segundo aspecto— al mismo tiempo es precautoria, en tanto se pregunta hasta dónde se pueden descolgar las conclusiones de esos procesos de los aspectos circunstanciales y contextuales del

proceso (Jackson, 2009). Las acciones que pueden tomar lugar en un proceso de investigación no responden únicamente a acciones estratégicas y planificadas. Pese a la lógica y razonamiento que existe tras el diseño y la ejecución de un proceso de investigación, en la práctica investigativa operan también otros niveles y dimensiones. Albertín (2009) propone cuatro dimensiones que entran en juego en la relación entre reflexividad e investigación: la del sujeto que investiga, del microcontexto donde se lleva a cabo el proceso, la dimensión de los discursos sociales implicados, y por último una dimensión relativa a la escritura y retórica del texto. El reconocimiento de esta multidimensionalidad del proceso de investigación implica la necesaria consideración de aspectos como las relaciones de poder y dinámicas psíquicas, entre otros mecanismos de sujeción, en tanto que si sólo tomamos en cuenta los aspectos que operan en un nivel racional o consciente, el proceso de investigación pierde inteligibilidad. En este sentido debemos también considerar una quinta dimensión, propuesta por Pujal (2003), que se relaciona con aquello que no es sabido ni pensado, pero que se actúa de igual forma. Estas corresponden a:

Otras acciones significativas que contribuyen también a fijar la realidad por lo que deben ser tomadas en cuenta para profundizar el cambio. Se trata de prácticas extradiscursivas que atraviesan el discurso, muchas veces invisibles mediante la razón práctica —o la interacción— e invisibles a través de la razón abstracta, lo que no les exime de estar saturadas de significación socio-histórica (Pujal, 2003, p. 132, cursivas del original).

Este es un efecto de la fractura del sujeto moderno que deja de ser transparente a sí mismo, queda descentrado y pierde autonomía, dando paso a una interdependencia que se juega en un espacio de no-control (Pujal, 2003). Cuando entendemos que la figura de la investigadora está sujeta a ese espacio, que también está atravesado por diferentes fuerzas (ya sean dispositivos del poder o del inconsciente) y a la imprevisibilidad que eso supone, la reflexividad debe convertirse o ser practicada mediante estrategias que permitan hacer inteligibles (o al menos parcialmente) aquellas partes del proceso que escapan a nuestra comprensión in-situ. El sujeto de la persona investigadora no escapa ni tiene un estatuto especial respecto a las formas y mecanismos de sujeción. Si un sujeto “está siempre inserto en una trama de relaciones previamente inexistentes de las cuales depende” (Pujal, 2003, p. 132), no es posible practicar la reflexividad de forma plena en tiempo presente. La reflexividad es una práctica que, como las relaciones del sujeto, se lleva a cabo de forma retrospectiva/reconstructiva de las condiciones de producción en que se ha llevado a cabo un determinado proceso de investigación. Por todo ello, las dificultades referidas a la introducción de la reflexividad pueden finalmente entenderse como la asunción de un límite dinámico y humano a la producción del conocimiento sobre nosotros mismos, pero un límite que nos abre posibili-

dades para una discusión democrática del conocimiento. Desde el feminismo podríamos hablar de límite a la posición androcéntrica de sujeto masculino de la modernidad.

### Estrategias para implementar prácticas reflexivas en la investigación: intertextualidad y narratividad como estrategias de lectura y escritura

En el apartado anterior hemos localizado dos problemas relativos a la práctica de la reflexividad —o práctica reflexiva— en la investigación social. El primero tiene que ver con la dimensión de la temporalidad de las relaciones intersubjetivas que se dan en la práctica de la investigación, mientras que el segundo tiene relación con la dimensión de lo no-dicho, de los aspectos extra-discursivos que tienen lugar en el proceso. A este nos gustaría agregar un tercer problema, y es respecto al lugar donde se practica la reflexividad. Si las relaciones intersubjetivas se construyen de forma a posteriori a la interacción, no es posible acceder a éstas de forma directa. En la práctica investigativa lo que queda de éstas son textos que, a su vez, no tienen un carácter representativo, sino que más bien corresponden a cristalizaciones del espacio y de las conexiones compartidas durante el proceso de investigación. Entre la interacción que se produce en el trabajo de campo y la cristalización de ésta a la que accedemos posteriormente, lo que hay es un proceso de entextualización, donde un acto de habla se descontextualiza respecto a su interacción original, para luego ser recontextualizado como texto escrito (Trester, 2012). La entextualización es el proceso de producción de un discurso como texto que se desprende de su contexto local (Silverstein y Urban, 1996; Trester, 2012). Por tanto, la reflexividad y las preguntas por las condiciones de producción de conocimiento quedan sometidas a una pregunta por las condiciones de producción de un texto en particular.

Julia Kristeva (1997) propone que todo texto es un “mosaico de citas” (p. 3), reemplazando así la idea de relaciones intersubjetivas por la noción de relaciones intertextuales, donde el texto-mosaico constituye ese lugar de encuentro, y también de desencuentro, si atendemos a las relaciones de poder. Kristeva desarrolla la noción de intertextualidad a partir de los trabajos de Mikhail Bakhtin (1981), quien argumenta que cada acto lingüístico responde a una expresión única, producto de una interacción social y un contexto específico, condicionada a su vez por actos lingüísticos anteriores, propios o ajenos. De esta forma la persona hablante toma en cuenta lo que se ha dicho anteriormente, considera la forma en que sus palabras se recibirán por quien escucha o lee, y se expresa a partir de las conclusiones de esa reflexión, así todo acto lingüístico, toda *pronunciación* es diálogo (Elkad-Lehman y Greensfeld, 2011) y/o conflicto añadimos, para precisar. Con la intertextualidad los textos dejan de ser estructuras cerradas,

son objetos dialógicos y abiertos que están en constante relación con otros textos. Rebecca Rubin Damari (2010) propone que por medio de la intertextualidad es posible describir el enganche de un sujeto hablante con textos anteriores, ya sean escritos o hablados. En este sentido, para Rubin Damari (2010) el uso de la intertextualidad, como una estrategia de análisis de la posición de cada sujeto al hablar, permite acciones como solidarizar con otro sujeto hablante, evaluar o analizar otros actos lingüísticos o subrayar las posiciones del sujeto que han quedado cristalizadas en el texto. Para ella el dialogismo mediado por la intertextualidad, no está necesariamente limitado a una única interacción, en tanto las posiciones que toman lugar en el texto pueden estar localizadas en grandes distancias temporales.

Si la intertextualidad permite producir una cartografía de las posiciones en un texto, ¿qué estrategias metodológicas se pueden desprender del concepto entonces? La intertextualidad, en tanto posible estrategia metodológica, se resiste a la operacionalización. Para Iván Villalobos (2003) la operacionalización de la intertextualidad es limitar y restringir la noción en su uso. Operacionalizar el concepto “contradice cierta concepción de la teoría del texto y de la semiótica como procesos en marcha, como constante reflexiones sobre sus propios fundamentos” (Villalobos, 2003, p. 139). El concepto “operacionalizar” hace referencia a un registro positivista respecto a la medición y control de determinadas variables. La intertextualidad está en un registro epistemológico diferente (Villalobos, 2003), razón por la cual esta noción se resiste a ser fracturada en un conjunto de operaciones técnicas. En este sentido la intertextualidad se debe entender más como una estrategia de lectura que como una práctica técnico-metodológica. Según Ilana Elkad-Lehman y Hava Greensfeld (2011) en el ejercicio de la lectura intertextual se crea un espacio tridimensional entre quien emite (autora o narradora de un texto según corresponda), quien recibe (constituido por posibles lectoras o la persona quien escucha) y el texto mismo. En este espacio emergen una serie de conexiones que pueden dirigir a la persona lectora hacia otros subtextos, hacia el recuerdo de su experiencia personal, hacia objetos anteriores de conocimiento, su comprensión del mundo, e incluso a reflexiones sobre sus prácticas políticas e ideológicas. Para Elkah-Lehman y Greensfeld (2011) todos estos son textos que configuran una red en la cual la lectura intertextual se transforma en un proceso hermenéutico que encuentra su base simbólica en esta red. Pese a que el texto sobre el cual se lee, al cual nombraremos texto primario, es producto de una cristalización o sedimentación de prácticas intersubjetivas, da origen a un proceso dinámico que no busca estabilidad, sino por el contrario, busca que la persona lectora produzca una interpretación del texto en base a los movimientos a partir de ese mosaico de citas implícitas en la que el texto primario se transforma. La intertextualidad permite, como ejercicio o práctica de lectura, producir a posteriori las condiciones en que un texto determinado emerge, condiciones que a su



vez no son objetivables, sino que se construyen a partir de la red de conexiones semánticas y semióticas del propio sujeto lector.

Mientras que la intertextualidad es una estrategia que permite reconocer conexiones, la narratividad es una noción que se ocupa de la temporalidad y de la dimensión de proceso en una narrativa. Para Paul Ricoeur (2000) una narrativa se puede llevar a cabo con una diversidad de sentidos diferentes, tanto en su forma como en el uso, y que como consecuencia de esta dispersión, se ha ramificado en géneros muy específicos. Pese a ello la narratividad permite, dentro de una narrativa “señalar, articular y aclarar” (Ricoeur, 2000, p. 191) la dimensión temporal de la experiencia. La narratividad es una cualidad (Morson, 2003) que puede tener un texto, en tanto ordenamiento de unidades de discursos más extensas que una frase (Ricoeur, 2000). Esta cualidad por sí misma no nos permite distinguir si un relato constituye una narrativa o no, esta diferencia es posible de hacer mediante el análisis de otros factores, como por ejemplo la presencia o no de una trama en un relato (Polkinghorne, 1988). Una cronología que enumera hechos al azar constituyen un relato pero no una narrativa, un ejemplo de esto es el anexo cronológico de la entrada de la Segunda Guerra Mundial en Wikipedia:

Año 1939

10 de septiembre: embarque de la Fuerza expedicionaria británica con destino a Francia. Comienzo de la Batalla del Atlántico.

12 de septiembre: los alemanes llegan a Leópolis.

13 de septiembre: constitución del gabinete de guerra Daladier.

14 de septiembre: caída de Gdynia.

15 de septiembre: soviéticos y japoneses firman un armisticio para saldar sus enfrentamientos en Asia.

16 de septiembre: la resistencia civil en Varsovia es finalmente aniquilada por los alemanes (Anexo: Cronología de la Segunda Guerra Mundial, s.f., párrafo 17).

Aunque el relato cuenta sucesos que tienen relación con un mismo fenómeno, los sucesos en sí mismos no tienen relación unos con otros: nada tiene que ver la caída de Gdynia, ciudad polaca, con el armisticio firmado por rusos y japoneses. La narrativa como mínimo debe ofrecer una trama, una relación entre dos hechos. Si continuamos con el ejemplo, pongamos nuestra atención esta vez no sobre los anexos, sino sobre el artículo principal de la Segunda Guerra Mundial en Wikipedia:

Los franceses se movilizaron lentamente y después sólo hicieron una ofensiva de «demostración» en el Sarre, que pronto abandonaron. Mientras, el 8 de septiembre, los alemanes alcanzaban Varsovia, tras haber penetrado a través

de las defensas polacas, y comenzaron el asedio de Varsovia (8-28 septiembre). (Segunda Guerra Mundial, s.f., párrafo 32).

En este relato se puede identificar una narrativa en tanto logra relacionar de forma implícita los hechos del 10 de septiembre con los del día 16: podría una persona historiadora hipotetizar que la lentitud francesa impidió un apoyo militar a los polacos, por lo tanto cayó Varsovia. Este es un ejemplo de narrativa sin narratividad. Esto se debe a que no hay visión de proceso en esta narrativa, una visión que está dada no sólo por la relación de los hechos entre sí (la lentitud francesa implicó la caída de Varsovia), sino por la posibilidad de trazar posibles consecuencias y a partir de un contexto pasado (Morson, 2003), es en este sentido que la visión y sentido de proceso es esencial para la narratividad pero no para una narrativa. La narratividad hace una lectura presente respecto a sucesos pasados, intentando proyectar posibles futuros. Existen situaciones en las que no tiene sentido crear una narrativa que tenga narratividad: cuando el tiempo se convierte en una variante irrelevante para un determinado análisis. Si al momento siguiente no hay más de una posible alternativa posible, los sucesos pasados son irrelevantes. Gary Saul Morson (2003) llama a esto *tiempo abierto*, para que un momento presente tenga peso —condición fundamental de la narratividad— tiene que existir más de una alternativa a suceder en el momento siguiente. El presente presta las condiciones contextuales necesarias para hacer esa lectura posible. De esta forma, tal y como la intertextualidad es una forma de lectura de las posiciones intersubjetivas cristalizadas en los textos (posiciones intertextuales), la narratividad es una estrategia de escritura que nos permite rescatar la dimensión de proceso y las formas de relación entre distintos hechos de un determinado fenómeno.

El ejercicio de una lectoescritura narrativo-intertextual nos permitiría abrir la caja negra en la que muchas veces se ocultan las prácticas de investigación, en la medida que nos da estrategias de reflexión en relación a nuestro propio proceso y posición como personas investigadoras. Dada la especificidad de cada investigación, de cada propuesta teórica y de la posición que cada investigadora ocupa o puede ocupar, no es posible —ni recomendable— hacer una prescriptiva para lectoescritura narrativo-intertextual. En el estudio del género y el dolor cronificado, más bien hemos dado paso a una hermenéutica que permite acercarse y comprender el rol de las diferentes dimensiones del género, de lo subjetivo y de lo sociocultural que entran en juego, por medio de las relaciones textuales que se pueden establecer mediante la teoría de la intertextualidad, y el foco en la escritura como proceso desde la narratividad.

## Un ejemplo de lecturas intertextuales: dolor crónico y el binarismo de género

En este apartado trabajaremos algunos de los resultados del análisis de los relatos de vida producidos en el marco del proyecto *Les veus silenciades en temps "d'igualtat". El dolor des d'una perspectiva de gènere*, elaborado como se ha dicho desde una perspectiva feminista desmedicalizadora y socio-cultural para visibilizar el sistema sexo/género como contexto de vulnerabilidad. Dado que en la elección de participantes se tomó en cuenta que de cada 10 personas que sufren dolor crónico con un diagnóstico de fibromialgia, una persona es hombre, aproximadamente un 10% de las personas entrevistadas fueron hombres también. Con esto en consideración, para este artículo hemos tomado en particular los relatos de vida de Alberto y Carlos<sup>1</sup>, dos personas que han participado del proyecto, y que en cuyas historias aparecen ciertas especificidades respecto a la vivencia del dolor crónico con diagnóstico de fibromialgia y los malestares que padecen en relación a la categoría de género. Hemos considerado tomar como relevante esta especificidad en la medida que la fibromialgia se considera para las personas participantes y para el modelo biomédico hegemónico como una enfermedad de mujeres principalmente. Este es un elemento relevante en la medida que la fibromialgia es un dolor crónico sin causa orgánica, similar a las histerias femeninas que describe el psicoanálisis de comienzos del siglo XX, pero que atrapado por la esfera biomédica ha sido tratado como un problema individual y como un asunto de mujeres (Pujal, Mora, Albertín y Amigot, 2011).

Desde la posición biomédica, el dolor crónico con un diagnóstico de fibromialgia pasó de ser una enfermedad que no tenía nombre a una que sí lo tiene, pero que persiste en la carencia de un sentido conectado a la experiencia ni a un contexto social o histórico (Pujal et al, 2011). La propuesta original del proyecto consistía en analizar el fenómeno del dolor crónico a partir de la identificación de su organización social, subjetiva y de género, con el objetivo de renunciar a la concepción biomédica y estereotipada de la fibromialgia. En el contexto de este artículo, si el género es parte de la organización tridimensional del dolor crónico y la fibromialgia, nuestra intención es comprender algunas de las relaciones entre la construcción binaria del género y el estigma de la fibromialgia como asunto de mujeres, a partir de los relatos de vida de hombres que viven con dolor crónico. Dicha conceptualización hegemónica biomédica del dolor tiene consecuencias de diversos tipos: sobrediagnóstico en mujeres e hipodiagnóstico en hombres que afecta al reconocimiento real del malestar en ambos, y revictimización de ambos mediante una psicopatologización y estigmatización de las mujeres afectadas e invisibilización del dolor en hombres. Hemos seleccionado en particular los relatos de dos hombres, dado que son las mismas personas participantes quienes logran

dar cuenta del prejuicio biomédico sobre la relación mujeres-fibromialgia en sus relatos, a partir de determinadas lógicas de género. Al respecto presentamos dos fragmentos del relato de vida de Alberto:

Fragmento 1:

*Alberto:* (...) Luego el típico como ensayo que, me lo están haciendo y hoy eso, ahora más que cuando estaba mentalizado, no lo había oído hasta ahora, hasta este año ¿no? es decir, oye ¿pero esto no es una enfermedad de mujeres? que al principio nunca me lo habían dicho, pero ahora...

*Entrevistadora:* ¿y eso quién te lo dijo?

*Alberto:* la gente, que oyes pues que yo también estuve con fuego, con fibromialgia, mujeres, hombres me lo dicen oye, pero esto no es una enfermedad de mujeres y me dicen, jolín, hasta en esto te ha tocado ¿no? la incompreensión de (suspira) es verdad que yo sabía que un tanto por ciento más disminuido pero bueno...

*Entrevistadora:* ¿tú cómo lo vives cuando te dicen esto?

*Alberto:* eeh, mal. O sea, porque yo es que todavía, o sea, yo veo que la enfermedad la acabo de aceptar yo ahora.

(Alberto, Entrevista personal, 20 de mayo de 2010)

Fragmento 2:

*Alberto:* pero yo creo que el, a ver, la mujer es más propensa puede ser que a quejarse, mmm, en el sentido de enfermedades, pero no, pero tiene una capacidad de sufrimiento mayor y el hombre sí que, no sé, aquello que mm, no sé, yo creo que es una especie de casi de tabú, el explicar también unos síntomas, algunas cosas ¿no? A mí me sorprendió mucho ¿eh? Verla cuando me enteré, que, que había un tanto por ciento de hombres que era tan inferior.

*Entrevistadora:* bajo.

*Alberto:* tan bajo, muchísimo, no me lo esperaba, y me molesta mucho cuando me dicen, esto es una enfermedad de mujeres o sea, yo me duele cuando lo oigo.

*Entrevistadora:* te duele, pero te duele en el sentido que puedes sentir que igual pues que eres, tienes como feminidad.

*Alberto:* a ver, no lo dijo en plan de broma ¿no? Pero bueno cuando se dicen las cosas, aunque sea en plan de broma siempre el subconsciente trabaja ¿no?

*Entrevistadora:* sí.

*Alberto:* y esta frase fue dicha por un doctor, o sea (se ríe) y me dice, dice oye pero esto no es de mujeres, el doctor, y dice hombre menos mal que tienes los

cinco hijos sino, tú, yo, ya me daría a mí que dudar sobre las hormonas y a ver si es un problema de hormonas y claro y dice es, a ver comentario fuera de lugar ¿no? pues si puede haber que en el subconsciente esté su idea.

*Entrevistadora:* pero eso te lo dijo él, tú no, no, en esto no has estado dando vueltas.

*Alberto:* no, he empezado a darle vueltas.

*Entrevistadora:* ¿ahora?

*Alberto:* mm, el oírlo, el irlo viendo ahora tan más a menudo, sí que empieza uno a decir, oye, porque hay tan pocos hombres ¿no? y a ver, sé que no es así pero, te, te, si, empiezas a preguntar, las cosas, a ver si hay un tipo hormonal, o yo qué sé, a ver, no, no es que le esté haciendo caso ni muchísimo menos pero, pero a mí no me gusta el comentario cuando lo oigo.

(Alberto, Entrevista personal, 20 de mayo de 2010)

En el primer fragmento aparece un malestar por parte de Alberto asociado a la disonancia cognitiva que le produce el diagnóstico de fibromialgia en hombres, en la medida que pareciera que el fenómeno “dolor crónico sin causa o correlato físico-biológico” pareciera ser incompatible con la categoría “hombre”. Aparece también la vivencia de la fibromialgia y el dolor crónico como algo ajeno, descontextualizado, donde el malestar del dolor crónico no es un fenómeno que se vive corporeizadamente, sino que es externo al sujeto y por lo tanto debe ser aceptado. En el segundo fragmento asociado a la misma problemática, Alberto comienza a construir una relación entre fenómeno y categoría. Esta relación está cruzada por aspectos discursivos y extradiscursivos. Respecto a los primeros, Alberto condensa una serie de categorías diferentes, producto de una diferencia entre ser hombre y no-hombre. Frente a la broma del médico, donde éste le sugiere que la fibromialgia es una enfermedad de mujeres por lo que si no tuviese hijos debería hacerle un “examen hormonal”, Alberto moviliza recursos para reflexionar respecto a sus comprensiones de género, produciéndose una suerte de choque entre las narrativas sociales y culturales sobre la masculinidad y las posibles producciones al respecto que Alberto es capaz de hacer. Sobre los aspectos extradiscursivos, Alberto da cuenta que la broma del médico es “poco respetuosa” a su condición masculina, en la medida que el chiste es algo más y dice algo más de lo que pretende hacer y decir. Esto ocurre precisamente al ser el chiste un fenómeno en parte “subconsciente” (sic) para Alberto. Este uso particular del lenguaje —la utilización de la noción subconsciente— refleja una posición superpuesta entre diferentes textos, similar a lo propuesto por Gérard Genette (1997) y Elkad-Lehman y Greensfeld (2011). Para ellas es posible encontrar un hipertexto: texto de segundo grado creado sobre la base de otro texto, que las autoras denominan hipotexto. Si el hipotexto no es conocido para

quien lee o escucha, el estatus y significaciones del hipertexto cambian en la medida que se interpretan como textos independientes. De esta forma, en la narrativa de Alberto respecto al dolor crónico y la fibromialgia como enfermedad de mujeres se acusan dos textos superpuestos respecto al género: un hipertexto que evidencia la imposibilidad de reconocer la fibromialgia como enfermedad de hombres —el texto biomédico respecto al malestar si se quiere— y un subtexto donde se revela la imposibilidad de reconocerse como hombre e invisibilizarse mediante el diagnóstico del dolor crónico y la fibromialgia, efecto de lo cual es la reproducción del binarismo de género y la estigmatización, por no someterse a la posición normativa masculina que corresponde en la que no cabe el dolor y la vulnerabilidad.

En el caso de Carlos la vivencia respecto a la fibromialgia tiene una posición radicalmente diferente, en primer lugar porque el padecimiento del malestar está presente como algo propio, corporeizado, al respecto Carlos comenta lo siguiente, respecto a la etapa de diagnóstico, cuando él comienza a consultar debido a dolores muy intensos sufridos durante su jornada laboral:

*Carlos:* Pero claro, cuando ibas al médico y no tenías nada, pues... ya te digo ¡era horrible!

*Entrevistadora:* y ese conflicto, que tú notas que tu cuerpo le empieza a faltar o no sabes lo que es, vas al médico, tampoco ahí tienes ayuda, vas a tu casa, supongo que a tu mujer también...

*Carlos:* eso, eso te ha creado una depresión y una angustia tremenda, porque te sientes...

*Entrevistadora:* no sabías que hacer para arreglarla.

*Carlos:* ¡claro! Porque te vas al médico, no tienes nada, claro, te crea una depresión porque tú ves que sí que tienes, es que es más ¡es que no puedes! Te crea una depresión y una angustia que... lo que pasa, que la depresión te crea ansiedad, la ansiedad te crea dolor, el dolor te crea depresión, o sea es toda una cadena, claro, vas mal, vas mal. Te vuelves agre.. osea, no es que te vuelvas agresivo...

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En este extracto podemos diferenciar al menos un texto, la narrativa que Carlos construye respecto a la experiencia corporeizada de su dolor, donde aparecen una serie de dimensiones relacionadas respecto a su vivencia subjetiva del malestar: la cadena circular depresión-ansiedad-dolor-depresión. El problema es que la narrativa que Carlos produce a partir de su cuerpo no encuentra un punto de conexión con los textos médicos, lo que a su vez produce una agudización del malestar en tanto le resta senti-

do. Carlos hace una diferencia entre un dolor *real*, como el que él padece, y uno *psicológico*, que es al que apunta la parte médica. Al respecto presentamos dos fragmentos de sus relatos de vida:

Fragmento 1:

*Entrevistadora:* ¿no parabas? Cuando volvías a ponerte en marcha te dolían los pies...

*Carlos:* no podía, no podía, no podía arrancar. Y yo le digo a la doctora, cuando llegaba a casa, y me decía que era psicológico. Claro, es psicológico, y me mandaba calmantes. Bueno ya, cuando hacía al menos catorce veces que había ido, le digo, mira, o sea ya fui de mala hostia, mira a ver, digo esto no es psicológico. Digo, si no sabes lo que tengo, vale, llama a otro doctor, y si tengo que ir de pago, yo voy de pago, pero no digas más que es psicológico porque me tienes hasta las pelotas ya. Eso fue lo último que hablé con ella, bajé y me cambié de médico.

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

Fragmento 2:

*Entrevistadora:* claro, no podías, y la otra te daba el alta porque puedes mover las manos...

*Carlos:* porque puedo mover las manos (silencio) Y ya va, eh, el informe del psiquiatra, que no me acuerdo, ahora si tenemos otra entrevista te lo traeré, porque decía, lo único que decía, la única palabra que tenía en la boca esta señora, hombre, señor, es que eh, “yo lo entiendo señor, sí, señor, usted comprenda, señor”. Lo único que tenía, ni se miró el informe del psiquiatra. Lo que me dijo “yo lo he revisado, señor, ya ha visto usted señor que yo lo he revisado, usted está bien, señor, usted tiene movimiento, señor”. Fíjate la revisión que me hizo: desnudarme, ponerme estirao encima de la camilla, me levantó los pies por los talones, me los dejó encima de la camilla “¿ya ve usted señor?”

*Entrevistadora:* claro, porque veía que tenías movilidad en la cadera, y ya está ¿no?

(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En el caso de Carlos gran parte de su malestar tiene que ver con la ausencia de un reconocimiento de su padecer y de su dolor. Ni los Centros de Atención Primaria en salud, ni el ICAM, ni otras instituciones con las que le ha tocado relacionarse desde que empezó a consultar, han sido capaces de reconocer el sufrimiento de Carlos. El problema de la ausencia de reconocimiento no tiene que ver tanto con una falta o carencia de empatía en determinado sistema social o sanitario, sino que también en la construcción de un sentido del padecer. El texto y la palabra ocupa un espacio tridi-

mensional: en el sujeto, destinatario y contexto (Kristeva, 1981). La carencia de Carlos y la falta de interlocución en el destinatario, tiene como efecto que Carlos deba construir redes alternativas que permitan simbolizar ese dolor, donde por ejemplo ha debido solicitar cambios de médicos en el centro de salud y también entrando a participar en asociaciones de personas afectadas de fibromialgia. Aquellas prácticas le han permitido producir narrativas respecto a su cuerpo y su dolor, a partir de relaciones entre sus propios relatos con las de otras personas interlocutoras. “Siendo el interlocutor un texto, el sujeto también es un texto” (Kristeva, 1981, p. 237). En definitiva, el reconocimiento subjetivo de Carlos con la experiencia de no ser reconocido en su malestar por parte del sistema biomédico, le permite empoderarse subjetivamente rompiendo con el binarismo de género, proceso que no se ha dado en Alberto.

*Entrevistadora:* y tú, cuando estáis en el grupo [nota: la asociación de personas afectadas por la fibromialgia] ¿crees que haya diferencia entre ti y las mujeres? Lo que os pasa, como lo vivís, o no, o no crees que se ve ahí demasiada diferencia.

*Carlos:* hombre, hay un poquito de diferencia, porque los maridos lo ven de una manera, y mi mujer lo ve de otra.

*Entrevistadora:* o sea, no tanto en vosotros.

*Carlos:* a ver si me entiendes.

*Entrevistadora:* como enfermera, sino como la relación que se establece con...

*Carlos:* no, los hombres son un poco más duros para entenderlo.

*Entrevistadora:* ya.

*Carlos:* la mujer quizás es un poco más sensible, eso sí que es cierto.

*Entrevistadora:* entonces ahí tienes, digamos, una cierta ventaja.

*Carlos:* sí, sí, yo tengo una cierta ventaja, a mí una muchacha que no sé qué, no sé allí, y me pidió ayuda para su marido, y sí es que era...

*Entrevistadora:* (se ríe) no había forma de que entendiera nada.

*Carlos:* (se ríe) no, no entendía. Para él parece que estuviera fingiendo ella. Yo se lo dije ¡Paco, no seas capullo! Digo que una cosa es pasarlo...

*Entrevistadora:* y otra cosa...

*Carlos:* y otra cosa es, no sé, es fingirlo. Digo, no está fingiendo.

*Entrevistadora:* claro que es algo que ...

*Carlos:* cuesta mucho, cuesta mucho de llevarlo. La última reunión que tuvimos, la conferencia de un médico, vino él y estuvo preguntando al médico. Ya se interesó y luego de otra manera.



(Carlos, Entrevista personal, 5 de febrero de 2010)

En este extracto observamos que la producción de sentido en la experiencia de Carlos respecto a la fibromialgia no sólo opera en términos de comprensión e inteligibilidad de esa experiencia. Las diferencias construidas por Carlos entre masculinidad y feminidad, al mismo tiempo que la construcción de un sentido en el dolor crónico, quedan inscritas en un texto que al ser leído o escuchado por otras personas —por ejemplo la figura de Paco en el extracto— permiten ir construyendo redes de significado. Para Kristeva la lectura y la escucha no son prácticas pasivas, sino una participación activa y agresiva, en tanto es una apropiación del texto del otro. De esta forma la construcción de redes de significado no se entiende como un efecto de la intertextualidad, sino como acciones intertextuales en torno a la producción de sentido y la construcción del significado en un texto. El reconocimiento implícito de una dimensión intertextual en el lenguaje es aquello que permite a Carlos vincular su malestar a un determinado contexto, y con ello darle un nuevo sentido. Por el contrario Alberto no logra hacer el mismo movimiento, que es el tránsito de un texto a otro, dificultad que también está dada en la medida que supone movimientos verticales, del hipertexto al hipotexto como movimiento paradigmático (Kristeva, 1981), que los movimientos horizontales que hace Carlos: un movimiento sintagmático (Kristeva, 1981) que va del texto-médico al texto-asociación. Tanto el movimiento vertical o paradigmático, como el movimiento horizontal o sintagmático, son acciones que permiten dar nuevos sentidos al malestar de Carlos. Sin embargo, la identificación del origen y destino de esos movimientos, para este caso en particular, es el que requiere que la lectura sea una práctica reflexiva. Esto se produce porque el contexto de esta investigación, como el de cualquier otra, delimita esos posibles lugares de entrada y salida en sus posiciones teóricas. En nuestro caso particular la crítica a las posiciones biomédicas tradicionales favoreciendo una aproximación desde el feminismo y la teoría de género, con el objetivo de producir un conocimiento emancipador por sobre uno normativo, hace plausible reconocer hipotextos tales como las narrativas sobre el binarismo de género y el papel que juega en la producción subjetiva del dolor crónico de hombres que sufren de dolor crónico y fibromialgia, como movimiento paradigmático del texto. El reconocimiento de esta dimensión en la producción de historias de vida por parte de Carlos, permite dar cuenta cómo esa toma de conciencia permite hacer el desplazamiento lateral que mencionábamos, hacia un hipotexto diferente —consciente de la dimensión del género y del trabajo comunitario— que permite crear un nuevo hipertexto donde el dolor es simbolizado, permitiendo a Carlos desplazar su malestar. Este proceso que no ocurre en el caso de Alberto, que queda atrapado en un conflicto implícito al no poder captar dicha intertextualidad, lo que deviene un factor de vulnerabilidad y revictimización para él.

## Herramientas para comprender el propio texto

---

Hasta el punto anterior hemos dado cuenta, por medio del análisis de algunas viñetas de historias de vida, algunos de los resultados en torno al proceso de investigación. En este punto queremos tomar ese texto como objeto de estudio, y hacer una propuesta de análisis reflexivo de las condiciones metodológicas mediante el uso de la intertextualidad y la narratividad. En este sentido partimos del supuesto que hemos expuesto en un comienzo: el texto es una cristalización de los encuentros que han tenido lugar entre los sujetos durante un proceso de investigación. De esta forma la **intertextualidad puede ser una estrategia de lectura** que permite cartografiar las diferentes posiciones de los distintos sujetos que influyen la producción del texto, entendiendo que — como lo propone Julia Kristeva (1981)— el sujeto puede ser leído también como un texto. En este sentido, el efecto naturalizante y objetivador que se desprende de la supuesta objetividad y neutralidad científicas queda diluido, para visibilizar y por tanto desplazar —aunque parcialmente— las relaciones de poder androcéntricas al uso en relación al género en la producción de conocimiento. En el caso de la **narratividad**, nuestra propuesta es que ésta puede ser utilizada como **una estrategia de escritura**, que no sólo de cuenta de la relación de diferentes sujetos, objetos y fenómenos en un relato, sino que logre hacerlo también dando cuenta de su proceso. En este sentido queremos tomar la distinción que hace Kristeva (1981) respecto a las tres categorías del relato: la palabra directa, la palabra objetal y la palabra ambivalente. **Las tres categorías refieren a las dimensiones de la autoría y los personajes en un relato.** La **palabra directa remite al objeto**, es **la palabra del autor**, tiene un carácter denotativo y procura resultar adecuada al objeto al que refiere. La palabra directa desconoce otras fuerzas y la influencia que pueden tener, palabras que Kristeva (1981) llama palabras extranjeras. La palabra objetal es el discurso directo de los personajes y aunque tiene una significación objetiva —como la palabra directa— no está al mismo nivel que la palabra del autor. Dicho de otra forma, la palabra objetiva en un texto es “la palabra extranjera subordinada a la palabra narrativa como objeto de la comprensión del autor” (Kristeva, 1981, p. 201). La palabra ambivalente es la tercera categoría: mediante ella el autor **utiliza la palabra de un otro** para darle un nuevo sentido, sin que la palabra pierda el sentido anterior. La palabra es ambivalente porque es el resultado de la yuxtaposición de dos sistemas de signos, cuyo efecto es la relativización del texto y por tanto también de las relaciones de poder en la producción del conocimiento, abriendo la puerta a su posible discusión pública.

Dadas las categorías del texto según Kristeva, podemos hacernos algunas preguntas respecto a nuestros textos de investigación, ya sean transcripciones de entrevistas, historias de vida, narrativas respecto al análisis o sobre su discusión, por ejemplo ¿qué

categorías predominan en el texto?, si los textos de una investigación son cristalizaciones de encuentros entre los sujetos involucrados ¿qué sucede con el papel de las autorías?, ¿quiénes son los personajes de nuestras narrativas? Sin embargo hay una pregunta que opera como hipotexto de las que acá hemos planteado: ¿podemos (y cómo) evitar la colonización del texto del otro en un proceso de investigación? En primer lugar es necesario reconocer la inequidad que produce el privilegio narrativo: en este sentido, como personas autoras de un artículo académico en un contexto académico, somos depositarias de un privilegio que las personas participantes no tienen: siempre serán las personas investigadoras quienes tienen la decisión final sobre lo que se plasma en un informe, en un monográfico o en un artículo (Adams, 2008). Por ejemplo, en el caso de esta investigación, ¿cómo tomar las historias de vida de Carlos y Alberto sin fracturarlas, sin trastocar sus sentidos? En primer lugar debemos reconocer que estas historias no aparecen espontáneamente: son producto dialógicos, y como tales son textos polifónicos. Así como en los relatos de Carlos la intertextualidad juega un papel fundamental para dotar de sentido a su experiencia, la posición de la persona entrevistadora es —en parte— también intertextual, en la medida que la persona entrevistadora cumple un papel activo en la construcción de ese mosaico de citas que es el texto de la entrevista. En este sentido las intervenciones durante la entrevista pueden operar como un dispositivo reflexivo pero también direccionador.

En la construcción de los relatos, la función de la entrevistadora no es únicamente la extracción o levantamiento de información, sino que facilita la articulación de una idea, si se quiere poner de alguna forma, “presta texto” para dar sentido a esa parte del relato. Tanto la entrevista narrativa como el análisis narrativo, son formas de producir un sentido en torno a un conjunto de relatos sobre un mismo fenómeno, en este ejemplo respecto a la masculinidad y los malestares asociados a la fibromialgia y el dolor crónico.

**La palabra ambigua de Kristeva** (1981) parece ser una figura esencial como estrategia de no-colonización del texto del otro, en tanto nos permite yuxtaponer los significados construidos por la persona autora del relato junto con el sentido que se le ha dado en la narrativa. Los textos que hemos escrito en conjunción con los relatos de Carlos y Alberto están íntimamente atados a estructuras sociales, culturales e ideológicas, sin embargo éstas no pueden ser tratadas como fuentes o influencias, sino que la autora al traer activamente la palabra de un otro (la palabra del feminismo como movimiento y teoría social y política) producen un sentido emancipador en la simbolización del malestar en el caso de Carlos, y un sentido normativizador de género en el caso de Alberto. Asumir dicha responsabilidad por parte de las científicas previene la colonización y el autoritarismo científicos y democratiza la ciencia, al abrirla a la discusión pú-

blica. El texto es una práctica y un producto al mismo tiempo, el estado de su intertextualidad representa una estructuración de palabras y actos de lenguaje que han existido anteriormente y que continuarán una vez que ese acto finalice. Citando a Graham (2000) si los textos que estamos escribiendo están hechos de pedazos sociales, entonces las tensiones ideológicas que caracterizan nuestro contexto social continuarán reverberando en el texto.

## Referencias

---

- Adams, Tony (2008). A review of narrative ethics. *Qualitative Inquiry*, 14(2), 175-194. <http://dx.doi.org/10.1177/1077800407304417>
- Albertín, Pilar (2008). Reflexive practice as ethics and political position: Analysis in an ethnographic study of heroin use. *Qualitative Social Work*, 7(4), 466-483. <http://dx.doi.org/10.1177/1473325008097141>
- Albertín, Pilar (2009). La práctica reflexiva en el texto etnográfico. Aproximaciones, relaciones y significados sobre el uso de heroína y otras drogas en una comunidad urbana. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(2), Art. 23. Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1328/2808>
- Amigot, Patricia y Pujal, Margot (2014) Desmedicalización del dolor en plataformas virtuales y empoderamiento subjetivo [Documento interno no publicado]. *Universidad Autónoma de Barcelona*.
- Anexo: Cronología de la Segunda Guerra Mundial (s.f.). En *Wikipedia*, recuperado el 20 de febrero de 2014 desde [http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Cronolog%C3%ADa\\_de\\_la\\_Segunda\\_Guerra\\_Mundial](http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Cronolog%C3%ADa_de_la_Segunda_Guerra_Mundial)
- Bakhtin, Mikhail (1981). Discourse in the novel. En Michael Holquist (Ed.), *The dialogic imagination: Four essays Austin* (pp. 269-422). Texas: University of Texas Press.
- Butler, Judith (1997/2001). *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Day Sclatter, Shelley (2003). What is the subject? *Narrative Inquiry*, 13(2), 312-330.
- Elkad-Lehman, Ilana & Greensfeld, Hava (2011). Intertextuality as an interpretative method in qualitative research. *Narrative Inquiry*, 21(2), 258-275. <http://dx.doi.org/10.1075/ni.21.2.05elk>
- Genette, Gérard (1997). *Palimpsests: Literature in the second degree* (C. Newman & C. Doubinsky, Trans.). Lincoln, USA: University of Nebraska Press.
- Gough, Brendan & Madill, Anna (2012). Subjectivity in Psychological Science: From Problem to Prospect. *Psychological Methods*, 17(3), 374-384. <http://dx.doi.org/10.1037/a0029313>
- Graham, Allen (2000). *Intertextuality*. Londres, Nueva York: Routledge.
- Haraway, Donna (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599. <http://dx.doi.org/10.2307/3178066>

- Harding, Sandra (1987). Is there a feminist method? En Sandra Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 1-14). Bloomington: Indiana University Press.
- Jackson, Cecile (2009). Researching the researched: Gender, reflexivity and actor-orientation in an experimental game. *European Journal of Development Research*, 21(5), 772-791. <http://dx.doi.org/10.1057/ejdr.2009.33>
- Kohler Riessman, Catherine (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. Thousand Oaks: SAGE Publications.
- Kaufman, Peter. (2013). Scribo Ergo Cogito: Reflexivity through Writing. *Teaching Sociology*, 41(1), 70–81. <http://dx.doi.org/10.1177/0092055X12458679>
- Kristeva, Julia (1978/1981). *Semiótica I* (2a ed.). Madrid: Editorial Fundamentos.
- Kristeva, Julia (1997). Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela. En Desiderio Navarro (Ed.), *Intertextualité* (pp. 1-24). La Habana: UNEAC, Casa de las Américas.
- Lather, Patty (1986). Research as Praxis. *Harvard Educational Review*, 56(3), 257-277.
- Marcus, George (1994). On Ideologies of Reflexivity in Contemporary Efforts to Remake the Human Sciences. *Poetics Today*, 15(3), 383-404. <http://dx.doi.org/10.2307/1773315>
- Morson, Gary Saul (2003). Narrativeness. *New Literary History*, 34(1), 59-73. <http://dx.doi.org/10.1353/nlh.2003.0008>
- Polkinghorne, Donald (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
- Pujal i Llombart, Margot (2003). La tarea crítica: interconexiones entre deseo, subjetividad y lenguaje. *Política y Sociedad*, 40(1), 129-140.
- Pujal i Llombart, Margot; Mora, Enrico; Albertín, Pilar & Amigot, Patricia. (2011). *Informe de Recerca. Les veus silenciades en temps "d'igualtat". El dolor des d'una perspectiva de gènere*. Barcelona: Institut Català de Dones.
- Pujal i Llombart, Margot & Mora, Enrico (2013). Dolor, trabajo y su diagnóstico psicosocial de género: un ejemplo. *Universitas Psicológica*, 12(4), 1181-1193.
- Pujal i Llombart, Margot & Mora, Enrico (2014). Subjetividad, salud y género: una aproximación al dolor crónico mediante la metodología del Diagnóstico Psicosocial de género. *Estudios de Psicología* 35(2), 212-238.
- Ricoeur, Paul (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189-207.
- Rodriguez, Amardo (2002). Redefining our understanding of narrative. *The Qualitative Report*, 7(1). Recuperado de 2012 de <http://www.nova.edu/ssss/QR/QR7-1/rodriguez.html>
- Rubin Damari, Rebecca. (2010). Intertextual stancetaking and the local negotiation of cultural identities by a binational couple. *Journal of Sociolinguistics*, 14(5), 609-629.
- Segunda Guerra Mundial (s.f.) En *Wikipedia*, recuperado el 20 de febrero de 2014 de [http://es.wikipedia.org/wiki/Segunda\\_Guerra\\_Mundial](http://es.wikipedia.org/wiki/Segunda_Guerra_Mundial)
- Silverstein, Michael & Urban, Greg (1996). *Natural histories of discourse*. Chicago: The University of Chicago Press.

Trester, Anna Marie (2012). Framing entextualization in improv: Intertextuality as an interactional resource. *Language in Society*, 41, 237-258.  
<http://dx.doi.org/10.1017/S0047404512000061>

Villalobos, Iván (2003). La intertextualidad en Kristeva y Barthes. *Rev. Filosofía Univ. Costa Rica*, 41(103), 137-145.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de:

**Atribución:** Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)

## 6. ¿Cómo escapar de una metodología de la investigación patriarcal? Claves teóricas, metodológicas y prácticas para una ruta de escape.

Tanto la perspectiva narrativa en las ciencias sociales como la teoría feminista, han interrogado algunas de las comprensiones dicotómicas centrales, tanto de la composición social como de los procesos científicos en la producción de conocimiento. En el caso de la perspectiva narrativa, su imposibilidad de localizarla dentro de una barrera disciplinaria específica ha provocado una relación transdisciplinaria (Kohler Riessman, 1993), que no sólo facilita, sino que obliga a problematizar los márgenes propios de una disciplina, a hacer dialogar diferentes posiciones teóricas, a observar las continuidades y discontinuidades en la comprensión de la experiencia humana por medio del acto de contar historias y narrar. En el caso de la teoría feminista y el feminismo, por un lado fortalece el carácter transdisciplinario que tiene la construcción del conocimiento. Desde su origen, la teoría feminista ha abordado el problema de la opresión, como un problema transversal a diferentes dimensiones de la vida y la experiencia; su respuesta de denuncia y de intervención frente a diversas formas de opresión, ha obligado a las teóricas feministas a producir un conocimiento complejo, que muestre cómo la comprensión de lo femenino como otredad no ha sido un asunto individual en diferentes campos del conocimiento, sino a distintas expresiones de un desarrollo científico patriarcal. Por otro lado, desde su infiltración en la universidad y la academia, y su anclaje a la acción social como movimiento sociopolítico, el feminismo y su teoría ha sido una de las fuentes más importantes para la producción de nuevas metodologías cualitativas (Parker, 2005, p.2). Su reflexión permanente sobre el carácter sociocultural de la producción sexual, que articulada con otras categorías como la clase y la raza, entre otras, sientan las bases de una estructura social opresiva, al mismo tiempo que se analizan las diferentes prácticas que emergen en este contexto. Es importante identificar y relevar las aportaciones que el feminismo ha hecho al desarrollo de las metodologías de investigación cualitativas por dos motivos: el primero de ellos obedece a que las relaciones de poder al interior de las instituciones científicas funcionan de manera tal que suelen invisibilizar estas aportaciones y desarrollos, mediante cuatro estrategias diferentes: la *usurpación* que supone reformular un conocimiento sin identificar al feminismo en su origen, la *devaluación* del trabajo, que se relaciona con disminuir el valor científico/académico, argumentando que el único valor de ese conocimiento es político. Luego está el *silenciamiento*, mecanismo en el cual un determinado conocimiento es reconocido pero excluido del saber general mediante su subvaloración y denominación como conocimiento de baja calidad, y por último el *lapsus genealógico*, estrategia que se

desmarca del contexto crítico donde han surgido los estudios feministas, ignorando que es un campo creado principalmente por mujeres<sup>4</sup> (Álvarez, Sánchez, y Beltrán, 2001). Por lo tanto reconocer el aporte del feminismo al desarrollo de nuevas perspectivas en metodologías de investigación es fundamental para no negar el papel de las mujeres en una actividad que ha sido un aporte fundamental en las ciencias sociales. En segundo lugar, el trabajo del feminismo en las metodologías cualitativas de investigación, ha permitido la interrogación epistemológica de las constituciones binarias del saber, el reclamo de una objetividad “más real” como diría Eulalia Pérez (2008), y el despliegue de una serie de procesos que democratizan las relaciones sociales en general y la producción de conocimiento en particular. Esto que hasta acá he descrito, ha sido solo posible mediante el cuestionamiento y el rechazo a aquello que se nos ha presentado históricamente como dado y como natural. La retórica de la ciencia patriarcal ha sido particularmente hábil para construir una noción de verdad científica que se presenta como objeto natural, por lo mismo, desmontar esta retórica ha necesitado de un esfuerzo cognitivo, afectivo y material intenso y permanente, con la misma o mayor habilidad, que no solo sean capaces de dar una nueva mirada, sino también de producir nuevas metodologías, métodos y técnicas en tanto que, en palabras de Audre Lorde (1984/2007), no es posible desmontar la casa del amo utilizando sus herramientas; es decir no podemos producir otras formas de conocimiento que sean críticas y comprometidas al cambio social, utilizando las estrategias y metodologías científicas patriarcales. De esta manera la teoría feminista funciona no solo como “una perspectiva más”, sino más bien como una perspectiva de investigación con conciencia crítica de las relaciones de dominación. Así, trabajar con metodologías feministas me ha permitido pensar formas de visibilizar esas relaciones, y desde allí desarrollar alternativas a los modelos metodológicos tradicionales. En este sentido, he decidido agrupar los aspectos que me son más significativos respecto a esta investigación doctoral, sus discusiones y sus conclusiones en torno a la producción de nuevas propuestas metodológicas, en tres puntos: (i) el agotamiento de las metáforas de investigación, (ii) los binarismos en la investigación tradicional-patriarcal y sus falsos dilemas, y (iii) la generación de nuevas estrategias para producir significado. Estos tres puntos, que propongo no tanto como categorías de clasificación de algunos hallazgos, sino más bien como ejes de discusión de éstos, son producto de una triada dialéctica que pone en juego la literatura trabajada en un primer vértice, en un segundo vértice mis propias experiencias resultantes del trabajo con

---

<sup>4</sup> Estos cuatro mecanismos de invisibilización han sido primeramente desarrollados por la antropóloga feminista Teresa del Valle. El texto del cual se citan, *Feminismos: debates teóricos contemporáneos* de Silvina Álvarez, Cristina Sánchez, y Elena Beltrán (2001), desarrolla este problema a partir del trabajo de del Valle.



narrativas y en el tercero un trabajo de teorización colaborativa entre las personas participantes de esta investigación doctoral en conjunto conmigo, respecto a sus experiencias y a la reflexión sobre éstas en el trabajo con narrativas y elementos narrativos en contextos de investigación social cualitativa. Esta tríada dialéctica ha sido pensada como una forma de reflexionar sobre los aspectos necesarios de incorporar a una nueva propuesta metodológica, desde las perspectivas narrativas y las epistemologías feministas como núcleo duro, que no reduzca lo metodológico a un puro ejercicio de creatividad individual sin asidero en la praxis, ni a la pura práctica sin reflexión. Es más bien la posibilidad de pensar una metodología que para no caer en estas posiciones polares, esté permanentemente deambulando entre la vida sin concepto y el concepto sin vida, como diría de Gaujelac (2006).

### *6.1 Vértice 1\_Agotamiento de las metáforas, binarismos metodológicos y falsos dilemas: propuestas teórico-metodológicas para salir de este problema.*

Como primer punto de encuentro y discusión entonces, el problema de la metáfora aparece como una idea fundamental de interrogar. Primero, porque el estudio de las metáforas en la investigación cualitativa es también el estudio de artefactos de pensamiento (Román Brugnoli, 2007). La metáfora no solo cumple un papel ilustrativo, sino que encierra en sí misma un ejercicio cognitivo que nos abre o nos cierra posibilidades para pensar un problema social o un problema de investigación. Segundo, la elección de una metáfora sobre otras conlleva no solo diferencia entre sus prácticas lingüísticas, sino también prácticas materiales diferentes. El papel de lo metafórico en la investigación ya había sido denunciado por Evelyn Fox Keller (1991) cuando analiza la metáfora baconiana de la ciencia y sus efectos de verdad. La metáfora baconiana le da un ethos a la ciencia de dominación y conquista. Sobre ello va encadenada a una segunda metáfora, donde la actividad científica es un matrimonio casto y heterosexual. El análisis de Fox Keller (1991) sobre las metáforas baconianas no solo muestra la definición de la práctica científica, respondiendo qué es y qué hace la ciencia, también nos muestra “quién hace qué” y sobre quién lo hace. El problema de las metáforas de investigación es tan amplio y tan determinante que en términos del núcleo duro de este trabajo, ha sido tanto trabajado desde las epistemologías feministas, como desde lo narrativo. Desde las epistemologías feministas, y sus reflexiones metodológicas, autoras como la misma Fox Keller (1991), Donna Haraway (1995), Patti Lather (2006 y 2009) y Lorraine Code (2012) han reclamado, propuesto y utilizado metáforas nuevas, diferentes y alternativas, como por ejemplo -dentro de las metáforas lumínicas- el movimiento de la idea de refracción hacia la de

difracción, nos permite pensar otra forma de investigar, donde aquello que se conoce ya no es la devolución de un reflejo idéntico del objeto iluminado, sino que una imagen desplazada y diferente de aquello que se pretende conocer. La metáfora de la difracción nos permite pensar un mundo donde los objetos no son transparentes ni racionales, sino que oscuros e impredecibles. Desde el estudio de lo narrativo y su uso metodológico, las metáforas también han jugado un papel central en la definición de sus usos y roles: por un lado aparece la analogía de lo narrativo como una caja de herramientas, versus la narrativa como método. Estas posiciones aparecen tanto en el trabajo de Michael Bamberg (2012) como en el de otras investigadoras, incluyendo algunas de las personas participantes del trabajo de campo en esta tesis. El uso de diferentes metáforas sobre lo narrativo marca una diferencia metodológica y técnica entre ellas, donde lo narrativo puede posicionarse como perspectiva (la narrativa como método) o puede ser instrumentalizada al servicio de otras perspectivas (la narrativa como caja de herramientas). La elección de una metáfora u otra, nuevamente, no solo trae diferencias discursivas, sino también diferencias en la práctica metodológica y en los productos de la investigación. Dicho lo anterior, para una propuesta metodológica crítica y comprometida con una práctica pro social, es fundamental la examinación y reflexión profunda y permanente de las metáforas utilizadas, tanto por las personas investigadoras como las personas participantes, dados los efectos discursivos y materiales que trae consigo el uso de metáforas, y por lo tanto, la responsabilidad que conlleva ese proceso.

Nuestro segundo punto de encuentro es la permanente presencia de los binarismos en la ciencia patriarcal, y los falsos dilemas que nos propone. Los estudios feministas de la ciencia y las epistemologías feministas han sido claros en denunciar esta abundancia de binarismos; bajo las premisas dicotómicas de objetividad-subjetividad, teoría-práctica, recogida-análisis, entre otras, se ha instalado una lógica de asepsia entre los diferentes procedimientos, actores y momentos de un proceso de investigación. Esta lógica aséptica ha tenido por objeto neutralizar todos aquellos valores no cognitivos que puedan formar parte de la práctica científica (Fox Keller, 1991; Pérez, 2008). Por otro lado, dada su potencia histórica, los mecanismos estructurales de la cultura patriarcal, y el adoctrinamiento del que hemos sido sujetos respecto a estas prácticas científicas, salir del entramado binario y recomponer un campo de investigación complejo es una tarea ardua. En primer lugar porque las lógicas binarias son capaces de instalar discusiones que funcionan como trampas lógicas o falsos dilemas. La dependencia de las ciencias sociales de los modelos científicos patriarcales, y sobre eso, modelos adoptados de las ciencias naturales, reproducen un tipo de discusión que

no responde a las necesidades de las ciencias sociales, dada las particularidades de nuestros objetos de estudio y sus significativas diferencias con los objetos de otros campos del conocimiento. Por lo tanto, al reproducir las discusiones respecto a la objetividad y la subjetividad, definidas por los estándares tradicionales (y por ende patriarcales), parece ser un ejercicio estéril que, sin embargo ha utilizado una gran cantidad de espacio y energía en el desarrollo teórico de la psicología social y otras ciencias sociales, sin tener efectos concretos más allá de la cristalización de una investigación social reaccionaria, o a lo menos, a-crítica.

Dicho lo anterior, el cruce metodológico narrativo-feminista/anti-patriarcal es capaz de ofrecer alternativas a la comprensión binaria que afecta tanto a las epistemologías como a las metodologías patriarcales. Desde lo epistemológico aparece la necesidad de subvertir las relaciones sujeto-investigador-dominador/objeto-investigado-dominado, en tanto esta lógica sobre la producción de conocimiento es la que permite que los grupos sociales dominantes creen conocimiento respecto a sujetos y grupos subalternos, que respondan a sus propios intereses, agendas y proyectos ideológicos. La producción del binarismo está diseñada para detener ese proceso, por lo que la sustitución del diseño binario por una propuesta que sea capaz de reconocer la complejidad de los procesos de investigación, su relación con los procesos sociales, el rol de lo psíquico, de la subjetividad y de las estructuras y contextos socioculturales, no es tanto un objetivo en sí mismo, sino más bien una demanda que viene desde la necesidad de realizar una investigación políticamente consciente, y por lo tanto, emancipadora.

La articulación narrativo-feminista/anti-patriarcal viene precisamente a responder algo de aquello, en la medida que no es una propuesta técnica, sino una propuesta epistemológica-metodológica, asunto que nos lleva a nuestro tercer punto: ¿cómo producir nuevas estrategias de investigación desde esta lógica? Si lo narrativo funciona como un lugar transicional entre las dimensiones psíquicas, subjetivas y socioculturales, al estar atravesado por lo feminista, esa transicionalidad es dotada de un componente político donde la posición psicosocial (lo que el feminismo llama interseccionalidad) se convierte, en palabras de Adrienne Rich (1984) en una política de la posición. De lo contrario categorías de opresión enclavadas en la estructura patriarcal, como el género, la clase y la raza, solo funcionarán como identidades descriptivas, anulando su potencial como categorías de análisis de las relaciones de poder, y por lo tanto como categorías políticas. Lo que una propuesta narrativo-feminista/anti-patriarcal hace es

tomar lo transicional de lo narrativo y difractorlo a la luz del género, y su relación con otras categorías sociales, como una política de la posición.

Luego, si tomamos la relación entre epistemología y metodología de Sandra Harding (1987) una epistemología de lo narrativo que considere el lugar de lo político en la producción de conocimiento científico, sólo es posible de ser pensada desde una perspectiva narrativa, donde lo metodológicamente narrativo es una consecuencia lógica de la posición epistemológica, como hemos planteado en Schöngut Grollmus y Pujol Tarrés (2015)

“La investigación narrativa es la acción investigativa que deriva de la perspectiva narrativa, que a su vez hace referencia a una determinada comprensión de la realidad. La posibilidad de la creación de conocimientos transformadores que funcionen como acción política, sólo es posible de pensarse desde una perspectiva narrativa, en tanto que una técnica o método de investigación no es más que el desprendimiento o el efecto técnico de tales posiciones” (p. 43)

Esta relación es lo suficientemente estructurada para entender el papel de lo político en lo epistemológico, pero al mismo tiempo lo suficientemente laxa para no ser prescriptiva en términos procedimentales o técnicos. Desde lo metodológico el desafío es, precisamente, crear metodologías que incorporen estrategias de salida a los problemas planteados, considerando los puntos centrales que he planteado para una propuesta narrativo-feminista/anti-patriarcal, los cuales explicaré a continuación, en nuestro tercer punto de encuentro: la búsqueda de nuevas estrategias para la producción de significado.

Retomando la lógica de Sandra Harding (1987) me parece importante volver a distinguir entre metodología y técnica, la primera como estrategia (o el arte de dirigir un asunto de algún orden) y la segunda como la aplicación de un procedimiento. Dado que para Harding (1987) el método o la técnica es un asunto restringido; “all evidence gathering techniques fall into one of the following categories: listening to (or interrogating) informants, observing behaviour, or examining historical traces or records” (p. 2); esta tesis se ha dirigido a lo primero. Por supuesto no se puede negar la diversidad de técnicas que se pueden encontrar al interior de cada una de estas categorías, así como es necesario reconocer también que pueden existir técnicas más prescriptivas y técnicas más libres y creativas (Chamberlain, 2012). Sin embargo

esas técnicas deben obedecer a una lógica más general, por lo mismo no quiero pensar o desarrollar una técnica ni una tecnología de la investigación social, en tanto esto puede ser sumamente limitante. Lo que quiero es pensar en estrategias y prácticas que me permitan transitar entre escuchar y visibilizar las diferentes experiencias que pueden aparecer en un proceso de investigación, incluyendo las mías, y la posibilidad de pensar y reflexionar sobre esas experiencias en forma colaborativa. Tiene que ver con asumir la posición de persona investigadora, y cómo desde esa posición podemos desarrollar prácticas de investigación más democráticas, que sean capaces de construir nuevos significados sobre la experiencia, que no borren el significado anterior, sino que se conecten y dialoguen, incorporando sus acuerdos, similitudes, sus incoherencias y contradicciones, como forma de producir conocimiento.

Por lo tanto cabe preguntar una cosa que en cierto modo no es posible responder, al menos, no en su totalidad ¿cómo debe ser o qué características debe tener una estrategia narrativo-feminista/anti-patriarcal de investigación? Primero, me parece necesario mencionar que la dificultad en responder esta pregunta radica en que se desprende de otra pregunta difícil; la pregunta por (qué es) una investigación feminista. Segundo, la imposibilidad de responder a cualquiera de ambas preguntas en su totalidad está en que es posible caracterizar algunos mínimos de la investigación feminista y/o anti patriarcal pero no sus máximos. Algunos de estos mínimos de la investigación feminista se localizan en la preocupación por el proceso, el compromiso político, su interés por las relaciones de poder, subordinación y resistencia, la valoración de la subjetividad de las personas investigadoras, etc., entre otras características relevantes. Sin embargo estas características se desprenden de un propósito mayor: que la investigación feminista y/o anti patriarcal comienza con la interrogación y con la crítica de las bases androcéntricas de la investigación patriarcal, desafiando las metodologías y métodos tradicionales de esas formas de investigación, e incluyendo el género como categoría de análisis (Hesse-Biber, 2012). Esta propuesta para una investigación narrativo-feminista/anti-patriarcal es una invitación, pero no un límite, a este proyecto.

## 6.2 *Vértice 2\_Experiencias propias en la investigación narrativa.*

Cuando pensamos las metodologías narrativas como una práctica que se desprende de una perspectiva narrativa de investigación, la narrativa adquiere una característica particular: funciona como un espacio transicional entre lo psíquico y lo cultural, lo que le da a las

metodologías narrativas una distinción particular dentro de las diferentes metodologías cualitativas. En Schöngut Grollmus y Pujal i Llombart hemos planteado que:

“la narrativa es un texto abierto que está en constante relación con otros textos (sociales, psicológicos, de género, etc.) donde es afectada por éstos al mismo tiempo que también los afecta (Elkad-Lehman & Greensfeld, 2011). Con ello se rompe con el discurso científico mainstream, y sus pretensiones de objetividad y neutralidad al construir al sujeto como un hecho dado y no una producción socio-histórica y discursiva que pretende regular. Esta cuestión afecta sobre todo a los sujetos y grupos que ocupan posiciones subordinadas, como las mujeres o personas que no responden a la normatividad de género” (p. 91)

La aparición de trabajos en esta clave metodológica como el de Martínez-Guzmán y Montenegro (2014) por ejemplo, han permitido evidenciar cómo lo narrativo se ha ido configurando en diferentes abordajes metodológicos que permiten analizar las costuras entre distintas intersecciones psicosociales, como por ejemplo los cruces entre subjetividad, lenguaje y acción en el caso del trabajo recién citado, donde “el modo narrativo propone un particular modo de ser, de conocer y de hacer, articulando tres registros en un abordaje específico: el ontológico, el epistemológico y el metodológico” (Martínez-Guzmán y Montenegro, 2014, p. 112). Este modo específico implica que la narrativa no es únicamente una foto, una cristalización o sedimento de una experiencia. La narrativa, mediante su trama, conecta objetos humanos y no humanos de nuestra experiencia, acciones, respuestas, secuencias y argumentos, entre otros, en lógicas temporales (Clegg y Bailey, 2008; Martínez-Guzmán y Montenegro, 2014). Desde esta perspectiva, las metodologías narrativas son capaces de generar y producir redes, entramados y tejidos sociales mediante el análisis de la experiencia de las personas. Por ejemplo, en el artículo *Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones* (Schöngut Grollmus, 2013), la narrativa nos ha permitido comprender la transicionalidad que opera tras la construcción de la masculinidad como identidad, la masculinidad como un significado que intersecta experiencias, cuerpos, lugares, temporalidades, etc.

La idea de las metodologías narrativas como productoras de dispositivos de investigación transicionales, también recoge un segundo punto de interés. Son metodologías de investigación cualitativa “que ofrecen una mirada donde distintas posiciones de sujeto entran en juego. No se trata de mostrar experiencias individuales en un sentido representacional, sino de generar conocimientos desde las distintas posiciones de sujeto que hemos ido viendo” (García y Montenegro, 2014, p. 78). En este sentido, las metodologías narrativas son capaces de responder a las nuevas exigencias epistemológicas que aparecen desde las epistemologías feministas, encarnando la posibilidad de abstenerse de modelos representativos para favorecer modelos de conocimientos locales y contextuales. Estos modelos también permiten la visibilización de experiencias desde posiciones subalternas o marginales; como por ejemplo muestro en el artículo *Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones*. (Schöngut Grollmus, 2013)

“desde esta óptica las narrativas de Mario y Fabio no solo muestran un proceso individual de construcción de la masculinidad, sino también se posicionan políticamente en torno a los roles masculinos que ellos se sienten llamados a cumplir, y la repercusión subjetiva y social que estas posiciones pueden tener. El segundo tiene que ver con la posibilidad de otorgar voz a sujetos excluidos de las escenas mainstream.” (p. 77)

Otras formas o propuestas metodológicas son la producción de narrativas del malestar (Schöngut Grollmus y Pujol, 2015) como narrativas que no solo muestran una experiencia a nivel cognitivo, sino que encarnan también la transmisión o producción de un afecto por parte de las personas lectoras como una posibilidad de resistencia, o la creación de contranarrativas, entendidas como una “intervención modesta para luchar contra las formas de subalternización” (García y Montenegro, 2014, p. 82), las que permiten ofrecer los productos emergentes de metodologías narrativas, con bases epistemológicas feministas, como algo que se puede mover no solo en lo académico o lo científico, sino que al tener coherencia y ser comprensibles por sí mismas en tanto son difracciones de la experiencia, pueden funcionar también transdisciplinariamente con la literatura, con el arte, con la acción social, etc.

### 6.3 Vértice 3\_Experiencias de teorización colaborativa entre personas participantes en mi investigación.

En este vértice encontramos un segundo problema que una propuesta metodológica narrativo-feminista/anti-patriarcal debe considerar: las relaciones de poder. “La irrupción de la teoría feminista en la epistemología y la metodología ha supuesto un desafío a la negación positivista de la relación entre el conocimiento —y las prácticas que generan el conocimiento— y el poder, jugando un papel clave en la conceptualización y re-construcción de la investigación como un proceso relacional, responsable y reflexivo” (Gandarias Goikoetxea, 2014, p. 128). Es importante que la consideración de las relaciones de poder entre persona investigadora y persona participante no puede ser eliminado, sino solo es posible de ser asumido y desde ese punto, es necesario introducir prácticas metodológicas para democratizar las relaciones al interior del proceso de investigación. De esta forma el diseño de tal estrategia metodológica debe incorporar esta dimensión en al menos dos formas posibles. La primera tiene que ver con el diseño de una estrategia no colonizante, que democratice el proceso de investigación mediante la incorporación de prácticas co-participativas. Al respecto es necesario pensar en *estrategias de cartografía* de la investigación, que permitan distinguir las diferentes voces que se materializan al interior de una narrativa en el curso de un proceso de investigación. Como primera y principal preocupación tras estas estrategias, está la necesidad de reconocer esas *otras voces* que provienen desde los márgenes, moduladas por el cruce entre posiciones periféricas de la clase, la raza, el género, la sexualidad y la religión, entre otras categorías sociales, y que por su posición subalterna son generalmente silenciadas, normalizadas o apropiadas por otras posiciones con mayor hegemonía. Por lo mismo, en Schöngut Grollmus y Pujol Tarrés (2015), hemos propuesto la necesidad de producir:

“posiciones cooperativas sobre la investigación o la producción de narrativas dobles –donde producimos un primera narrativa en torno al fenómeno que nos preocupa y una segunda narrativa reflexiva que funcione como una cartografía de subjetividades– son alternativas posibles que –aunque no superen completamente la dicotomía recogida-análisis de datos, sí permiten pensar modelos más democratizados de investigación social” (p. 44)



Un diseño de estas características toma en cuenta las relaciones de poder que se inscriben en un proceso de investigación, mediante una negociación permanente del control de éste (Barton, 2005; Lather, 1986; Oliver, 1997). Tal cosa sólo puede lograrse mediante una estrategia metodológica cuyo foco esté en la reciprocidad como estrategia de participación, la politización de la práctica científica y el empoderamiento de las personas participantes, mediante un proceso de reflexión y teorización conjunta sobre la experiencia de las participantes y de la investigadora, mediada por el proceso de investigación (Lather, 1986). Esta es una tarea compleja en la medida que requiere una relación diferente con el objeto de estudio, principalmente en torno a las materialidades y temporalidades de la investigación (Barton, 2005). No es posible pensar en una estrategia de este tipo cuando el foco está únicamente en lo técnico y lo contextual: cuando las estrategias metodológicas se piensan solo bajo lógicas técnicas de investigación, regidas por variables como tipos de entrevistas, factores económicos, exigencias de publicación, y todas aquellas limitantes que hoy contextualizan el trabajo académico que realizamos, no pueden existir este tipo de diseños metodológicos. Una práctica recíproca y empoderante requiere una relación diferente al objeto de estudio y una metodología narrativo-feminista/anti-patriarcal pretende apuntar en esa dirección, donde por ejemplo encontramos diferentes aproximaciones a prácticas de registro del trabajo de campo y de su posterior análisis, que se sostienen precisamente en estrategias que intentan capitalizar la colaboración por sobre la imposición de contenidos y/o colonización de la experiencia (ver por ejemplo Balasch y Montenegro, 2003; Biglia y Bonet-Martí, 2009; Fulladosa-Leal, 2014; Martínez-Guzmán y Montenegro, 2014; Schöngut Grollmus, 2013; Schöngut Grollmus y Pujal i Llombart, 2014; Schöngut Grollmus y Pujol Tarrés, 2015).

El trabajo de teorización colaborativa no es la fusión de las diferentes posiciones en un discurso homogéneo donde no se pueden distinguir las voces posiciones que la componen, esto sería, en algún sentido, reproducir las estrategias de invisibilización que hemos revisado anteriormente. Por lo tanto, la segunda forma de incorporar el problema de las relaciones de poder desde la reciprocidad y la colaboración en una propuesta metodológica narrativo-feminista/anti-patriarcal, es mediante la incorporación de prácticas reflexivas. Incorporar la reflexividad es un problema complejo, en primer lugar, por el sedimento científico patriarcal que aún cargamos como efecto de nuestra formación académica, científica y profesional (Lather, 1986). Las resistencias, por ejemplo, que se encuentran frecuentemente en contextos académicos y científicos para adoptar nuevas prácticas de escritura y nuevas formas de difusión de la investigación, permiten evidenciar algunas de las dificultades que vienen de esta

sedimentación. En segundo lugar, la reflexividad es en sí misma compleja, como plantea Finlay (2008), debido a los procesos que involucra, el hecho de que la *reflexión sobre la reflexividad* involucra aspectos y dimensiones tácitas de la experiencia, la hace un concepto difícil de aprehender, y por lo mismo complejo de reproducir e implementar. Otra dificultad planteada por Linda Finlay (2008) es que la reflexividad no puede funcionar como un concepto abstracto, en tanto solo se puede producir y desarrollar en un contexto específico. Por lo mismo la incorporación de la reflexividad como estrategia metodológica obedece a prácticas y contextos específicos y no hipotético-deductivos. En Schöngut Grollmus y Pujal i Llombart (2014) planteamos que:

“la reflexividad puede entenderse como una práctica de la posición de la subjetividad de la investigadora, donde la subjetividad se construye a través de un complejo entramado de significados, de afectos, de hábitos, de disposiciones, de asociaciones y de percepciones resultantes de las interacciones del sujeto y de cómo éste las interpreta/construye a través de los deseos posibles” (Pujal, 2003, p. 139). De esta forma la subjetividad —según Pujal (2003)— no es un efecto de la experiencia “genuina e individual” (p. 139) sino que una experiencia mediada por las relaciones interpersonales y el lenguaje” (p. 95)

Su indeterminación, multidimensionalidad y co-afectación de sus factores involucrados hacen de la reflexividad una tarea compleja, que no es posible de prescribir mediante técnicas específicas, sino que —en consonancia con una de las preocupaciones de las epistemologías feministas— más sobre ciertas estrategias de escucha, lectura y escritura que permitan pensar nuestro papel como investigadoras, analizar nuestras acciones en base a nuestra posición e intertextualidad como lugares políticos-enunciativos (Gandarias Goikoetxea, 2014; Rich, 1984). Dicho esto, la propuesta que hacemos en Schöngut Grollmus y Pujal i Llombart (2014) para ejercer una reflexividad mediante una lectura intertextual y una escritura narrativa tiene por objetivos, en el caso de la intertextualidad comprender las conexiones que permiten la producción de un texto de investigación en una lógica cartográfica, como buscando las costuras desde una política de la posición. En Schöngut Grollmus y Pujol (2015) hemos planteado que:

“Todo tiene una historia narrable y es tan válido preguntarse cómo se ha escrito un libro como también preguntarse cuál es el origen de algunas prácticas, como por ejemplo puede ser una tesis de la universidad”<sup>5</sup>. La figura de esa narrativa propia permite ir construyendo cartografías de la subjetividad, dibujando los límites entre nuestra lectura teórica e interpretativa como investigadoras, y aquellas que pertenecen a la persona participante. Sin embargo estas cartografías no deben constituirse como la construcción de fronteras entre participante e investigadora, sino que se trata de establecer costuras en las que se puedan consolidar discursos y materialidades críticas sobre los temas de estudio, por medio de la reflexión en conjunto sobre éstos” (p. 41)

En el caso de la narratividad, nos permite ocuparnos de la dimensión temporal y del proceso en el desarrollo de una narrativa. En este sentido, lo que intentamos hacer desde una práctica reflexiva es generar una palabra ambivalente:

“mediante ella el autor utiliza la palabra de un otro para darle un nuevo sentido, sin que la palabra pierda el sentido anterior. La palabra es ambivalente porque es el resultado de la yuxtaposición de dos sistemas de signos, cuyo efecto es la relativización del texto y por tanto también de las relaciones de poder en la producción del conocimiento, abriendo la puerta a su posible discusión pública” (Schöngut Grollmus y Pujal i Llombart, 2014, p. 108)

La palabra ambivalente, como estrategia metodológica, se produce cuando realizamos una lecto-escritura de la investigación desde la intertextualidad y la narratividad. Desde una lógica no técnica ni prescriptiva, nos permite pensar en formas de investigación que mediante distintas prácticas creativas podamos producir conocimientos diferentes, no patriarcales. Son estrategias que intentamos constituir como no dominantes y no opresivas, que no intentan borrar el significado anterior de la experiencia, sino reconocerlo y articularlo con esas lecturas e

---

<sup>5</sup> La primera frase de esta cita es una viñeta de la narrativa de Sara Martín Alegre, producida en el marco de esta tesis doctoral y publicada parcialmente en el artículo mencionado. Por favor referirse a éste para la referencia completa.

interpretaciones difractadas que como personas investigadoras hacemos desde nuestra propia posición. No cabe duda que este tipo de metodologías son difíciles de desarrollar y de implementar por diferentes motivos: la resistencia que encuentran en el contexto académico tradicional, los recursos económicos, temporales, subjetivos, afectivos y sociales que demandan, y la dificultad inherente de reconocer la propia posición y los posibles privilegios y limitaciones que ello conlleva, son solo algunos de los posibles problemas que enfrentamos al hacer esta línea de trabajo. Pese a ello es un esfuerzo que me parece necesario, porque si bien es una faena que se inicia con la detección de la opresión, y por lo tanto del sufrimiento, ofrece también otras formas de existir y experimentar, y en ese sentido mostrar cómo una propuesta metodológica puede convertirse también, en palabras de Nagore García y Marisela Montenegro (2014), en una estrategia modesta de resistencia.

## 7. Referencias bibliográficas (no incluidas previamente).

- Albertín, P. (2008). Reflexive practice as ethics and political position: Analysis in an ethnographic study of heroin use. *Qualitative Social Work*, 7(4), 466–483.
- Álvarez, S., Sánchez, C., y Beltrán, E. (2001). *Feminismos: debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Amigot Leache, P., y Pujal i Llombart, M. (2009). Una lectura del género como dispositivo de poder. *Sociológica*, (70), 115–152.
- Austin, J. (1962). *How to do things with words*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Balash, M., y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros En Psicología Social*, 1(3), 44–48.
- Bamberg, M. (2012). Narrative Analysis. En H. Cooper (Ed.), *APA Handbook of Research Methods in Psychology* (Vol. 2). Washington DC: APA Press.
- Barthes, R. (1977). Introducción al análisis estructural del relato. En S. Niccolini (Ed.), *Análisis estructural*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Barton, L. (2005). Emancipatory research and disabled people: some observations and questions. *Educational Review*, 57(3), 317–327.
- Bassi Follari, J. (2014). Quantitative/Qualitative: The Paleozoic Debate. En *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research* (Vol. 15). Recuperado de <http://qualitative-research.deparraf.com/index.php/fqs/article/view/1993>
- Biglia, B., y Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *ForumQualitativeSozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), Art. 8.
- Boscán, A. (2011). Perspectivas epistemológicas y metodológicas de la investigación feminista. *Opción: Revista de Ciencias Humanas Y Sociales*, (65), 160–182.

- Bourdieu, P. (1980). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Burman, E. (1996). The crisis in modern social psychology and how to find it. *South African Journal of Psychology*, 26(3), 135–142.
- Burman, E. (1997). Minding the gap: positivism, psychology and the politics of qualitative research. *Journal of Social Issues*, 53(4), 785–803.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Chamberlain, K. (2012). Do you really need a methodology? *QMIP Bulletin*, (13), 59–63.
- Clandinin, D. J., y Connelly, M. (2000). *Narrative Inquiry: Experience and Story in Qualitative Research*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Clegg, R., y Bailey, J. (Eds.). (n.d.). *International Encyclopaedia of Organization Studies*. ThousandOaks, CA: SAGE.
- Cobler, D. (2005). La ciencia patriarcal. En A. Grande y D. Cobler (Eds.), *Lo legal y lo legítimo* (pp. 27–38). Buenos Aires: Paradigma.
- Code, L. (2012). Taking Subjectivity into Account. En C. W. Ruitenberg y D. C. Phillips (Eds.), *Education, Culture and Epistemological Diversity* (Vol. 2, pp. 85–100). SpringerNetherlands. Recuperado de [http://dx.doi.org/10.1007/978-94-007-2066-4\\_5](http://dx.doi.org/10.1007/978-94-007-2066-4_5)
- Czarniawska, B. (2004). *Narratives in Social Science Research*. London: SAGE Publications.
- Dan, A. J. (2013). Emancipatory Research: Then and Now. *Sex Roles*, 68(1-2), 163–167.
- de Gaujelac, V. (2006). Opciones metodológicas. En V. de Gaujelac y S. Rodríguez Márquez (Eds.), *Historia de Vida. Psicoanálisis y Sociología Clínica* (pp. 49–59). Querétaro: Ediciones UAQ.
- Denzin, N. (2008). The new paradigm dialogues and qualitative inquiry. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 21(4), 315–325.

- Denzin, N., y Lincoln, Y. (2005). Introduction: The discipline and practice of qualitative research. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (3a ed., pp. 1–32). Londres: SAGE.
- Denzin, N., y Lincoln, Y. (2011). Introduction: The discipline and practice of qualitative research. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research* (4a ed., pp. 1–20). Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Denzin, N., Lincoln, Y., y Smith, L. (2008). Introduction: Critical methodologies and indigenous inquiry. En N. Denzin, Y. Lincoln, y L. Smith (Eds.), *Handbook of Critical and Indigenous Methodologies* (4a ed., pp. 1–20). Londres: SAGE.
- DeVault, M. (1999). *Liberating method: Feminism and social research*. Philadelphia: Temple University Press.
- Donmoyer, R. (2006). Take My Paradigm... Please! The Legacy of Kuhn's Construct in Educational Research. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 19(6), 11–34.
- Finlay, L. (2008). Reflecting on "Reflective practice." *PBPL*, 29, 1–27.
- Fox Keller, E. (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Editorial Alfons el Magnànim.
- Fulladosa-Leal, K. (2014). Creando puentes entre la formación y la creatividad: Una experiencia de investigación activista feminista. *Universitas Humanística*, 79(79).
- Gandarias Goikoetxea, I. (2014). Tensiones y distensiones en torno a las relaciones de poder en investigaciones feministas con Producciones Narrativas. *Quaderns de Psicologia*, 16(1).
- García, N., & Montenegro, M. (2014). Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 14(4), 63–88.

- Gorlier, J. (2008). *¿Confiar en el relato? Narración, comunidad, disidencia*. Mar del Plata: Editorial Fudem.
- Grasswick, H. E., y Webb, M. O. (2002). Feminist epistemology as social epistemology. *Social Epistemology*, 16(3), 185–196.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Valencia: EdicionesCátedra.
- Harding, S. (1987). Introduction: Is there a feminist method? En S. Harding (Ed.), *Feminism and methodology: social sciences issues* (pp. 1–14). Bloomington: Indiana University Press.
- Hesse-Biber, S. N. (2012). Feminist Research: Exploring, Interrogating, and Transforming the Interconnections of Epistemology, Methodology, and Method. En S. N. Hesse-Biber (Ed.), *Handbook of feminist research: theory and praxis* (pp. 2–26). Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Hart, J. y Scott Metcalfe, A. (2010). Whose Web of Knowledge™ Is It Anyway?: Citing Feminist Research in the Field of Higher Education. *The Journal of Higher Education*, 81(2), 140–163.
- Kagan, C., y Burton, M. (2000). Prefigurative action research: an alternative basis for critical psychology. *Annual Review of Critical Psychology*, (2), 73–87.
- Kohler Riessman, C. (1993). *Narrative Analysis*. California: SAGE.
- Kohler Riessman, C. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. USA: SAGE.
- Lather, P. (1986). Research as Praxis. *Harvard Educational Review*, 56(3), 257–277.
- Lather, P. (2001). Postbook: Working the ruins of feminist ethnography. *Signs*, 199–227.
- Lather, P. (2006). Paradigm proliferation as a good thing to think with: teaching research in education as a wild profusion. *International Journal of Qualitative Studies in Education*, 19(1), 35–57.
- Lather, P. (2009). Getting Lost: Feminist Efforts toward a Double(d) Science. *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 30(1), 222–230.



- Lorde, A. (1984). *Sister outsider*. Berkeley: Crossing Press.
- Lozano Rubio, S. (2011). Gender Thinking in the Making: Feminist Epistemology and Gender Archaeology. *NorwegianArchaeologicalReview*, 44(1), 21–39.
- Madrid Ramírez, R. (2001). Derrida y el nombre de la mujer. Raíces deconstructivas del feminismo, los estudios de género y el feministlaw. *Anuario Da Facultade de Dereito*, (5), 403–429.
- Martínez-Guzmán, A., y Montenegro, M. (2014). La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: Construyendo nuevos relatos. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 111-125.
- Martínez, L. M., Biglia, B., Luxán, M., Fernández, C., Azpiazu, J., y Bonet, J. (2014). Experiencias de investigación feminista: propuestas y reflexiones metodológicas. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento E Investigación Social*, 14(4), 3-16.
- Marx, K. (1845). Tesis sobre Feuerbach. En F. Engels y K. Marx (Eds.), *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (y otros escritos sobre Feuerbach)* (pp. 58–89). Madrid: Fundación Federico Engels.
- Murray, M. (1999). The storied nature of health and illness. En M. Murray y K. Chamberlain (Eds.), *Qualitative Health Research* (pp. 47–82). Londres: SAGE.
- Oliver, M. (1997). Emancipatory research: realistic goal or impossible dream. *Doing Disability Research*, 2, 15–31.
- Parker, I. (2005). *Qualitative psychology: introducing radical research*. Maidenhead: Open Univ. Press.
- Pérez, E. (2008). Mitos, creencias y valores: cómo hacer más <<científica>> la ciencia; cómo hacer la <<realidad>> más real. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral Y Política*, (38), 77–100.
- Peterson, E., y Langellier, K. (2006). The performance turn in narrative studies. *Narrative Inquiry*, 16(1), 173–180.

- Polkinghorne, D. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Albany: State University of New York Press.
- Pujal i Llombart, M. (2003). La tarea crítica: interconexiones entre lenguaje, deseo y subjetividad. *Política y Sociedad*, 40(1), 129–140.
- Pujal i Llombart, M. (2007). *El feminismo*. Barcelona: Editorial UOC.
- Rich, A. (1983). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- Rich, A. (1984). Apuntes para una política de la posición. En M. E. Sánchez (Trad.), *Sangre, pan y poesía: prosa escogida 1979-1985* (pp. 205–222). Barcelona: Icaria Antrazyt.
- Richardson, S. S. (2010). Feminist philosophy of science: history, contributions, and challenges. *Synthese*, 177(3), 337–362.
- Ricoeur, P. (1980). Narrative Time. *Critical Inquiry*, 7(1), 169–190.
- Román Brugnoli, J. A. (2007). Lo que las metáforas obran furtivamente: discurso y sujeto. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 8(2), Art. 12.
- Ropers-Huilman, R., y Winters, K. (2011). Feminist research on higher education. *The Journal of Higher Education*, 82(6), 667–690.
- Schöngut Grollmus, N. (2014). Violencia y masculinidad: una aproximación narrativa al problema de la violencia contra adolescentes varones. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 15(1), Art. 2.
- Schöngut Grollmus, N., y Pujal i Llombart, M. (2014). Narratividad e intertextualidad como herramientas para el ejercicio de la reflexividad en la investigación feminista: el caso del dolor y el género. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento E Investigación Social*, 14(4), 89-112.
- Schöngut Grollmus, N., y Pujol Tarrés, J. (2015). Relatos metodológicos: difractando experiencias narrativas de investigación. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 16(2), Art. 24.

- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Ed.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265–302). México D.F.: PUEG.
- Sparkes, A., y Devís, J. (2007). Investigación narrativa y sus formas de análisis: una visión desde la educación física y el deporte. En W. Moreno y S. Pulido (Eds.), *Educación, Cuerpo y Ciudad: El cuerpo en las interacciones sociales* (pp. 43–68). Medellín: Funámbulos Editores.
- Teddlie, C., y Tashakkori, A. (2003). Major issues and controversies in the use of mixed methods in social and behavioural research. En C. Teddlie y A. Tashakkori (Eds.), *Handbook of mixed-methods in social and behavioural research* (pp. 3–50). Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Wadsworth, Y., y Hargreaves, K. (2002). What is feminist research? Presented at the Bridging the Gap - Feminism and action research working conference, Boston, USA: Boston College. Recuperado de <http://ggsc.wnmu.edu/gap/wadsworth.htm>